

ESTOY PENSANDO EN DEJARLO

Iain Reid



Lectulandia

En esta novela debutante, llena de un profundo suspenso e irresistiblemente desconcertante, un hombre y su novia se dirigen a una granja aislada. Cuando toman un desvío inesperado, ella se queda varada, preguntándose si hay algún escape. Lo que sigue es un desenvolvimiento retorcido que te perseguirá mucho después de que se haya terminado la última página.

Iain Reid

Estoy pensando en dejarlo

ePub r1.0

Leddy 04.04.2021

Título original: *I'm Thinking of Ending Things*

Iain Reid, 2016

Traducción: Cristina Martín Sanz

Diseño de cubierta: Charlie Kaufman

Editor digital: Leddy

ePub base r2.1

Para Don Reid

Estoy pensando en dejarlo.

Una vez que llega este pensamiento, se queda. Perdura. Permanece. Domina. No hay gran cosa que yo pueda hacer al respecto. Créanme. No se va. Está presente, me guste a mí o no. Está presente cuando como. Cuando me voy a dormir. Está presente cuando estoy durmiendo. Está presente cuando me despierto. Está presente siempre. Siempre.

No hace mucho que lo pienso. Es una idea nueva, pero al mismo tiempo parece vieja. ¿Cuándo surgió? ¿Y si no ha sido concebida por mí, sino que alguien la ha implantado en mi mente, alguien la ha desarrollado previamente? ¿Una idea no expresada carece de originalidad? A lo mejor es que lo he sabido todo el tiempo. A lo mejor es que así era como iba a acabar esto.

Jake dijo en una ocasión: «A veces un pensamiento está más cerca de la verdad, de la realidad, que una acción. Se puede decir cualquier cosa, se puede hacer cualquier cosa, pero no se puede fingir un pensamiento».

No se puede fingir un pensamiento. Y eso es lo que estoy pensando.

Me preocupa. De verdad. Tal vez debería haber sabido cómo iba a acabar lo nuestro. Tal vez el fin estaba escrito ya desde el principio.

La carretera está casi vacía. Silenciosa. Desierta. Más de lo previsto. Hay muchas cosas que ver, pero muy poca gente, y tampoco hay muchos edificios ni viviendas. Cielo. Árboles. Campos. Vallas. La carretera y sus arcenes de grava.

—¿Te apetece que paremos a tomar un café?

—Estoy bien así —respondo.

—Es la última oportunidad que vamos a tener antes de adentrarnos de verdad en el campo.

Voy de visita a la casa de los padres de Jake por primera vez. O así será cuando lleguemos. Jake. Mi novio. No llevamos mucho tiempo siendo novios. Este es el primer viaje que hacemos juntos, el primer trayecto largo en coche, de modo que resulta extraño que experimente un sentimiento de nostalgia, nostalgia por nuestra relación, por él, por los dos. Debería estar emocionada, deseosa de ser la primera de muchas, pero no lo estoy. En absoluto.

—No quiero tomar café ni comer nada —repito—. Quiero hacer hambre para la hora de cenar.

—No creo que esta noche vaya a haber el típico banquete. Últimamente mi madre está cansada.

—Pero no le molestará que venga yo, ¿verdad?

—No, se alegrará. Se alegra. Mi familia tiene ganas de conocerte.

—Por aquí no hay más que establos. En serio.

Hacía años que no veía tantos establos como estoy viendo en este viaje. Puede que no haya visto tantos en toda mi vida. Son todos iguales. Unas cuantas vacas y unos cuantos caballos. Ovejas. Prados. Y establos. Y un cielo enorme.

—Estas carreteras no tienen alumbrado.

—No hay suficiente tráfico para que merezca la pena poner alumbrado —replica Jake—. Seguro que ya te has dado cuenta.

—Pues por la noche debe de estar muy oscuro.

—Así es.

Tengo la sensación de conocer a Jake desde hace más tiempo. ¿Cuánto llevamos...? ¿Un mes? ¿Seis semanas, quizá siete? Debería saberlo con exactitud. Yo diría que han pasado siete semanas. Tenemos una conexión de verdad, un apego raro, intenso. Nunca había experimentado nada igual.

Me giro en el asiento hacia Jake y subo la pierna izquierda para sentarme encima de ella, como si fuera un cojín.

—¿Y qué es lo que les has contado de mí?

—¿A mis padres? Lo suficiente —responde al tiempo que me mira brevemente. Me gusta esa expresión. Le sonrío. Me siento muy atraída hacia él.

—¿Qué les has dicho?

—Que he conocido a una chica muy guapa que bebe demasiada ginebra.

—Mis padres no saben quién eres tú —replico.

Jake cree que estoy de broma, pero no es así. Mis padres no tienen ni idea de que él existe. No les he hablado de él, ni siquiera les he contado que he conocido a una persona. Nada. No he dejado de pensar que debería decirles algo. He tenido múltiples oportunidades. Pero es que no estaba lo bastante segura como para decir nada.

Jake pone cara de ir a hablar, pero cambia de opinión. Alarga la mano para encender la radio. Solo un poco. La única música que hemos logrado encontrar después de recorrer el dial varias veces ha sido una emisora rural. Antigua. Jake sigue el ritmo de la música con la cabeza y tararea en voz baja.

—Nunca te había oído tararear —comento—. Lo haces muy bien.

No creo que mis padres lleguen a enterarse de que Jake existe, ni ahora ni más adelante con efecto retroactivo. Mientras avanzamos por una desierta carretera rural de camino a la granja de sus padres, este pensamiento me causa tristeza. Me siento egoísta y egocéntrica. Debería contarle lo que estoy pensando, pero es que es un tema muy difícil del que hablar. Una vez que me surgen estas dudas, ya no puedo dar marcha atrás.

Ya lo he decidido, más o menos. Estoy bastante segura de que voy a poner fin a esto. Eso alivia la presión de conocer a los padres de Jake. Tengo curiosidad por saber cómo son, pero también me siento culpable. Seguro que él piensa que el hecho de que yo vaya a la granja de sus padres es una señal de compromiso, de que la relación está profundizándose.

Está sentado aquí, a mi lado. ¿Qué estará pensando? No tiene la menor idea. No va a resultar fácil. No quiero hacerle daño.

—¿Cómo es que conoces esta canción? Además, ¿no la hemos oído ya antes, dos veces?

—Es un clásico *country* y yo me crie en una granja. La conozco por defecto.

No me confirma que ya hemos oído esta canción dos veces. ¿Qué emisora de radio pone una misma canción varias veces en una hora? Ya no escucho mucho la radio; a lo mejor ahora hacen esas cosas. A lo mejor es normal. No lo sé. O también puede ser que estas canciones *country* antiguas me parezcan todas iguales.

¿Por qué será que no recuerdo nada del último viaje que hice en coche? Ni siquiera sabría decir cuándo fue. Voy mirando por la ventanilla, pero en realidad no estoy mirando nada. Simplemente paso el tiempo como cuando se va en coche. Dentro de un coche todo pasa mucho más deprisa.

Lo cual es una lástima. Jake me ha hablado largamente de este paisaje. A él le encanta. Me dijo que cuando no está lo echa de menos. Sobre todo los campos y el cielo, afirmó. Estoy segura de que es muy bonito y muy apacible; pero cuesta trabajo distinguirlo desde un coche que está en movimiento. Intento absorber tanto como puedo.

Pasamos junto a una finca desierta en la que únicamente quedan los cimientos de una granja. Jake dice que se quemó hará unos diez años. Detrás de la casa hay un establo decrepito y delante se ven unos columpios. En cambio, los columpios parecen nuevos. No están ni viejos ni oxidados ni tampoco carcomidos por la intemperie.

—¿Y esos columpios de ahí? —pregunto.

—¿Qué?

—En esa granja quemada. Ahí ya no vive nadie.

—Si tienes frío, dímelo. ¿Tienes frío?

—Estoy bien —contesto.

El cristal de la ventanilla está frío. Apoyo la cabeza en él. Noto las vibraciones del motor a través del cristal y también cada irregularidad de la carretera. Un suave masaje para el cerebro. Resulta hipnótico.

No le digo a Jake que estoy intentando no pensar en el Llamante. No quiero acordarme del Llamante ni de su mensaje. Esta noche, no. Y tampoco quiero decirle a Jake que estoy evitando verme reflejada en la ventanilla. Para mí hoy es un día sin espejos. Igual que el día en que nos conocimos él y yo. Son pensamientos que me guardo para mí.

Noche de juego de preguntas y respuestas en el bar del campus. La noche en que nos conocimos. El bar del campus no es un lugar en el que yo pase mucho tiempo. No soy una estudiante. Ya no. Allí me siento rara. Nunca he comido nada allí y la cerveza de barril sabe arenosa.

Esa noche no esperaba conocer a nadie. Estaba con una amiga mía. Pero en realidad no estábamos atendiendo al juego; estábamos compartiendo una jarra de cerveza y charlando entre nosotras.

Creo que la razón de que mi amiga quisiera que nos viéramos en el bar del campus era que pensaba que allí yo podría conocer a un chico. No lo dijo, pero es lo que creo que pensó. Jake y sus amigos estaban sentados en la mesa de al lado.

Los juegos de preguntas y respuestas no son algo que me interese. No es que no sean divertidos, simplemente no son lo mío. Yo preferiría ir a un sitio un poco menos intenso o quedarme en casa. En mi casa la cerveza nunca me sabe arenosa.

El equipo en el que jugaba Jake se llamaba Cejas de Brézhnev.

—¿Quién es Brézhnev? —le pregunté. En el bar había mucho ruido y casi teníamos que gritar para oírnos por encima de la música. Llevábamos un par de minutos hablando.

—Fue un ingeniero soviético que trabajaba en metalurgia. En la época del Estancamiento. En vez de cejas, tenía dos orugas gigantescas.

De esto estoy hablando. Del nombre que se había puesto el equipo de Jake. Se supone que era gracioso, pero también lo bastante raro para demostrar que tenían conocimientos del Partido Comunista Soviético. No sé por qué, pero estas son las cosas que me desquician.

Los equipos siempre se ponen nombres así. Y si no, eligen nombres que son descaradas insinuaciones sexuales. Otro equipo se llamaba «Mi sofá tiene un bulto enorme, ¡y yo también!».

Jake no es un tipo superatractivo, la verdad es que no. Resulta agradable en su irregularidad. No fue el primer chico en el que me fijé esa noche, pero era el más interesante. Rara vez me siento tentada por la belleza perfecta. Daba la impresión de ser un miembro menor del grupo, como si lo hubieran traído a rastras, como si el equipo dependiera de las respuestas que diese él. Me sentí atraída de inmediato.

Jake es larguirucho, desgarrado y nada armonioso. Con los pómulos muy marcados y la cara un poco hundida. Esos pómulos esqueléticos me gustaron la primera vez que los vi. Sus labios oscuros y carnosos compensan su imagen de niño desnutrido. Son gordos y gruesos, como si se hubiera inyectado colágeno, sobre todo el inferior. Llevaba el pelo corto y desaliñado, y quizá más largo por un lado o con una textura distinta, como si se hubiera hecho un peinado diferente en cada lado de la cabeza. No lo llevaba sucio, ni tampoco recién lavado.

Iba afeitado y lucía unas gafas de montura fina y metálica, y constantemente se ajustaba la patilla derecha con gesto distraído. A veces se las empujaba sobre el puente de la nariz con el dedo. Me fijé en que tenía un tic: cuando estaba concentrado en algo, se olfateaba el dorso de la mano, o por lo menos se la ponía debajo de la nariz. Es algo que todavía hace con frecuencia. Llevaba una camiseta de color gris liso, o quizá fuera azul, y pantalones vaqueros. La camiseta daba la impresión de que la hubiera lavado cientos de veces. Parpadeaba mucho. Me di cuenta de que era tímido. Podríamos haber pasado la noche entera allí sentados, el uno al lado del otro, y él no me habría dicho ni una palabra. En un momento dado me sonrió, pero nada más. Si lo hubiera dejado de su cuenta, jamás nos habríamos conocido.

Como comprendí que él no iba a decir nada, hablé yo primero:

—Lo estáis haciendo bastante bien. —Estas fueron las primeras palabras que le dije a Jake.

Él levantó su vaso de cerveza.

—Contamos con buenos refuerzos.

Y ya está. Se rompió el hielo. Estuvimos hablando otro poco más. Después, con mucha naturalidad, me dijo:

—Yo soy un cruciverbalista.

Respondí algo ambiguo, como «ah» o «ya». Desconocía aquella palabra.

Jake dijo que él había querido poner a su equipo el nombre de Ipseidad. Tampoco sabía qué significaba esta palabra, e inicialmente pensé en fingirlo. Ya me estaba dando cuenta de que, a pesar de sus precauciones y sus reticencias, Jake poseía una inteligencia que resultaba exótica. No era agresivo en modo alguno. No estaba intentando ligar conmigo. No me lanzaba frases cursis. Simplemente estaba disfrutando de la conversación. Me dio la impresión de que no salía con muchas chicas.

—Me parece que esa palabra no la conozco —le respondí. Y la otra tampoco.

Llegué a la conclusión de que a Jake, como a la mayoría de los hombres, le gustaría explicármelo. Le gustaría más que si pensara que yo ya conocía aquellas palabras y que poseía un vocabulario tan variado como el suyo.

—La *ipseidad* es, esencialmente, otra manera de llamar a la identidad o la individualidad. Procede de *ipse*, que en latín significa «uno mismo».

Sé que esta parte parece pedante y suena a sermón repelente, pero créanme que no lo era. En absoluto. En el caso de Jake, no. Jake tenía una caballerosidad, una docilidad natural que resultaba muy atractiva.

—Se me ocurrió que podía ser un buen nombre para nuestro equipo, teniendo en cuenta que somos muchos, pero no nos parecemos a ningún otro equipo. Y como jugamos utilizando un único nombre, ese suscita una identidad unitaria. Perdona, no sé si todo esto tiene sentido, está claro que es un aburrimiento.

Los dos rompimos a reír y tuvimos la sensación de estar solos allí dentro, en aquel bar. Yo bebí un poco de cerveza. Jake era gracioso. O por lo menos tenía sentido del humor. Pero seguí pensando que no era tan gracioso como yo; la mayoría de los hombres que conozco no lo son.

Un poco más tarde me dijo:

—Es que la gente no es muy graciosa, la verdad. Ser gracioso es raro. —Lo dijo como si supiera exactamente lo que yo había pensado un poco antes.

—No sé si será verdad —respondí. Me gustó que expresara una afirmación tan decidida acerca de «la gente». Por debajo de su barniz de autocontrol bullía una profunda seguridad en sí mismo.

Cuando vi que sus amigos y él estaban ya preparándose para irse, se me pasó por la cabeza pedirle el teléfono o darle el mío. Tenía unas ganas locas, pero no fui capaz. No quería que se quedara con la impresión de que estaba obligado a llamarme. Quería que me llamara, por supuesto, lo deseaba mucho. Pero me conformé con la probabilidad de volver a encontrármelo por ahí. Aquello era una localidad universitaria, no una ciudad grande. Seguro que me tropezaba con él. Y resultó que no tuve que esperar a que se diera la casualidad.

Debió de colarme la nota en el bolso en el momento de despedirse. La encontré al llegar a casa:

Si tuviera tu teléfono, podríamos charlar y te contaría una cosa muy graciosa.

Me había escrito su número de teléfono al final.

Antes de acostarme busqué la palabra *cruciverbalista*. Lancé una carcajada y le creí.

—Sigo sin entenderlo. ¿Cómo ha podido ocurrir algo así?

—Estamos todos conmocionados.

—Aquí nunca había ocurrido nada tan horrible.

—No, nada parecido.

—En todos los años que llevo trabajando aquí.

—Creo que no.

—Esta noche no he podido dormir. No he pegado ojo.

—Yo tampoco. No acababa de encontrar la postura. Y apenas puedo comer. Deberías haber visto la cara que puso mi mujer cuando se lo conté, pensé que iba a vomitar.

—¿Cómo habrá sido capaz de hacerlo, de llegar hasta el final? Esas cosas no se hacen por capricho. Es imposible.

—Da miedo, la verdad. Miedo y escalofríos.

—Entonces, ¿tú lo conocías? ¿Erais muy amigos o...?

—No, no éramos muy amigos. No creo que nadie fuera muy amigo de él. Era un tipo solitario. Era su forma de ser. Reservado. Distante. Algunos lo conocían mejor. Pero... ya sabes.

—Es demencial. No parece real.

—Es una de esas cosas horribles que ocurren, pero por desgracia es muy real.

—¿Cómo están las carreteras?

—No están mal —responde él—. Un poco resbaladizas.

—Menos mal que no nieva.

—Espero que no empiece ahora.

—Por la pinta, hace frío.

Individualmente, los dos no somos nada del otro mundo. Me parece apropiado comentarlo. Combinar los ingredientes de ambos, el cuerpo alto y delgado de Jake con mi evidente baja estatura, no tiene lógica. Cuando estoy sola en medio de una multitud, me siento condensada, fácil de obviar. Jake, pese a lo alto que es, también desaparece entre la gente. Sin embargo, cuando estamos juntos me doy cuenta de que la gente nos mira. No lo miran a él ni a mí, sino a los dos. Individualmente, yo desaparezco, y Jake también. Como pareja, destacamos.

Seis días después de habernos conocido en el bar, hicimos juntos tres comidas propiamente dichas, fuimos a dar dos paseos, tomamos café y vimos una película. Pasamos todo el tiempo hablando. Llegamos a intimar. Después de verme desnuda, Jake me dijo en dos ocasiones que le recuerdo —en el buen sentido, recalcó— a Uma Thurman de joven, una Uma Thurman «comprimida». Me denominó «comprimida». Ese fue el término que empleó.

Nunca me ha dicho que sea sexi. Pero no pasa nada. Me ha dicho que soy guapa e incluso «preciosa» una o dos veces, como lo dicen los chicos. Una vez me denominó terapéutica. Jamás me lo había dicho nadie. Fue justo después de acostarnos.

Ya pensaba que podía suceder —lo de acostarnos—, pero no fue algo planeado. Acabábamos de empezar a enrollarnos en mi sofá, después de cenar. Yo había hecho sopa. Para postre compartimos una botella de ginebra. Estábamos pasándola del uno al otro, bebiendo directamente de la boquilla como si fuéramos dos alumnos de instituto emborrachándose antes de un baile. En esta ocasión parecía haber más urgencia que las otras veces que nos habíamos enrollado. Cuando la botella ya iba por la mitad, nos trasladamos a la cama. Jake me quitó la camiseta y yo le bajé la cremallera del pantalón. Me dejó hacer lo que yo quisiera.

No dejaba de repetir «Bésame, bésame», aunque yo parase solo durante tres segundos. «Bésame», insistía una y otra vez. Aparte de eso, no dijo gran cosa. La luz estaba apagada y apenas se le oía respirar.

No podía verlo muy bien.

—Vamos a usar las manos —propuso—. Solo las manos.

Creí que íbamos a practicar el sexo. No supe qué decir, de modo que me dejé llevar. Yo nunca lo había hecho. Cuando terminamos, Jake se derrumbó encima de mí. Permanecimos así un rato, con los ojos cerrados, respirando. Después, él se apartó hacia un costado y lanzó un suspiro.

No sé cuánto tiempo pasó después de eso, pero al final Jake se levantó y se metió en el cuarto de baño. Yo me quedé tumbada, observándolo a él, escuchando el ruido del grifo. Oí la cadena del váter. Jake estuvo un rato allí dentro. Yo me miraba los dedos de los pies y los agitaba.

Durante aquel rato pensé en contarle lo del Llamante, pero no me atreví. Quería olvidarme de ello. Contárselo a Jake lo convertiría en algo más grave de lo que yo quería que fuese. Esa fue la ocasión en que más cerca estuve de contárselo.

Estaba allí tumbada, sola, cuando de repente me vino un recuerdo a la memoria. Cuando era muy pequeña, tendría seis o siete años, me desperté durante la noche y vi a un hombre en mi ventana. Hacía mucho tiempo que no me acordaba de aquello. Es un recuerdo un tanto nebuloso, fragmentado. No es una anécdota que contar durante una cena. No sé muy bien qué pensaría la gente de ello. Ni siquiera sé muy bien qué pienso yo de ello. No sé por qué me vino a la mente esa noche.

¿Cómo se sabe que algo representa una amenaza? ¿Qué nos indica que algo no es un hecho inocente? El instinto siempre vence a la razón. Por la noche, cuando me despierto, ese recuerdo sigue aterrorizándome. Y cuanto mayor me hago, más me asusta. Cada vez que me acuerdo de él, me parece peor, más siniestro. Puede que cada vez que me acuerdo de él lo vuelva peor de lo que fue. No sé.

Esa noche me desperté sin motivo. No tenía necesidad de ir al cuarto de baño. En mi habitación había mucho silencio. No había ningún estímulo al que tuviera que reaccionar. De improviso me desperté completamente, cosa poco habitual en mí. Siempre tardo unos segundos, incluso unos minutos, en volver en mí. Esta vez me desperté como si me hubieran dado una patada.

Estaba tendida de espaldas, lo cual también es poco habitual. Normalmente duermo de costado o bocabajo. Tenía las mantas envueltas alrededor del cuerpo, muy ceñidas, como si alguien acabara de arroparme. La

almohada estaba húmeda. La puerta estaba cerrada y la luz de la mesilla de noche que suelo dejar encendida estaba apagada. La habitación se encontraba a oscuras.

El ventilador del techo estaba conectado. Giraba a toda velocidad, eso lo recuerdo bien. Funcionaba a toda pastilla, daba la impresión de ir a arrancarse del techo. Fue el único ruido que percibí, el motor metronómico del ventilador y las aspas cortando el aire.

La casa no era nueva y siempre que me despertaba durante la noche oía algo: ruido de cañerías, crujidos, algo. Fue extraño que en aquel momento no oyera ninguna otra cosa más. Permanecí unos instantes escuchando, alerta, desconcertada.

Y entonces fue cuando lo vi.

Mi habitación estaba situada en la parte posterior de la casa. Era el único dormitorio que había en la planta baja. La ventana, que no era ni alta ni ancha, estaba enfrente de mí. El hombre estaba allí de pie, por fuera.

No podía verle la cara, quedaba al otro lado del marco de la ventana. Sí le vi el torso, solo la mitad. Se mecía ligeramente. Movía las manos, frotaba una contra otra de vez en cuando, como si pretendiera hacerlas entrar en calor. Eso lo recuerdo muy vívidamente. Era muy alto y muy delgado. Llevaba un cinturón —recuerdo su cinturón, gastado y de color negro— tan apretado que el tramo que le sobraba le colgaba por delante como si fuera una cola. Era más alto que ninguna persona que yo hubiera conocido jamás.

Estuve largo rato observándolo. No me moví. Él también se quedó donde estaba, junto a la ventana, moviendo las manos la una sobre la otra. Daba la sensación de estar tomándose un descanso tras algún esfuerzo físico.

Pero cuanto más tiempo pasaba mirándolo yo, más daba la impresión —o eso me parecía a mí— de que él sí podía verme, incluso teniendo la cabeza y los ojos por encima del borde de la ventana. Aquello no tenía ninguna lógica. Si yo no podía verle los ojos, ¿cómo podía verme él a mí? Estaba segura de que no era un sueño. Y tampoco era algo real. Aquel hombre me estaba mirando. Por eso estaba allí.

Se oía una música suave procedente del exterior de la casa, pero no la recuerdo con claridad. Costaba mucho percibirla. Y no me percaté de ella cuando me desperté. Pero empecé a sentirla después de ver a aquel individuo. No sé muy bien si era música grabada o alguien que estaba tarareando. Así pasó mucho tiempo, me parece, muchos minutos, puede que una hora.

Y de improviso el hombre saludó con la mano. No me lo esperaba. Sinceramente, no sé si fue claramente un saludo o un simple movimiento de

la mano. A lo mejor fue solo un gesto parecido.

Dicho gesto lo cambió todo. Tuvo un efecto malicioso, como si estuviera sugiriendo que yo no iba a poder estar totalmente sola, que él estaría siempre presente, que pensaba volver. De repente me entró miedo. La cosa es que ese sentimiento me resulta tan real ahora como entonces. Los elementos visuales son igual de reales.

Cerré los ojos. Sentí deseos de gritar, pero no lo hice. Me dormí. Cuando por fin abrí los ojos, ya era de día. Y el individuo ya no estaba.

Después de aquello, pensé que sucedería de nuevo. Que volvería a ver a aquel hombre allí, observándome. Pero no sucedió. Por lo menos en mi ventana.

Sin embargo, siempre he tenido la sensación de que estaba allí. Ese hombre siempre está ahí.

Ha habido veces en que me ha parecido verlo. Pasaba junto a una ventana, normalmente por la noche, y veía allí a un individuo alto, sentado con las piernas cruzadas en el banco que hay delante de mi casa. Quieto y mirando en mi dirección. No sé muy bien qué peligro puede representar un hombre sentado en un banco, pero él lo representaba.

Estaba lo bastante lejos como para que me resultara difícil distinguirlo la cara o saber con seguridad si me estaba mirando. Odiaba verlo. No sucedía a menudo, pero lo odiaba. Y no había nada que yo pudiera hacer al respecto. Él no estaba haciendo nada malo. Pero tampoco estaba haciendo ninguna otra cosa. No estaba leyendo. Ni hablando. Simplemente estaba allí sentado. ¿Por qué? Esa era probablemente la peor parte. Puede que todo fuera producto de mi imaginación. Las abstracciones como esta pueden parecer muy reales.

Estaba tendida de espaldas, tal como me había dejado Jake, cuando en eso salió del cuarto de baño. Las mantas estaban revueltas. Una de las almohadas se encontraba en el suelo. Y por la manera en que la ropa de ambos yacía tirada de cualquier manera alrededor de la cama, aquello parecía la escena de un crimen.

Jake se plantó a los pies de la cama, sin decir nada, y permaneció así un tiempo que resultó antinatural. Yo lo había visto desnudo tumbado, pero nunca de pie. Fingí no mirar. Su cuerpo era pálido, delgado y surcado de venas. Encontró sus calzoncillos en el suelo, se los puso y volvió a la cama.

—Esta noche quisiera quedarme aquí —me dijo—. Es muy agradable. No quiero separarme de ti.

Por alguna razón, en aquel preciso instante, cuando se tumbó a mi lado y frotó su pie contra el mío, me entraron ganas de darle celos. Jamás había

sentido un impulso tan fuerte. Me entró sin motivo alguno.

Miré a Jake, que estaba tumbado junto a mí con los ojos cerrados. Los dos teníamos el pelo empapado en sudor. Su rostro, al igual que el mío, estaba enrojecido.

—Ha estado muy bien —le dije al tiempo que le hacía cosquillas en el labio inferior con las yemas de los dedos. Él lo ratificó con un leve gemido—. Mi último novio... Allí no había... Es raro que exista una conexión auténtica. Algunas relaciones son totalmente físicas, solo físicas. Un desahogo físico extremo y nada más. Es posible que las dos personas sientan una gran pasión la una por la otra, pero eso no dura.

Sigo sin saber por qué dije esto. No era verdad del todo, y además, ¿por qué traje a colación a otro novio en aquel momento? Jake no reaccionó. En absoluto. Se quedó tal como estaba, giró la cara hacia mí y me dijo:

—Sigue haciendo eso. Resulta muy agradable. Me gusta que me toques. Eres muy tierna. Eres terapéutica.

—A mí también me resulta agradable tocarte —contesté.

Cinco minutos después, la respiración de Jake cambió. Se había quedado dormido. Yo tenía calor, de modo que no me tapé con las mantas. La habitación estaba a oscuras, pero se me acostumbraron los ojos; todavía me veía los dedos de los pies. Oí mi teléfono sonar en la cocina. Era muy tarde. Demasiado tarde para que llamase nadie. No me levanté para atender la llamada. Tampoco pude dormirme. Daba vueltas y más vueltas. El teléfono sonó tres veces más. Los dos nos quedamos en la cama.

Cuando me desperté al día siguiente, más tarde que de costumbre, Jake no estaba. Yo estaba tapada con las mantas. Me dolía la cabeza y tenía la boca seca. La botella de ginebra yacía en el suelo, vacía. Yo llevaba las bragas y una camiseta, pero no recordaba habérmelas puesto.

Debería haberle contado a Jake lo del Llamante. Ahora me doy cuenta. Es algo que debería haberle contado cuando empezó a suceder. Debería habérselo contado a alguien. Pero no lo hice. No consideré que fuera significativo hasta que lo fue. Ahora lo sé.

La primera vez que llamó, era alguien que se había equivocado de número. Ya está. Nada grave. Nada de que preocuparse. Esa llamada llegó la misma noche en que conocí a Jake en el bar. Que alguien se equivoque de número no es algo que ocurra con mucha frecuencia, pero tampoco es tan raro. Lo único extraño fue la voz del Llamante: un timbre tenso y una forma de hablar tenue, gradual.

Ya desde el principio, desde aquella primera semana con Jake, incluso desde la primera cita, me percaté de ciertas peculiaridades suyas. No me gusta fijarme en esas cosas, pero me fijo. Incluso ahora, en el coche. Me fijo en cómo huele. Es un olor sutil. Pero en este espacio cerrado, se nota. No es desagradable. No sé cómo describirlo. Es, simplemente, el olor de Jake. Son muchos los pequeños detalles que descubrimos en cortos períodos de tiempo. Han pasado semanas, no años. Obviamente, hay cosas que desconozco de él. Y hay cosas que él desconoce de mí. Como lo del Llamante.

El Llamante era hombre, eso sí lo percibí, como mínimo de mediana edad, probablemente mayor, pero poseía una voz claramente femenina, era casi como si estuviera poniendo una entonación de mujer, o por lo menos empleando un tono más agudo, más delicado. Distorsionado sin llegar a ser desagradable. Era una voz que no me resultó conocida. No pertenecía a nadie que yo conociera.

Durante mucho tiempo escuché una y otra vez aquel primer mensaje, por si lograba detectar algo familiar. Pero no pude. Y sigo sin poder.

Tras aquella primera llamada, cuando le dije al Llamante que seguramente se había equivocado de número, me respondió «Perdone» con su voz rasposa y afeminada. Esperó unos momentos más y después colgó. Y yo me olvidé de él.

Al día siguiente vi que tenía dos llamadas perdidas. Ambas se habían recibido en mitad de la noche, mientras yo dormía. Consulté la lista de llamadas perdidas y vi que el número era el mismo que el de la persona que se había equivocado el día anterior. Qué extraño. ¿Por qué volvió a llamar? Pero lo que resultaba extraño de verdad, inexplicable —y que todavía me inquieta— era que las llamadas procedían de mi propio número de teléfono.

Al principio no me lo creí. Casi no reconocí mi número. Miré dos veces. Pensé que era un error. Tenía que serlo. Pero lo comprobé de nuevo y me cercioré de estar mirando la lista de llamadas perdidas y no otra cosa. Decididamente, era la lista de llamadas perdidas. Allí estaba. Era mi número de teléfono.

El Llamante tardó tres o cuatro días en dejar su primer mensaje de voz. Entonces fue cuando la cosa empezó a resultar inquietante de verdad. Todavía conservo ese mensaje guardado. Los conservo todos. Me ha dejado siete. No sé por qué los he conservado. Puede que sea porque pienso que quizá se lo cuente a Jake.

Meto la mano en el bolso, saco el teléfono y marco el número.

—¿A quién llamas? —me pregunta Jake.

—Solo voy a mirar los mensajes.

Escucho el primer mensaje guardado. Es el primer mensaje de voz que dejó el Llamante.

Hay un solo asunto que resolver. Estoy asustado. Me siento un poco loco. No estoy lúcido. Las suposiciones son acertadas. Siento cómo va aumentando mi miedo. Ha llegado el momento de obtener una respuesta. Una única pregunta. Una sola pregunta que contestar.

Estos mensajes no son obviamente agresivos ni amenazantes. Y la voz tampoco. No me lo parece. Claramente, desprenden tristeza. La voz del Llamante desprende tristeza y puede que un poco de frustración. No sé lo que quiere decir. Parece carente de lógica, pero tampoco son chorradas. Y siempre dice lo mismo. Palabra por palabra.

De modo que esto es, fundamentalmente, lo único interesante que está sucediendo en mi vida en estos momentos. Que estoy saliendo con Jake y que otra persona, otro hombre, me está dejando mensajes de voz de lo más insólito. No suelo tener secretos.

A veces, cuando estoy en la cama profundamente dormida, me despierto y veo que tengo una llamada perdida que a menudo ha llegado alrededor de las tres de la madrugada. Normalmente llama en mitad de la noche. Y la llamada siempre procede de mi número de teléfono.

Una vez llamó mientras estaba viendo una película en la cama con Jake. Cuando vi mi número, no dije nada, pero fingí que estaba masticando y le pasé el teléfono a Jake. Él contestó y me dijo que se trataba de una señora mayor que se había equivocado. No se le notaba preocupado. Continuamos viendo la película. Esa noche no dormí muy bien.

Desde que empezaron estas llamadas, tengo pesadillas, sueños terroríficos de verdad, y dos veces me he despertado en mitad de la noche un poco aterrada y con la sensación de que había alguien dentro de mi piso. Eso nunca me ha sucedido antes. Es una sensación horrible. Durante uno o dos segundos, tengo la impresión de que hay alguien en la habitación, en el rincón, muy cerca, observándome. Es muy real y da mucho miedo. No puedo moverme.

Estoy medio dormida, pero al cabo de uno o dos minutos me despierto del todo y voy al cuarto de baño. En mi piso siempre hay silencio. Abro el grifo del lavabo y me parece que hace un ruido atronador, a causa del silencio. El corazón me late muy deprisa. Estoy empapada en sudor, y en una ocasión tuve que cambiarme de pijama porque lo tenía todo mojado. No suelo sudar

de esa manera. No es una sensación muy agradable que digamos. Es demasiado tarde para contarle todo esto a Jake. Simplemente estoy un poco más nerviosa que de costumbre.

Una noche, mientras dormía, el Llamante hizo doce llamadas. Esa noche no dejó ningún mensaje. Pero hubo doce llamadas perdidas. Todas procedentes de mi número de teléfono.

Después de algo así, la mayoría de la gente habría hecho algo al respecto, pero yo no. Además, ¿qué podía hacer? No podía acudir a la policía. El Llamante nunca me había amenazado ni me había dicho nada violento o dañino. Eso es lo que me resulta tan extraño, el hecho de que no quiera hablar. Supongo que debería decir que solo quiere hablar. Nunca quiere conversar. Cada vez que he intentado responder a una de sus llamadas, simplemente me cuelga. Prefiere dejar su críptico mensaje.

Jake no está prestando atención. Va conduciendo, así que vuelvo a escuchar el mensaje.

Hay un solo asunto que resolver. Estoy asustado. Me siento un poco loco. No estoy lúcido. Las suposiciones son acertadas. Siento cómo va aumentando mi miedo. Ha llegado el momento de obtener una respuesta. Una única pregunta. Una sola pregunta que contestar.

Ya lo he escuchado muchas veces. Una y otra vez.

De repente se pasó de la raya. Era el mismo mensaje de siempre, palabra por palabra, solo que esta vez había algo nuevo al final. El último mensaje que recibí lo cambió todo. Fue el peor. Daba miedo de verdad. Esa noche no pude pegar ojo. Me sentía aterrorizada y tonta por no haber parado todo aquello mucho antes. Me sentía tonta por no habérselo contado a Jake. Y todavía me tiene alterada.

Hay un solo asunto que resolver. Estoy asustado. Me siento un poco loco. No estoy lúcido. Las suposiciones son acertadas. Siento cómo va aumentando mi miedo. Ha llegado el momento de obtener una respuesta. Una única pregunta. Una sola pregunta que contestar.

Y después...

Ahora voy a decir algo que va a molestarte: sé cómo eres físicamente. Sé cómo son tus pies, tus manos y tu piel. Sé cómo es tu cabeza, tu cabello y tu corazón. No deberías morderte las uñas.

Decidí que, sin lugar a dudas, tenía que contestar la próxima vez que llamase. Tenía que decirle que parase de una vez. Aunque él no me respondiera nada, yo podría decirle aquello. Tal vez con eso bastara.

Sonó el teléfono.

—¿Por qué llama tanto? ¿Cómo ha conseguido mi teléfono? No puede seguir haciendo esto —dije. Estaba asustada y furiosa. Aquello ya no parecía un hecho aleatorio. No era que se hubiera equivocado y hubiera marcado un número que se le hubiera ocurrido de repente. No iba a acabar nunca. Aquel tipo no iba a dejarme en paz y quería algo. ¿Qué era lo que quería de mí? ¿Y por qué yo?—. Esto tiene que ver con algo que le pasa a usted. ¡Yo no puedo ayudarle!

Ya estaba chillando.

—Pero me llamaste tú —replicó él.

—¿Qué?

Colgué y arrojé el teléfono al suelo. Tenía la respiración agitada.

Ya sé que era una tonta coincidencia, pero me muerdo las uñas desde quinto curso.

—La noche que llamaste estábamos en una cena. Yo había preparado para postre una galette de nueces pecanas con caramelo por encima. Aquella llamada le agüó la noche a todo el mundo. Todavía me acuerdo de lo que dijiste exactamente.

—Cuando me enteré, los niños no estaban en casa. Te llamé inmediatamente.

—¿Estaba deprimido o enfermo? ¿Sabemos si sufría depresión?

—Al parecer, no estaba tomando ningún antidepresivo. Sin embargo, guardaba secretos. Seguro que había más.

—Ya.

—Ojalá hubiéramos sabido lo grave que era. Ojalá hubiera habido algún indicio. Siempre hay indicios. Las personas no hacen eso porque sí.

—Él no era una persona racional.

—Eso es verdad, bien visto.

—No se parece a nosotros.

—No, no. No se parece en absoluto.

—Cuando no se tiene nada, no hay nada que perder.

—Exacto. Nada que perder.

Me digo muchas veces que lo que sabemos de los demás no es lo que nos cuentan ellos, sino lo que observamos nosotros. La gente puede decirnos lo que se le antoje. Tal como señaló Jake en una ocasión, cada vez que alguien te dice que está encantado de conocerte, en realidad está pensando otra cosa distinta, juzgándote. Estar «encantado» nunca es exactamente lo que están pensando o sintiendo, pero es lo que dicen y nosotros escuchamos.

Jake me dijo que nuestra relación tiene una valencia propia. «Valencia», ese fue el término que empleó.

Si eso es cierto, las relaciones pueden cambiar de la noche a la mañana o de una hora a otra. Una cosa es estar tumbados en la cama. Cuando desayunamos juntos y cuando es temprano, no hablamos mucho. A mí me gusta hablar, aunque sea un poquito. Me ayuda a despertarme. Sobre todo, si la conversación es graciosa. No hay nada que más logre despertarme que una carcajada, de verdad, incluso una bien grande, siempre que sea sincera. Es mejor que la cafeína.

Jake prefiere comerse los cereales o las tostadas y leer, principalmente en silencio. Siempre está leyendo. Últimamente está con un libro de Cocteau. Ya debe de haberlo releído cinco veces.

Pero también lee lo que tenga a mano. Al principio pensé que si no hablaba en el desayuno era porque estaba ensimismado en el libro que estaba leyendo. Yo lo entendía, aunque no es esa mi forma de funcionar. Yo nunca leería así. Me gusta saber que dispongo de un buen rato sin hacer nada para leer, para poder meterme en el argumento. No me gusta leer y comer al mismo tiempo.

Pero lo que me resulta irritante es leer por leer. Jake se lo lee todo: un periódico, una revista, una caja de cereales, un folleto manoseado, un menú para llevar, lo que sea.

—Oye, ¿tú consideras que en una relación los secretos son intrínsecamente injustos, o perjudiciales, o inmorales? —le pregunto.

Lo he pillado desprevenido. Se gira un momento para mirarme y luego vuelve a centrarse en la carretera.

—No lo sé. Dependería del secreto. ¿Es algo significativo? ¿Existe más de uno? ¿Cuántos son? ¿Y qué es lo que se está ocultando? En todas las relaciones hay secretos, ¿no crees? Incluso en las que duran toda la vida y en los matrimonios de cincuenta años hay secretos.

En la mañana del quinto día que desayunamos juntos dejé de intentar iniciar una conversación. No hice ningún chiste. Me quedé sentada y me comí los cereales. De la marca de los de Jake. Paseé la mirada por la cocina. Miré a Jake. Observé. Y pensé: «Esto es lo acertado. Así es como iremos conociéndonos de verdad el uno al otro».

Él estaba leyendo una revista. Tenía una tenue película blanca o algún residuo de comida debajo del labio inferior, concentrado en las comisuras de la boca, en el hueco en el que se juntan los labios. Lo de la película blanca le sucedía casi todas las mañanas. Y normalmente desaparecía cuando se duchaba.

¿Sería pasta dentífrica? ¿Sería el resultado de haber respirado durante toda la noche con la boca abierta? ¿Sería lo mismo que las legañas, pero en la boca? Cuando leía, masticaba muy despacio, como si quisiera conservar la energía, como si el hecho de concentrarse en el texto ralentizara su capacidad de deglutir. A veces pasaba mucho tiempo entre el último movimiento de la mandíbula y el acto de tragar.

Esperaba un poco, después volvía a tomar otra cucharada rebosante del cuenco de cereales y la sostenía unos momentos en el aire con gesto distraído. Cargaba tanto la cuchara, que yo temía que fuera a derramarse la leche en la barbilla, pero no la derramaba. Se lo metía todo en la boca sin dejar caer ni una gota. Luego apoyaba la cuchara en el cuenco y se limpiaba la barbilla, aunque no la tuviera sucia. Todo esto lo hacía sin darse cuenta.

Tiene una mandíbula muy tónica y musculosa. Incluso ahora. Incluso estando aquí sentado, conduciendo.

Me resulta imposible no imaginar cómo serán los desayunos con él dentro de veinte o treinta años. ¿Se le seguirá formando ese residuo de color blanco en la boca? ¿Será peor que ahora? ¿Todas las personas que tienen una relación piensan estas cosas? Cuando vi cómo tragaba, la prominencia de su nuez era tal que daba la impresión de que se le hubiera atascado un hueso de melocotón en la garganta.

Hay veces que, después de comer, por lo general después de una comida abundante, su cuerpo hace unos ruiditos que recuerdan a los de un coche enfriándose tras un largo viaje. Se oyen líquidos que cambian de sitio en

espacios pequeños. En el desayuno esto no es tan frecuente, más bien ocurre después de la cena.

Odio obsesionarme con estas cosas. Son poco importantes y banales, pero es que ahora es el momento de pensarlas, antes de que esta relación se torne más seria. Esto me está volviendo loca, ¿no? ¿Estoy loca por pensar estas cosas?

Jake es inteligente. No va a tardar mucho en hacerse profesor de universidad. Numerario y todo eso. Eso resulta atractivo. Garantiza que vivirá bien. Es alto. Posee un torpe atractivo físico. Y una misantropía que también le hace atractivo. Todas las cosas que buscaba yo en un marido cuando era más joven. Cumple todos los requisitos. Pero no sé muy bien qué significa todo eso ahora que le estoy viendo comer cereales y oyendo los ruiditos hidráulicos que hace su cuerpo.

—¿Tú crees que tus padres se guardarán secretos? —le pregunto.

—Sin ninguna duda. Estoy seguro de que sí. A la fuerza.

Lo más extraño, que además es una ironía bastante pura, que diría Jake, es que no puedo hablarle de las dudas que me corroen. Tienen todas que ver con él, y él es la única persona con la que no me siento cómoda al hablar de ellas. No diré nada hasta estar segura de que lo nuestro se ha acabado. No puedo. Lo que estoy cuestionando tiene que ver con los dos, afecta a los dos; sin embargo, solo puedo tomar la decisión en solitario. ¿Ven cómo son las relaciones? Otra contradicción más de las muchas que presentan las relaciones cuando están empezando.

—¿Por qué me preguntas tanto acerca de los secretos?

—Por nada —respondo—. Estaba pensando.

Quizá debería simplemente disfrutar de este viaje. No pensar demasiado en él. Salirme de mi cabeza. Divertirme; dejar que las cosas sucedan de manera natural.

No sé lo que significa «dejar que las cosas sucedan de manera natural», pero lo he oído decir incontables veces. La gente me lo dice mucho cuando habla de relaciones personales. ¿No es eso lo que estamos haciendo? Estoy dejándome a mí misma analizar estos pensamientos. Y eso es natural. No voy a impedir que afloren las dudas. ¿No sería eso menos natural?

Me pregunto qué motivos tengo para poner fin a las cosas y me cuesta encontrar una razón sustancial. Pero ¿cómo no va uno a preguntarse algo así dentro de una relación? ¿Para qué mantenerla? ¿Para que merezca la pena? Las más de las veces, pienso que estaría mejor sin Jake, que eso tiene más lógica que continuar con la relación. Pero no estoy segura. ¿Cómo puedo tener la seguridad? Nunca he roto con un novio.

La mayoría de las relaciones que he tenido fueron como un cartón de leche que alcanza su fecha de caducidad. Llega a un determinado punto y a partir de ahí empieza a enranciarse; no te hace daño, pero notas un cambio en el sabor. Tal vez, en lugar de hacerme preguntas acerca de Jake, debería cuestionar mi capacidad para sentir pasión. Es posible que todo esto sea culpa mía.

—Aunque haga este frío, si está despejado —está diciendo Jake—, no me importa. Uno siempre se puede abrigar. El frío intenso tiene algo que resulta refrescante.

—Es mejor el verano —replico—. Odio pasar frío. Todavía queda por lo menos un mes para que llegue la primavera. Se me va a hacer muy largo.

—Un verano vi el planeta Venus sin telescopio.

Un comentario muy típico de Jake.

—Estaba a punto de ponerse el sol. Venus no iba a ser visible de nuevo desde la Tierra en más de cien años. La alineación planetaria que coordinaba el Sol y Venus era muy infrecuente, de modo que Venus se veía como un puntito negro que pasaba entre la Tierra y el Sol. Fue genial.

—Si en aquel entonces ya nos hubiéramos conocido, podrías habérmelo dicho. Yo me lo perdí.

—Esa es la cosa, que a nadie le importó lo más mínimo —dice Jake—. Fue muy raro. Una oportunidad para ver Venus, y la mayoría de la gente estaba viendo la televisión. No te ofendas, a lo mejor eso era lo que estabas haciendo tú.

Sé que Venus es el segundo planeta contando desde del Sol. Aparte de eso, ya no sé mucho más.

—¿Te gusta Venus? —pregunto.

—Claro.

—¿Por qué? ¿Por qué te gusta?

—Un día de Venus es como ciento quince días de la Tierra. Su atmósfera está compuesta de nitrógeno y dióxido de carbono, y posee un núcleo de hierro. Además, está lleno de volcanes y lava solidificada, algo parecido a Islandia. Debería conocer su velocidad de traslación, pero me la estaría inventando.

—No está mal —respondo.

—Pero lo que más me gusta es que, aparte del Sol y de la Luna, es el objeto más brillante del cielo. La mayoría de la gente no sabe eso.

Me gusta cuando se pone a hablar así.

Quiero saber más.

—¿Siempre te ha interesado el espacio?

—No sé —me contesta—. Supongo que sí. En el espacio todo ocupa una posición relativa. El espacio es una entidad, sí, pero también es infinito. Cuando más se aleja uno, menos denso se hace, pero siempre se puede continuar avanzando. No existe una frontera definitiva entre el principio y el final. Jamás llegaremos a entenderlo o conocerlo del todo. No podemos.

—¿Tú crees que no?

—La mayor parte de toda la materia es materia oscura y sigue siendo un misterio.

—¿Materia oscura?

—Es invisible. Toda la masa extra que no podemos ver es la que da lugar a la formación de las galaxias y la que hace matemáticamente posible la velocidad de rotación de las estrellas alrededor de las galaxias.

—Me alegro de que no lo sepamos todo.

—¿Te alegras?

—De que no conozcamos todas las respuestas, de que no podamos explicarlo todo, como el espacio. A lo mejor es que no debemos saberlo todo.

Es bueno hacerse preguntas. Son mejores que las respuestas. Si uno quiere saber más de la vida, de cómo funcionamos, de cómo progresamos, lo importante son las preguntas. Eso es lo que estimula y ejercita nuestro intelecto. En mi opinión, gracias a las preguntas nos sentimos menos solos y más conectados. No siempre se trata de saber cosas. Yo aprecio el no saber. El no saber es humano. Y así debe ser, igual que el espacio. Es irresoluble y es oscuro. Pero no del todo.

Jake ríe al oírme decir esto y yo me siento tonta por haberlo dicho.

—Perdona —me dice—, no me río de ti, es que es gracioso. Nunca había oído a nadie expresarlo de ese modo.

—Pero es verdad, ¿no?

—Sí. El espacio es oscuro, pero no del todo. Una idea bastante bonita.

—Me han dicho que varias de las aulas estaban todas pintarrajeadas.
—Sí, había pintura en el suelo, pintura roja. Y manchas de agua. ¿Sabías que había puesto una cadena en la puerta?
—¿Por qué hizo eso aquí dentro?
—Para hacer valer algún punto de vista egoísta y retorcido. No sé.
—Pero no era dado a actos vandálicos, ¿no?
—No, pero lo extraño es que empezó a llenar de pintadas varias paredes. Todos sabíamos que había sido él. Lo vieron haciéndolo. Él lo negó, pero todas las veces se ofreció voluntario para limpiarlas.
—Qué raro es eso.
—Pues no es lo más raro de todo.
—¿Cómo?
—Lo raro es que todas las veces escribía lo mismo en las pintadas. Una misma frase.
—¿Cuál?
—«Hay un solo asunto que necesitamos resolver.»
—¿«Hay un solo asunto que necesitamos resolver»?
—Sí. Eso es lo que escribió.
—¿Y a qué asunto se refería?
—No tengo ni idea.

—Todavía queda un rato para llegar, ¿verdad?

—Sí, un poco.

—¿Quieres que te cuente una historia?

—¿Una historia?

—Sí, para pasar el tiempo —replico—. Voy a contarte una historia. Una verídica que nunca te han contado. Es de las que te gustan a ti. Yo creo que te va a gustar.

Bajo un poco la música.

—Claro —responde Jake.

—Sucedió cuando yo era más pequeña, en mi adolescencia.

Me giro hacia él. Cuando está sentado a la mesa, suele estar encorvado y con cara de sentirse incómodo. Cuando va conduciendo, da la sensación de ser demasiado grande para ir cómodo al volante, pero la postura que adopta es correcta. Me siento atraída por la estatura física de Jake a través de su intelecto. Su agudeza mental hace que su cuerpo larguirucho me resulte atractivo. Ambas cosas están conectadas. Por lo menos para mí.

—Preparado para que me cuentes una historia —dice.

Yo me aclaro la garganta con un gesto de lo más teatral.

—Muy bien. Me estaba protegiendo la cabeza con un periódico. Es en serio. ¿Qué pasa, por qué sonríes? Estaba lloviendo a cántaros. El periódico lo había cogido de un asiento vacío del autobús. Mis instrucciones eran simples: tenía que llegar a la casa a las diez y media y me recibirían en el camino de entrada para coches. No sería necesario que llamara al timbre. Me estás escuchando, ¿verdad?

Jake asiente con la cabeza sin apartar la vista de la carretera.

—Cuando llegué, tuve que esperar un rato, unos minutos, no unos segundos. Cuando por fin se abrió la puerta, asomó la cabeza de un hombre que yo no conocía de nada. Miró al cielo y dijo algo así como que esperaba no haberme hecho esperar mucho. Sacó una mano con la palma hacia arriba. Se le veía agotado, como si llevara varios días sin dormir. Tenía unas profundas ojeras, barba incipiente en la barbilla y en la cara y el pelo revuelto. Intenté atisbar el interior de la casa. La puerta estaba abierta ligeramente, una rendija.

»Me dijo: “Me llamo Doug. Dame un minuto, toma las llaves”, y me lanzó las llaves, las cuales atrapé con ambas manos cuando me golpearon contra el estómago, como un puñetazo. Y después se cerró la puerta de golpe.

»Al principio no me moví del sitio. Estaba aturdida. ¿Quién era aquel tipo? La verdad era que no sabía nada de él. Habíamos hablado por teléfono, nada más. Miré el llavero metálico que tenía en las manos, que formaba simplemente una gran letra J.

Hago un alto y miro a Jake.

—Te noto aburrido —le digo—. Ya sé que estoy incluyendo muchos detalles, pero es que los recuerdo todos y estoy intentando contar la historia como Dios manda. ¿Es raro que me acuerde de todos los detalles? ¿Resulta aburrido que te lo cuente todo?

—Cuenta la historia sin más. La mayor parte de lo que recordamos es ficción y está muy modificada. De modo que continúa.

—No estoy muy segura de coincidir contigo en eso, pero veo lo que quieres decir —contesto.

—Continúa —dice Jake—. Te escucho.

—Pasaron ocho minutos más, por lo menos miré el reloj dos veces, hasta que volvió a salir Doug. Se dejó caer en el asiento del pasajero con una fuerte exhalación. Se había puesto un vaquero azul muy gastado, con agujeros en las rodillas, y una camisa a cuadros. Los asientos de su coche estaban moteados de pelos de gato de color anaranjado. Había pelos de gato por todas partes.

—Moteados.

—Sí, moteados hasta más no poder. También se había puesto una gorra de béisbol negra, inclinada hacia atrás, con la palabra *Nucleus* bordada delante en color blanco, en letras cursivas. Se le veía más preparado para estar sentado que para estar de pie o andando.

»No dijo nada, así que empecé a ejecutar la rutina que había estado ensayando con mi padre. Deslicé el asiento hacia delante, ajusté el espejo retrovisor tres veces y me cercioré de soltar el freno de mano. A continuación, puse las manos sobre el volante en la posición de las diez y diez y erguí la espalda.

»“No me gusta nada la lluvia”, dijo Doug. Era la primera cosa que decía dentro del coche. Ni darme instrucciones ni preguntarme cuánto tiempo llevaba practicando. Noté lo tímido que era y que casi estaba nervioso, ahora que estábamos los dos juntos dentro del coche. Movía constantemente la rodilla arriba y abajo. “¿Quiere que empiece por alguna parte en concreto?”, le pregunté. “Con esta lluvia —me respondió— hay que descartar unas

cuantas cosas. Me parece que vamos a tener que esperar a que escampe.” Señalizando solo con la mano, Doug me indicó que me metiese en el primer solar que había a nuestra izquierda. Era el aparcamiento de una cafetería. Me preguntó si quería tomar algo, un café o un té, y yo le dije que no. Pasamos un rato sentados en el coche sin hablar, oyendo llover. Mantuve el motor en marcha para que no se empañaran los cristales y puse el limpiaparabrisas a baja velocidad. “¿Cuántos años tienes?”, me preguntó. Pensaba que tendría diecisiete o dieciocho. Le contesté que tenía dieciséis.

»“Qué mayor”, me dijo. Tenía unas uñas que parecían tablas de surf en miniatura, unas tablas de surf largas, estrechas y sucias. Sus manos no eran las típicas de un profesor de autoescuela, sino más bien de un artista o un escritor.

—Si necesitas hacer una pausa para tragar saliva, o parpadear, o respirar, hazla —dice Jake—. Eres igual que Meryl Streep, totalmente metida en el papel.

—Ya respiraré cuando termine —replico—. Doug volvió a comentar que tener dieciséis años no era ser joven y que la edad era un árbitro extraño, inexacto, para jugar la madurez. Luego abrió la guantera y sacó un librito. «Quiero que leas una cosa —me dijo— si no te importa, ya que estamos aquí esperando.» Me preguntó si sabía quién era Jung y le contesté que no, lo cual no era cierto del todo.

—¿Tu profesor de autoescuela era seguidor de Jung?

—Tú sigue escuchando. Tardó unos instantes en encontrar la página que buscaba. Carraspeó y me leyó la siguiente frase: «El significado de mi existencia es que la vida me ha formulado una pregunta. O, al contrario, yo mismo soy una pregunta que se formula al mundo y he de comunicar mi respuesta, porque de no hacerlo dependeré de la respuesta que me dé el mundo».

—¿Has memorizado eso?

—Sí.

—¿Cómo?

—Me entregó el librito y lo guardé. Todavía lo tengo por ahí. Aquel día estaba en actitud generosa. Me dijo que la experiencia no era buena solo para conducir, sino para todo. «La experiencia vale más que la edad —afirmó—. Hemos de encontrar maneras de experimentar, porque así es como aprendemos, así es como conocemos.»

—Una lección bastante rara.

—Le pregunté por qué le gustaba enseñar a conducir. Me contestó que no era el trabajo que más le gustaba, pero que tenía que hacerlo por razones prácticas. Había aprendido a apreciar eso de ir sentado en un coche hablando con otras personas. Dijo que le gustaban los rompecabezas. Que le gustaba conducir y navegar con otra persona, como metáfora. Me recordó al gato de *Alicia en el país de las maravillas*, solo que en una versión más tímida.

—Es curioso —dice Jake.

—¿El qué?

—Yo también me interesé por Jung durante una temporada. Para conocernos de verdad debemos cuestionarnos. Siempre me ha gustado esa idea. Pero, en fin, perdona. Continúa.

—Bien. Mientras esperábamos, se sacó del bolsillo dos extraños caramelos. Señaló uno de ellos y me dijo que me lo quedase. «Guárdalo para otro día que llueva.» El otro lo cogió él, le quitó el papel que lo envolvía y lo partió en dos con la mano. Me pasó el trozo más grande.

—¿Y te lo comiste? —me pregunta Jake—. ¿No te pareció raro que ese tipo te ofreciera un caramelo? ¿Y no te dio asco que lo hubiera tocado él?

—Ahora voy a todo eso. Pero sí, era raro. Y sí, me dio asco. Pero me lo comí.

—Continúa.

—No sabía a nada. Lo moví de un lado para otro con la lengua, intentando ver si era dulce o no. No fui capaz de decir si sabía bien o mal. Doug me dijo que aquellos caramelos se los había dado una alumna suya que había estado de viaje en no sé qué país de Asia y que allí eran muy conocidos. Me dijo que a su alumna le encantaban, pero que a él no le parecían nada especial. Estaba masticando su trozo, haciéndolo crujir.

»De repente empecé a notar el sabor. Era inesperadamente fuerte, ácido. No estaba mal. Empezó a gustarme. “Pues todavía no conoces lo más interesante —me dijo—. Los envoltorios de estos caramelos llevan unas cuantas frases escritas en inglés. Se han traducido de forma literal, de modo que no tienen mucho sentido.” Se sacó el envoltorio del bolsillo y lo abrió para enseñármelo.

»Leí en voz alta lo que estaba escrito dentro del papel. Lo recuerdo palabra por palabra: “Eres el hombre nuevo. Cuán delicioso no se puede olvidar, un gusto especial. Devuelve el sabor”.

»Leí esas frases varias veces, para mis adentros, y luego las repetí en voz alta. Doug me dijo que él desenvolvía caramelos de vez en cuando; no para comérselos, sino simplemente porque le gustaba leer aquellos versos,

reflexionar sobre ellos, intentar comprenderlos. Dijo que no le iba la poesía, pero que aquellas frases eran igual de buenas que muchos poemas que había leído. Dijo: “En la vida hay ciertas cosas, no muchas, que constituyen una verdadera cura, confirmada, para los días tristes, para la soledad. Los rompecabezas son así. Cada uno tiene que resolver el suyo”. Nunca se me olvidará.

—Es memorable. A mí tampoco se me olvidaría.

—A aquellas alturas ya llevábamos más de veinte minutos en el aparcamiento y todavía no habíamos movido el coche. Me dijo que la alumna que le había dado los caramelos era una persona singular que al volante era un desastre, una conductora malísima. Que por más consejos que le diera él o por más que le repitiera las indicaciones, ella no entendía nada. Desde la primera clase ya supo que la chica no iba a aprobar el examen, que era la peor conductora del mundo. Darle clases era inútil y hasta un tanto peligroso.

»Siguió diciendo que de todas maneras siempre deseaba vivamente que llegara la hora de su clase, y que tenía con ella largas conversaciones, debates profundos. Le hablaba de cosas que había leído últimamente y ella también. Era un toma y daca. Según él, a veces la chica decía cosas que lo dejaban estupefacto.

—¿Como qué? —pregunta Jake. Me doy cuenta de que, aunque va concentrado en conducir, está atento y escuchando. Está metido en la narración, más de lo que yo esperaba.

De pronto me suena el teléfono. Lo saco del bolso, que está en el suelo, junto a mis pies.

—¿Quién es? —pregunta Jake.

En la pantalla veo que aparece mi propio número.

—Solo es una amiga. No hace falta que conteste.

—Vale. Sigue con la historia.

¿Por qué volverá a llamarme? ¿Qué querrá?

—Bien —respondo al tiempo que vuelvo a meter el teléfono en el bolso y reanudo el relato.

—Bueno, pues un día, de repente, esa alumna le dijo a su profesor de autoescuela que ella era «la persona que mejor besaba de todo el mundo». Se lo dijo así, sin más, como si pensara que él ya debía saberlo. Estaba muy segura de ello y, según Doug, resultaba muy convincente.

Jake cambia la postura de las manos en el volante y endereza la espalda todavía más. Oigo que mi teléfono emite un pitido que indica que acabo de recibir un mensaje.

—Me dijo que ya sabía que parecía raro hablar de aquello. Incluso se disculpó y reconoció que nunca había contado aquel detalle a nadie. La chica juró que aquel talento le confería mayor poder que el dinero, la inteligencia o cualquier otra cosa. El hecho de que fuera la persona que mejor besaba en el mundo la convertía en el centro del universo, dicho con sus propias palabras.

»Doug esperaba que yo respondiera o que dijera algo. Yo no sabía qué decir. De modo que le dije lo primero que me vino a la cabeza: que el acto de besar implica a dos personas. Uno no puede ser una sola persona y ser quien mejor besa. Es un acto para el que se necesitan dos. “Así que, en realidad —le dije—, uno puede ser el mejor si la otra persona también es la mejor, lo cual es imposible. No es como tocar la guitarra, que es algo que hace uno solo y uno sabe que se le da muy bien. No es una acción que se lleve a cabo en solitario. Es necesario que haya dos personas muy buenas.”

»Me dio la impresión de que mi respuesta le molestó. Estaba visiblemente incómodo. No le hacía gracia la idea de que uno no pudiera ser el mejor del mundo en eso por sí solo, que dependiera de otro. Luego dijo: “Esto es demasiado para superarlo”. Añadió que aquello significaba que siempre necesitaríamos de otra persona. Pero ¿y si no hubiera esa otra persona? ¿Y si todos estamos solos?

»No supe qué contestar. De repente se erizó, como si hubiéramos estado discutiendo. “Es una idiotez esperar a que deje de llover”, afirmó. Me dijo que doblara a la derecha y saliera del aparcamiento. Todo era muy raro. Me indicó por dónde tenía que ir con varias inclinaciones de cabeza. Después, permaneció en silencio.

—Interesante —dice Jake.

—Ya casi he terminado.

—Sigue.

—Doug pasó el resto de la clase removiéndose nervioso en su asiento y sin poner interés en todo lo relativo a la conducción. Me dio unos cuantos consejos básicos sobre técnicas de conducir, pero, sobre todo, pasó el rato mirando la carretera. Aquella fue mi primera y última clase.

»Como continuaba lloviendo, se ofreció a dejarme en mi casa para que no tuviera que esperar el autobús. Dijimos muy poca cosa. Cuando llegamos a mi casa, detuve el coche delante y le dije que continuaría practicando con mi padre. Él me respondió que era buena idea. Lo dejé allí y entré corriendo en casa.

»Aproximadamente un minuto después, no más, volví a salir. Doug seguía allí, dentro del coche. Se había pasado al asiento del conductor y tenía el

volante agarrado con las dos manos. El asiento todavía estaba colocado para mí y el espejo también. Doug estaba muy constreñido. Le hice una seña para que bajase la ventanilla. Él deslizó el asiento hacia atrás y después bajó la ventanilla. En aquella época todavía era normal no tener elevalunas eléctricos.

»Antes de que la ventanilla hubiera bajado del todo, metí la cabeza dentro del coche y, con suavidad, le apoyé una mano en el hombro izquierdo. Llevaba el pelo empapado. Tenía que dejar clara una cosa. Le dije que cerrase los ojos un segundo. Tenía la cara muy cerca de la suya. Doug obedeció. Cerró los ojos y se inclinó un poco hacia mí. Y entonces...

—¿Qué? Me cuesta creer que tú hicieras eso —dice Jake—. ¿Se puede saber qué mosca te había picado?

Es la vez que más agitado he visto a Jake. Está escandalizado, casi furioso.

—No lo sé muy bien. Simplemente sentí que tenía que hacerlo.

—No parece propio de ti. ¿Lo viste alguna vez más después de eso?

—No. La cosa acabó ahí.

—Hum —dice Jake—. De modo que para ser quien mejor besa del mundo se requieren dos personas. Interesante. Es de la clase de cosas que se le quedan grabadas a uno en el cerebro, capaces de obsesionarlo.

Jake adelanta a la lenta camioneta que circula delante de nosotros. Es vieja y de color negro. Ya llevábamos un rato detrás de ella, casi la historia entera. Intento ver quién la conduce, pero no logro distinguirlo. No está habiendo muchos coches en la carretera.

—Cuando has dicho que todo lo que se recuerda es ficción, ¿qué has querido decir? —le pregunto.

—Que cada vez que rememoramos algo, ese algo cambia. No es absoluto. Los relatos basados en hechos reales suelen tener más de ficción que de realidad. Las ficciones y los recuerdos se rememoran y se relatan más de una vez. Ambos son relatos. Los relatos son la manera que tenemos de aprender. Los relatos son la manera que tenemos de entendernos unos a otros. En cambio, la realidad sucede solo una vez.

Ahora es cuando me siento más atraída por Jake. En este preciso momento. Cuando dice cosas como «La realidad sucede solo una vez».

—Es muy raro, cuando uno se para a pensarlo. Acudimos a ver una película sabiendo que no es la realidad. Sabemos que son personas actuando, recitando un diálogo. Y aun así, nos afecta.

—¿Entonces estás diciendo que da igual que la historia que acabo de contarte sea inventada o haya sucedido de verdad?

—Todas las historias son inventadas. Incluso las verídicas.
Otra frase clásica de Jake.
—Tendré que reflexionar sobre eso.
—¿Conoces una canción que se titula *Inolvidable*?
—Sí —contesto.
—¿Qué cosas son verdaderamente inolvidables?
—No lo sé. No estoy segura. Pero esa canción me gusta.
—Nada. Nada es inolvidable.
—¿Cómo?
—Esa es la cosa. Todo tiene una parte que siempre será olvidable. Por muy buena o notable que sea. Literalmente tiene que serlo. Ser o no ser.
—¿Esa es la cuestión?
—Basta —dice Jake.
No sé muy bien qué responder ahora. No sé muy bien cómo reaccionar.
Durante un rato, Jake no dice nada más. Se limita a jugar con el pelo, se enrosca en torno al dedo índice un mechón de la nuca con su peculiar estilo, un estilo que a mí me gusta. Luego, pasados unos instantes, se gira hacia mí.
—¿Qué dirías si te dijera que soy el ser humano más inteligente del mundo?
—¿Perdona?
—Hablo en serio. Y esto tiene que ver con la historia que me has contado. Tú responde.
Calculo que llevamos por lo menos cincuenta minutos de viaje, probablemente más. Está haciéndose de noche. En el interior del coche no hay ninguna luz encendida, aparte de las del salpicadero y la de la radio.
—¿Me preguntas qué diría?
—Sí. ¿Te echarías a reír? ¿Dirías que estoy mintiendo? ¿Te enfadarías? ¿O te limitarías a cuestionar la racionalidad de tan audaz afirmación?
—Supongo que creería no haber oído bien.
Jake ríe cuando digo esto. No es una carcajada, sino una risa suave, sincera, contenida, la típica risa suya.
—En serio. Lo estoy diciendo. Me has oído perfectamente. ¿Cuál es tu reacción?
—A ver, ¿estás diciendo que eres el hombre más inteligente del mundo?
—Incorrecto. El ser humano más inteligente. Y no estoy diciendo que lo sea; me gustaría saber cómo reaccionarías si lo dijera. No tengas prisa en responder.

—Venga, Jake.

—Estoy hablando en serio.

—Supongo que diría que es una trola.

—¿De verdad?

—Sí. ¿El ser humano más inteligente del mundo? Eso es ridículo y por muchas razones.

—¿Qué razones?

Levanto la cabeza, la cual tenía apoyada en las manos, y miro en derredor como si hubiera un público presente. Por la ventanilla pasa una mancha borrosa de árboles.

—Vale, déjame que te haga yo una pregunta. ¿Te consideras el ser humano más inteligente que existe en el mundo?

—Eso no es una respuesta. Es una pregunta.

—Se me permite responder en forma de pregunta.

Sé que al decir esto me estoy prestando al obvio chiste en referencia al concurso *Jeopardy!*^[1], pero Jake no lo hace. Por supuesto que no.

—¿Por qué es imposible que yo sea el ser humano más inteligente del mundo, aparte de decir que es una locura?

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

—De eso se trata precisamente. Simplemente asumes que es algo demasiado traído por los pelos para ser real. No eres capaz de percibir que una persona que conoces, un tipo corriente que va sentado contigo en un coche, es la persona más inteligente que hay. Pero ¿por qué no?

—Porque ¿qué quieres decir siquiera con lo de «inteligente»? ¿Que sabes más de libros que yo? Puede ser. Pero ¿qué me dices de construir una valla? ¿O de saber cuándo preguntar a alguien qué tal está, o de sentir compasión, o de saber convivir con otras personas, o de conectar con los demás? La empatía es una forma muy importante de inteligencia.

—Por supuesto que sí —dice Jake—. Todo eso forma parte de mi pregunta.

—Vale. Pero aun así, no sé... Es decir... ¿Cómo puede ser siquiera que exista una persona más inteligente que todas?

—Tiene que existir. Sea cual sea el algoritmo que fabriques o decidas lo que decidas respecto de lo que es la inteligencia, alguien tiene que cumplir esos requisitos mejor que todos los demás. Alguien tiene que ser la persona más inteligente del mundo. Y eso representa una gran carga. De verdad.

—¿Y qué más da que exista una persona más inteligente?

Jake se inclina un poco hacia mí.

—Lo más atractivo que hay en el mundo es la mezcla de timidez y seguridad en uno mismo. Combinadas en las proporciones adecuadas. Si se tiene demasiado de una de ellas, se pierde todo. Y tenías razón, ¿sabes?

—¿En qué?

—En lo de la persona que mejor besa. Menos mal que uno no puede ser el mejor sin ayuda de nadie. No es como ser el más inteligente.

Vuelve a su postura anterior y reafirma ambas manos en el volante. Yo miro por la ventanilla.

—Y si alguna vez te entran ganas de participar en un concurso de construir vallas, dímelo —añade.

No me ha dejado terminar la historia. Yo no llegué a besar a Doug después de la clase. Jake ha hecho suposiciones. Ha supuesto que besé a Doug. Pero para un beso se necesitan dos personas que quieran besarse o será otra cosa.

Lo que realmente ocurrió fue lo siguiente: Regresé al coche. Me metí por la ventanilla y abrí la mano en la que llevaba el papelito arrugado del caramelo, el que me había dado Doug. Lo estiré y leí lo que ponía:

Mi corazón, mi corazón solo con sus suaves olas de canción, anhela tocar este verde mundo del día soleado. ¡Hola!

Todavía tengo ese papelito guardado en alguna parte. Lo conservé. No sé por qué. Después de leerle a Doug esas frases, di media vuelta y eché a correr para meterme de nuevo en casa. No volví a verlo.

—Tenía llaves. No estaba previsto que viniera aquí, pero tenía llaves. Podía hacer lo que le apeteciera.

—¿No tenía que aplicar una capa nueva de barniz durante las navidades?

—Sí, pero eso lo hizo justo al empezar las navidades. Para que el barniz tuviera tiempo de secarse. El olor del barniz puede ser bastante fuerte.

—¿Tóxico?

—No estoy seguro. Puede que sí, si uno solo respira eso.

—¿Vamos a poder ver los resultados de la autopsia?

—Puedo enterarme.

—¿Estaba muy... desfigurado?

—Ya te puedes imaginar.

—Sí.

—Por el momento no debemos entrar en detalles.

—Me han dicho que cerca del cadáver encontraron un aparato respirador, una mascarilla.

—Sí, pero era una antigua. No está claro que todavía funcionase.

—Hay muchas cosas que desconocemos de lo que sucedió realmente.

—Y la única persona que podría explicárnoslas no está.

Jake ha empezado a hablar del envejecimiento. No lo he visto venir. Es un tema del que no hemos hablado nunca.

—No es más que una de esas cosas que se entienden mal en nuestra cultura.

—Pero ¿tú consideras que envejecer es bueno?

—Sí. Para empezar, es algo inevitable. Nos parece algo negativo porque estamos totalmente obsesionados con la juventud.

—Ya. Todos son aspectos positivos. Pero ¿qué me dices de tu físico tan juvenil? Ya puedes ir despidiéndote de él. ¿Estás preparado para volverte gordo y quedarte calvo?

—Lo que perdemos al ir envejeciendo merece la pena, teniendo en cuenta lo que ganamos. Es un intercambio justo.

—Claro, claro, coincido contigo —respondo—. De hecho, tengo ganas de ser más vieja. Me alegra envejecer, en serio.

—Yo espero tener unas cuantas canas —replica Jake—. Y unas pocas arrugas. Me gustaría que me salieran arrugas de expresión. Supongo que, por encima de todo, quiero ser yo mismo. Quiero ser. Ser yo.

—¿Y por qué?

—Porque quiero entenderme a mí mismo y reconocer cómo me ven los demás. Quiero sentirme cómodo conmigo mismo. La manera de conseguirlo es casi lo menos importante, ¿no? Ya es mucho llegar a cumplir un año más. Es muy significativo.

—Yo creo que por eso tantas personas se casan precipitadamente y permanecen en relaciones de mierda, con independencia de la edad, porque no se sienten cómodas estando solas.

No puedo decirle esto a Jake y tampoco debo, pero quizá sea mejor estar solo. ¿Para qué abandonar la rutina que ya dominamos cada uno de los dos? ¿Por qué renunciar a la oportunidad de tener muchas relaciones distintas a cambio de una sola? Estar en pareja tiene muchas cosas buenas, lo comprendo, pero ¿es mejor? Cuando estoy sin novio, tiendo a concentrarme en lo mucho que mejoraría mi vida la compañía de alguien, en lo mucho que se incrementaría mi felicidad. Pero ¿es así?

—¿Te importa que baje un poco la música? —pregunto a la vez que ajusto el volumen de la radio antes de esperar su respuesta. Ya la he bajado muchas veces durante este trayecto, pero Jake siempre vuelve a subirla. Es posible que esté un poco sordo. Por lo menos, a ratos. Es igual que los tics de despiste: unas veces están y otras veces no están tanto.

Una noche me entró dolor de cabeza. Estábamos hablando por teléfono y él estaba haciendo planes para venir a mi casa a pasar el rato. Le pedí que me trajera un par de analgésicos. No estaba segura de que fuera a acordarse y eso que se lo repetí. Era uno de esos fuertes dolores de cabeza que estoy teniendo últimamente. Supuse que se le olvidaría. A Jake se le olvidan las cosas. Podría encajar perfectamente en el cliché del profesor chiflado.

Cuando llegó a mi casa, no mencioné los analgésicos. No quise que se sintiera mal por haberse olvidado de traérmelos. Él tampoco dijo nada. Al principio. Estuvimos hablando de otras cosas, no recuerdo cuáles, y de repente me dijo:

—Las pastillas. —Se metió la mano en el bolsillo. Tuvo que estirar las piernas para llegar hasta el fondo. Yo lo observaba—. Aquí están.

No extrajo dos píldoras minúsculas de su bolsillo lleno de pelusas así, sin más. Me entregó una bola de papel de clínex, bien cerrada y sellada con un único trozo de cinta adhesiva. Era un paquetito que parecía una bolsita de bombones. Despegué la cinta. Dentro estaban mis analgésicos. Había tres. Uno de más, por si acaso.

—Gracias —dije y me fui al cuarto de baño a buscar agua. No le dije nada a Jake, pero para mí aquel envoltorio fue muy significativo. Aquella manera de proteger las píldoras. Si fueran para él, no habría hecho tanto esfuerzo.

Aquello me descolocó un poco, me hizo pensar de nuevo las cosas. Aquella noche iba a romper con él... quizá. Posiblemente sí. No lo tenía planeado. Pero podría haber ocurrido. Sin embargo, protegió mis píldoras dentro de un clínex.

¿Son suficientes los actos pequeños y cruciales? Los pequeños gestos hacen que nos sintamos bien con nosotros mismos y con los demás. Las cosas pequeñas nos conectan. Dan la sensación de que son todo. Es mucho lo que depende de ellas. Ocurre lo mismo con la religión y con Dios. Creemos en determinados conceptos teóricos que nos ayudan a entender la vida. Y no solo nos ayudan a entenderla, sino que también nos proporcionan consuelo. La idea de que estamos mejor viviendo con una sola persona durante el resto de nuestra vida no es una verdad innata de la existencia; es una creencia que deseamos que sea cierta.

Renunciar a vivir solos e independientes constituye un sacrificio mucho mayor de lo que muchos creemos. Compartir un hábitat, una vida, es sin duda alguna mucho más difícil que vivir solo. De hecho, vivir en pareja parece prácticamente imposible, ¿no? ¿Encontrar una persona con la que pasar toda la vida? ¿Con la que envejecer y con la que cambiarnos de ropa? ¿Verla a diario, reaccionar a sus estados de ánimo y atender a sus necesidades?

Resulta curioso que Jake haya sacado el tema de la inteligencia y que haya preguntado lo de la persona más inteligente del mundo. Es como si supiera que yo he estado pensando en ello. He estado pensando en todas estas cosas. ¿Siempre es buena la inteligencia? Es algo que me pregunto. ¿Y si la inteligencia se desperdicia? ¿Y si la inteligencia conduce a más soledad en vez de a la realización personal? ¿Y si, en vez de productividad y claridad, genera dolor, aislamiento y remordimiento? Llevo mucho tiempo pensando en la inteligencia de Jake. No es algo de ahora, ya llevo con ello una temporada.

Su inteligencia me atrajo al principio, pero, en una relación con compromiso, ¿es beneficiosa para mí? ¿Me resultaría más difícil o más fácil convivir con alguien que fuera menos inteligente? Estoy hablando de una relación a largo plazo, no solo de unos meses. La lógica y la inteligencia no van unidas a la generosidad y a la empatía. ¿O sí? Desde luego, la inteligencia de Jake, no. Jake es un pensador literal, lineal, intelectual. ¿Eso hace que parezca más atractivo vivir cuarenta o cincuenta años con él?

Me giro para mirarlo.

—Ya sé que no te gusta hablar de trabajo, pero la cosa es que nunca he visto tu laboratorio. ¿Cómo es?

—¿A qué te refieres?

—Me cuesta imaginar el lugar en que trabajas.

—Pues imagina un laboratorio. Se le parece bastante.

—¿Huele a sustancias químicas? ¿Hay mucha gente alrededor?

—No lo sé. Supongo que sí, normalmente.

—Pero ¿no tienes problemas para concentrarte, distracciones?

—Normalmente no pasa nada. De vez en cuando surge una molestia de algún tipo, alguien que habla por teléfono o que se echa a reír. Una vez tuve que mandar callar a un colega y eso nunca es divertido.

—Ya sé cómo eres cuando te concentras.

—En esas ocasiones, no quiero oír ni el reloj de la pared.

Este coche debe de estar lleno de polvo o puede que sea el aire que entra por las rejillas de ventilación, pero noto los ojos secos. Ajusto la rejilla y la oriento totalmente hacia el suelo.

—Hazme una visita virtual.

—¿Del laboratorio?

—Sí.

—¿Ahora?

—Puedes hacerlo sin dejar de conducir. ¿Qué me enseñarías si fuera de visita a tu laboratorio?

Jake deja pasar unos instantes sin decir nada. Se limita a mirar al frente, a la carretera.

—Primero, te enseñaría la sala de cristalografía de las proteínas —me dice sin mirarme.

—De acuerdo —contesto—. Bien.

Sé que trabaja con cristales de hielo y con proteínas. Más o menos. Sé que está con el trabajo de posdoctorado y con la tesis.

—Te enseñaría los dos robots de cristalización que nos permiten examinar una extensa porción del espacio de cristalización empleando volúmenes del rango de submicrolitros de proteínas recombinables difíciles de expresar.

—Entiendo —digo—. Me gusta saber esto.

Lo digo de verdad.

—Seguramente te interesaría la sala de microscopios, que contiene el montaje de nuestro TIRF de tres colores, que significa fluorescencia de reflexión interna total, así como el microscopio de disco giratorio que nos permite rastrear moléculas aisladas marcadas con una fluorescencia, ya sea *in vitro* o *in vivo*, con una precisión nanométrica.

—Continúa.

—Te enseñaría nuestras incubadoras de temperatura controlada, en las que cultivamos volúmenes grandes, más de veinte litros, de levaduras y de *E. coli* que han sido modificadas genéticamente para que sobreexpresen una proteína escogida por nosotros.

Mientras Jake habla, yo observo su rostro, su cuello, sus manos. No puedo evitarlo.

—Te enseñaría nuestros dos sistemas: AKTA FPLC, cromatografía de líquidos rápida para proteínas, que nos permite purificar rápidamente y con precisión cualquier proteína utilizando cualquier combinación de cromatografías de afinidad, intercambio de iones y permeación en gel.

Me están entrando ganas de besarle.

—Te enseñaría la sala de cultivo de tejidos, en la que cultivamos y conservamos diversas familias de células de mamíferos, ya sea para la transfección de genes específicos o para cosechar lisado celular y...

Hace una pausa.

—Sigue —le digo—. ¿Y luego?

—Y luego tengo la impresión de que estás aburriéndote y quieres marcharte.

Ahora mismo podría decirle algo. Estamos solos en el coche. Es la ocasión perfecta. Podría decirle que he estado reflexionando acerca de una relación únicamente en el contexto de mí misma y de lo que el todo significa para mí. O podría preguntar si esto viene al caso, porque una relación no puede entenderse dividida en dos partes. O podría ser totalmente sincera y decir: «Estoy pensando en dejarlo». Pero no lo hago. No digo nada de eso.

Tal vez el hecho de conocer a sus padres, de ver el lugar del que proviene y en el que se crio, tal vez eso me ayude a decidir qué hacer.

—Gracias por la visita guiada —contesto.

Lo observo mientras conduce. De momento. Ese cabello despeinado y ligeramente rizado. Esa postura jodidamente exquisita. Me vienen a la memoria aquellos analgésicos. Eso lo cambia todo. Fue un detalle por su parte envolvermelos.

Solo hacía dos semanas que nos conocíamos cuando Jake pasó dos noches fuera de la ciudad. Nos veíamos o hablábamos casi a diario. Él llamaba, yo escribía mensajes. Pero descubrí que él odiaba escribir mensajes. Quizá enviaba uno, dos como mucho. Si la conversación se prolongaba un poco más, llamaba. Le gusta hablar y escuchar. Aprecia el discurso.

Se me hizo raro estar de nuevo totalmente sola durante aquellos dos días en los que Jake estuvo ausente. Antes estaba acostumbrada, pero después me resultó insuficiente. Lo echaba de menos. Echaba de menos estar con otra persona. Suena cursi, ya lo sé, pero tuve la sensación de que me faltaba una parte de mi ser.

Conocer a alguien es como hacer un rompecabezas que no se termina nunca. Primero encajamos las piezas más pequeñas y mientras tanto nos conocemos mejor a nosotros mismos. Los detalles que conozco de Jake —que le gusta la carne muy hecha, que evita usar los aseos públicos, que odia que la gente se hurgue los dientes con la uña después de comer— son triviales e insignificantes en comparación con las grandes verdades que tardan tiempo en revelarse por fin.

Después de haber pasado tanto tiempo sola, empecé a tener la sensación de conocer bien a Jake, bien de verdad. Si se ve a una persona constantemente, como nos ocurrió a Jake y a mí al cabo de solo dos semanas, la cosa empieza a ser... intensa. Lo nuestro era intenso. Durante esas dos

primeras semanas yo pensaba en él todo el tiempo, incluso cuando no estábamos juntos. Tuvimos montones de largas conversaciones sentados en el suelo o tumbados en el sofá o en la cama. Éramos capaces de pasar horas hablando. Uno de los dos lanzaba un tema y el otro lo recogía. Nos hacíamos preguntas el uno al otro. Dialogábamos, debatíamos. No era que todo el tiempo estuviéramos de acuerdo el uno con el otro. Una pregunta siempre llevaba a otra. En cierta ocasión, pasamos una noche entera charlando. Jake era distinto de todas las personas que yo había conocido jamás. El vínculo que había entre nosotros era único. Y aún sigo pensándolo.

—Intentar restablecer un equilibrio crítico —dice Jake— es algo sobre lo que he estado reflexionando últimamente en el trabajo. El equilibrio crítico es necesario en todo. La otra noche estuve pensando en ello en la cama. Todo es tan... delicado. La alcalosis metabólica, por ejemplo. Un ligerísimo aumento del pH del tejido, que tiene que ver con una pequeña disminución de la concentración de hidrógeno. Es que... todo es sumamente sutil. No es más que un ejemplo y, sin embargo, resulta vital. Y hay muchas cosas así. Todo posee una fragilidad imposible.

—Hay muchas cosas así, sí —coincido. Como por ejemplo, todo en lo que he estado pensando.

—Hay días que siento que me traspasa una corriente. Dentro de mí hay una energía. Y dentro de ti. Es algo que merece la pena tener en cuenta. ¿Tiene sentido lo que digo? Perdona, estoy divagando.

Me he descalzado y he apoyado los pies enfrente de mí, en el salpicadero. Estoy recostada contra el asiento. Podría quedarme adormecida. Es por el traqueteo de las ruedas sobre el asfalto, el movimiento. Ir en coche ejerce en mí un efecto anestésico.

—¿A qué te refieres al decir una corriente? —pregunto al tiempo que cierro los ojos.

—A la sensación que experimento —contesta—. Tú y yo. La singular velocidad del flujo.

—¿Alguna vez has estado deprimido o algo? —le pregunto.

Acabamos de tomar un desvío que ha parecido importante. Llevábamos ya un rato circulando por la misma carretera. Hemos girado al llegar a una señal de STOP, no en un semáforo. A la izquierda. Aquí no hay semáforos.

—Perdona, ha sido un poco repentino. Es que estaba pensando.

—¿En qué?

Durante varios años mi vida ha sido totalmente plana. No sé de qué otra manera describirla. Nunca lo he reconocido. No me siento deprimida, me

parece que no. No es eso lo que estoy diciendo. Simplemente ha sido una vida plana, apática. Muchas cosas me parecieron accidentales, innecesarias, arbitrarias. Carentes de dimensión. Da la sensación de que falta algo.

—A veces me siento triste sin motivo aparente —digo—. ¿A ti te pasa?

—No especialmente, creo que no —responde Jake—. Antes, cuando era pequeño, me preocupaba.

—¿Te preocupabas?

—Sí, me preocupaba por cosas insignificantes. Ciertas personas, desconocidos. Tenía dificultades para dormir. Me dolía el estómago.

—¿Qué edad tenías?

—Ocho o nueve años. Cuando me sentía así, mi madre me preparaba lo que ella llamaba un «té para niños», que era principalmente leche con azúcar, y nos sentábamos a hablar.

—¿De qué?

—Normalmente, de lo que me tenía preocupado.

—¿Recuerdas algo concreto?

—Nunca me preocupó la muerte, en cambio sí me preocupaba que se muriera algún pariente. En su mayor parte eran miedos abstractos. Durante una temporada me preocupó que se me desprendiera una extremidad del cuerpo.

—¿En serio?

—Sí. En la granja teníamos ovejas, corderos. Cuando nacía un cordero, uno o dos días después mi padre le ponía unas gomas especiales en la cola. La apretaban mucho, lo suficiente para interrumpir el flujo sanguíneo. Unos pocos días más tarde, la cola se le caía. Para los corderos no resulta doloroso, ni siquiera se dan cuenta de lo que está pasando.

»Muy a menudo, de pequeño, salía al prado y encontraba la cola que se le había caído a algún corderito. Empecé a preguntarme si a mí podía ocurrirme lo mismo. ¿Qué pasaría si me apretaran demasiado las mangas de una camisa o unos calcetines? ¿Y si me dormía con los calcetines puestos y me despertaba en mitad de la noche con un pie de menos? Aquello también me enseñó a preocuparme por las cosas que son importantes. Como por ejemplo: ¿por qué la cola no es una parte importante del cuerpo del cordero? ¿Cuántas partes del cuerpo pueden desprenderse sin que uno pierda nada importante?

—Comprendo que eso pueda llegar a ser inquietante.

—Perdona. He contestado de forma muy larga a tu pregunta. Así que, para responderte, diría que no, no me deprimó.

—Pero ¿te pones triste?

—Claro.

—¿Y por qué? ¿Qué diferencia hay?

—La depresión es una enfermedad grave. Es físicamente dolorosa, debilita a la persona. Y uno no puede decidir vencerla, del mismo modo que tampoco puede decidir vencer un cáncer. La tristeza es un estado de ánimo humano normal, no distinto de la alegría. Nadie pensaría que la alegría es una enfermedad. La tristeza y la alegría se necesitan la una a la otra. Para existir, cada una depende de la otra, a eso me refiero.

—Actualmente da la impresión de que cada vez más personas, si no están deprimidas, al menos no están alegres. ¿No estás de acuerdo?

—No estoy seguro de opinar así. Sí que da la impresión de que hay más oportunidades para reflexionar sobre la tristeza y sobre los sentimientos de incompetencia, y también una presión de que hay que ser felices todo el tiempo. Lo cual es imposible.

—Eso es lo que quiero decir. Vivimos en una época triste, lo cual a mí me resulta ilógico. ¿A qué se debe? ¿Ahora hay más personas tristes que antes?

—En la universidad hay muchas personas, profesores y estudiantes, cuya principal preocupación cotidiana, y no exagero, es la de quemar el número adecuado de calorías para su tipo de cuerpo basándose en la dieta y en un ejercicio extenuante. Analiza eso dentro del contexto de la historia de la humanidad. Hablando de tristeza.

—Algo pasa con la modernidad y con lo que valoramos actualmente. El cambio en la moralidad. ¿Hay una falta generalizada de compasión? ¿De interés por el prójimo? ¿Por las relaciones humanas? Todo está relacionado. ¿Cómo se supone que vamos a conseguir un sentimiento de importancia y de propósito en la vida sin sentirnos vinculados con algo más grande que nosotros mismos? Cuanto más pienso en ello, más me parece que la felicidad y la realización personal dependen de que haya otras personas, incluso una sola persona. De igual modo que la tristeza requiere de la alegría y viceversa. Estar solo es...

—Ya he entendido lo que quieres decir —le digo.

—Hay un antiguo ejemplo que se utiliza en primer año de Filosofía. Tiene que ver con el contexto. Dice así: Todd tiene en su habitación una plantita de hojas de color rojo. Llega a la conclusión de que no le gusta como es, y que quiere que su planta sea como las demás que hay en la casa. De modo que, con mucho cuidado, pinta todas las hojas de color verde. Cuando la pintura se seca, se nota que la planta se ha pintado. Simplemente, ahora es verde. ¿Me sigues?

—Sí.

—Al día siguiente, a Todd lo llama una amiga suya, una botánica, y le pregunta si le puede prestar alguna planta verde para unos experimentos que tiene que hacer. Todd le responde que no. Al día siguiente lo llama otra amiga, esta vez una artista, y le pregunta si le puede dejar alguna planta verde para utilizarla como modelo para un cuadro. Todd le contesta que sí. Le han preguntado lo mismo dos veces y ha dado respuestas contrarias, y las dos veces ha sido sincero.

—Entiendo lo que quieres decir.

Otro desvío en la carretera, en esta ocasión en un cruce de cuatro caminos.

—Yo diría que en el contexto de la vida, la existencia, las personas, las relaciones y el trabajo, estar triste es una respuesta correcta. Es verdadera. Las dos son respuestas correctas. Cuanto más nos decimos que deberíamos estar siempre alegres, que la felicidad es un fin en sí mismo, más empeora la situación. Y, a propósito, esto no es una idea muy original ni nada parecido. Ya sabes que ahora mismo no pretendo ser brillante ni nada, ¿no? Simplemente estamos hablando.

—Estamos comunicándonos —replico—. Estamos pensando.

Es mi teléfono el que rompe el silencio, sonando desde el interior de mi bolso. De nuevo.

—Perdona —digo al tiempo que bajo la mano para pescarlo. En la pantalla aparece mi número—. Es otra vez mi amiga.

—Quizá esta vez deberías contestar.

—La verdad es que no tengo ganas de charlar. Ya dejaré de llamarme. Seguro que no es nada.

Meto el teléfono en el bolso, pero vuelvo a sacarlo porque acaba de emitir un pitido. Dos mensajes nuevos. Esta vez, me alegro de que el volumen de la radio esté alto; no quiero que Jake oiga los mensajes. Pero en el primero no se oye al Llamante, sino únicamente sonidos, ruidos, agua que corre. En el segundo se oye más agua y también a él caminando, pisadas y algo que parece una bisagra, una puerta que se cierra. Es él. Tiene que ser.

—¿Algo importante? —me pregunta Jake.

—No. —Espero haber adoptado un tono de naturalidad, pero noto un calor que me sube a la cara.

Voy a tener que ocuparme de este asunto cuando regresemos, contarle a alguien, a quien sea, lo de este individuo que me llama. Pero ahora, si le cuento algo a Jake, también tendré que decirle que le he estado mintiendo.

Esto no puede continuar. Así, no. Ya, no. Se sigue oyendo agua que corre. No sé muy bien por qué me está haciendo esto.

—¿De verdad no es importante? Dos llamadas, ni siquiera dos mensajes, y seguidas. Parece importante, ¿no?

—A veces la gente se pone melodramática —respondo—. Ya hablaré con ella mañana. De todas formas, mi teléfono está a punto de quedarse sin batería.

Me parece que la última novia de Jake fue una alumna de posgrado de otro departamento. La he visto por ahí. Es mona: atlética y rubia. Suele correr. Decididamente, Jake estuvo saliendo con ella. Dice que siguen siendo amigos. No amigos íntimos, no van el uno a casa del otro, pero me ha dicho que una semana antes de conocerme en aquel bar estuvieron tomando un café. Seguramente doy la impresión de estar celosa. Pues no lo estoy; simplemente siento curiosidad. Además, yo no corro.

Es raro, pero me gustaría charlar con ella. Me gustaría sentarme con ella a tomar un té y preguntarle por Jake. Me gustaría saber por qué empezaron a salir, qué fue lo que la atrajo de él. Me gustaría saber por qué lo suyo no duró. ¿Fue ella la que le puso fin o fue Jake? Si fue ella, ¿cuánto tiempo llevaba pensando en dejarlo? ¿No parece una idea razonable charlar con la ex de un novio nuevo?

Varias veces he preguntado a Jake por su ex. Pero es tímido. No cuenta gran cosa. Simplemente dice que no fue una relación larga ni muy seria. Por eso es con ella con quien tengo que hablar. Para conocer su versión.

Estamos solos en un coche en medio de la nada. Es una ocasión tan buena como cualquier otra.

—Bueno —le digo—, ¿y cómo terminó tu relación con tu última novia?

—Lo cierto es que no llegó a empezar —contesta Jake—. Fue menor y transitoria.

—Pero no empezasteis pensando eso.

—No empezamos más serios que cuando terminamos.

—¿Y por qué no duró?

—Porque no era auténtica.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre se sabe —replica.

—Pero ¿cómo se sabe cuándo una relación se vuelve auténtica?

—¿Lo preguntas en sentido general o refiriéndote a esa relación en concreto?

—A esa en concreto.

—No existía dependencia. Dependencia equivale a seriedad.

—No estoy segura de coincidir contigo. ¿Y lo auténtico? ¿Cómo se sabe que algo es auténtico?

—¿Y qué es auténtico? —dice Jake—. Es auténtico cuando hay algo en juego, cuando hay algo que pende de un hilo.

Pasamos unos instantes sin decir nada.

—¿Te acuerdas de esa mujer que te dije que vive en la acera de enfrente? —pregunto.

Me parece que debemos de estar aproximándonos a la granja. Jake no lo ha confirmado, pero ya llevamos un buen rato de viaje, cerca de dos horas.

—¿Quién?

—La mujer de la otra acera. ¿Te acuerdas?

—Sí, creo que sí —responde sin comprometerse.

—Estaba contando que ha dejado de dormir con su marido.

—Hum.

—No quiero decir que no tengan relaciones sexuales, sino que han dejado de dormir en la misma cama. Los dos han llegado a la conclusión de que dormir bien por la noche vale más que las ventajas que pueda tener el dormir juntos en la misma cama. Quieren tener su espacio propio para dormir. No quieren oír los ronquidos de nadie ni notar cómo el otro se da la vuelta. Dijo que su marido es un roncador empedernido.

Esto me resulta muy triste.

—Parece razonable que si una persona causa molestias, una solución es la de dormir solo.

—¿Tú crees? Pasamos casi la mitad de la vida durmiendo.

—Ese podría ser un argumento en defensa de que lo mejor es buscar la situación óptima para dormir. Es una opción, no digo más que eso.

—Pero uno no se limita a dormir. Uno es consciente de la presencia de la otra persona.

—Sí que se limita a dormir —insiste Jake.

—Nunca se limita a dormir —digo yo—. Ni siquiera cuando uno está dormido.

—Ya me he perdido.

Jake acciona el intermitente y gira a la izquierda. Esta carretera nueva es más estrecha. Decididamente, no es una carretera principal, sino una secundaria.

—¿Tú no eres consciente de mi presencia cuando duermes conmigo?

—Pues no sé. Estoy dormido.

—Yo sí soy consciente de la tuya.

Hace dos noches no pude dormir. Llevo varias semanas pensando demasiado. Era la tercera noche seguida que Jake se quedaba a dormir. La verdad es que me gusta dormir en la cama con alguien. Dormir al lado de alguien. Jake estaba profundamente dormido; no roncaba, pero su respiración, inconfundible, la notaba muy cerca de mí. Justo al lado.

Me parece que lo que quiero es que alguien me conozca. Que me conozca de verdad. Que me conozca mejor que nadie en el mundo y quizá mejor que yo misma. ¿No es esa la razón de que nos comprometamos con otra persona? No es por el sexo. Si fuera por el sexo, no nos casaríamos con una sola persona, buscaríamos continuamente compañeros nuevos. Nos comprometemos por muchas razones, sí, pero cuanto más reflexiono sobre ello más me convengo de que las relaciones a largo plazo son para llegar a conocer a una persona. Yo quiero que alguien me conozca, que me conozca de verdad, casi como si pudiera meterse dentro de mi cabeza. ¿Qué se sentiría? Tener acceso, saber cómo es estar dentro de la cabeza de otro. Apoyarse en otro y que ese otro se apoye en ti. Esa no es una relación biológica como la que existe entre padres e hijos. Esa clase de relación se elige. Sería más guay, más difícil de alcanzar que la que se basa en la biología y los genes compartidos.

Me parece que es eso. Tal vez sea así como sabemos que una relación es auténtica, cuando una persona que antes no tenía ninguna conexión con nosotros nos conoce de una forma que jamás hemos pensado que fuera posible.

Eso me gusta.

Aquella noche, en la cama, me puse a contemplar a Jake. Estaba muy estable, muy infantil. Parecía más pequeño. Cuando dormimos, el estrés y la tensión quedan ocultos. A Jake nunca le rechinan los dientes, ni tampoco agita los párpados. Por lo general, duerme como una piedra. Cuando duerme, parece una persona distinta.

Durante el día, cuando está despierto, en él siempre hay una intensidad subyacente, una energía en ebullición. Hace pequeños movimientos, gestos y tics nerviosos.

Pero ¿no es cierto que cuando nos acercamos a la versión auténtica de nosotros mismos es cuando estamos solos, cuando no estamos unidos a otra persona, diluidos por su presencia y sus opiniones? Formamos relaciones con los demás, familiares, amigos. Muy bien. Esas relaciones no nos atan como nos ata el amor. Todavía podemos tener amantes, de corta duración. Pero

únicamente cuando estamos solos podemos centrarnos en nosotros mismos, conocernos. ¿Cómo podemos conocernos sin esa soledad? Y no solo cuando dormimos.

Seguramente, con Jake la cosa no funcionará. Lo más probable es que yo le ponga fin. Lo que no es realista, a mi entender, es el número de personas que intentan una relación duradera, con compromiso, que están convencidas de que funcionará a largo plazo. Jake no es un mal tipo. Es una persona perfectamente normal. Incluso tomando en cuenta los datos que demuestran que la mayoría de los matrimonios no duran, la gente continúa pensando que el matrimonio es el estado normal del ser humano. La mayoría de la gente desea casarse. ¿Existe alguna otra cosa que la gente haga de forma tan masiva y que arroje una tasa de fracasos tan elevada?

Jake me dijo una vez que en su mesa del laboratorio guarda una fotografía suya. Dice que es la única que tiene allí. Es de cuando tenía cinco años. Tenía el pelo rubio y rizado, y los mofletes regordetes. ¿Cómo puede ser que alguna vez haya tenido los mofletes regordetes? Me dijo que esa foto le gustaba porque era él, y en cambio, físicamente, ahora es totalmente distinto del niño que ve en esa foto. Y no se refería solo a la apariencia física tan diferente, sino a que todas las células captadas por la cámara han muerto, se han desechado y han sido sustituidas por células nuevas. En la actualidad, es literalmente una persona distinta. ¿Dónde está la coherencia? ¿Cómo es posible que siga sabiendo que ese niño pequeño era él, si ahora es físicamente una persona completamente distinta? Él respondería que el secreto radica en todas esas proteínas.

Nuestras estructuras físicas, al igual que una relación, cambian y se repiten, se cansan y se marchitan, envejecen y se consumen. Nos ponemos enfermos y nos curamos, o bien nos ponemos enfermos y empeoramos. No sabemos cuándo, ni cómo ni por qué. Simplemente seguimos adelante.

¿Es mejor estar en pareja o estar solo?

Hace tres noches, estando Jake totalmente comatoso, esperé hasta ver asomar la claridad por entre las persianas. Las noches en que no puedo dormir, como esa, como otras muchas recientemente, desearía poder apagar mi cerebro como se apaga una lámpara. Desearía tener una orden de apagar como la que tiene mi ordenador. Llevaba ya un rato sin mirar el reloj. Permanecí tumbada, pensando, deseando estar durmiendo como todo el mundo.

—Ya casi hemos llegado —dice Jake—. Quedan cinco minutos.

Enderezo la postura y levanto los brazos por encima de la cabeza. Emito un bostezo.

—Se me ha hecho corto —comento—. Gracias por invitarme.

—Gracias por venir —contesta él. Luego, de forma inexplicable, agrega —: También se sabe que algo es auténtico cuando uno puede perderlo.

—El cadáver lo encontraron en el armario.

—¿En serio?

—Sí. Era un armario pequeño. Solo cabían camisas y chaquetas y unas cuantas botas, y no mucho más. El cadáver estaba todo constreñido allí dentro. La puerta estaba cerrada.

—Me causa tristeza. Y rabia.

—No entiendo por qué no pidió ayuda a alguien, por qué no habló con alguien. Tenía compañeros de trabajo. No estaba trabajando precisamente en un lugar en el que no hubiera ni un alma. Había gente alrededor todo el tiempo.

—Ya. No tenía que haber sucedido esto.

—Desde luego que no.

—¿Sabemos algo de él?

—No gran cosa. Era inteligente y culto. Sabía mucho. Había hecho una carrera y había trabajado en el mundo académico, nivel de doctorado, creo. Esa situación no duró mucho, y acabó aquí.

—¿No estaba casado?

—No, no estaba casado. No tenía mujer. Ni hijos. Nadie. Últimamente es raro encontrar a alguien que viva así, completamente solo.

El trayecto hasta la granja es largo y lento, por un camino lleno de socavones, bordeado de árboles en ambos lados. Avanzamos aproximadamente durante un minuto dando botes. Bajo los neumáticos crujen la grava y la tierra.

La casa que hay al final del sendero está construida en piedra. Desde aquí no parece muy grande. En un costado tiene un porche de madera provisto de una barandilla. Aparcamos a la derecha de la casa. No se ve ningún otro vehículo. ¿Es que los padres de Jake no tienen coche? Veo una luz que proviene de lo que Jake me dice que es la cocina. El resto de la casa se encuentra a oscuras.

Dentro debe de haber una estufa de leña, porque el primer olor que percibo al apearme del coche es del humo. Esto debió de ser un lugar muy bonito en otra época, imagino, pero ahora está un poco destartalado. No les vendría mal una mano de pintura a los marcos de las ventanas y a las molduras. Una gran parte del porche está pudriéndose. El columpio del porche se ve desgarrado y oxidado.

—No quiero entrar todavía —dice Jake. Yo ya he dado unos pasos en dirección a la casa; me detengo y me vuelvo hacia él—. Después de pasar tanto tiempo sentado en el coche, me apetece dar antes un paseo.

—Está un poco oscuro, ¿no? No vamos a ver gran cosa.

—Pues entonces, por lo menos para tomar un poco el aire —dice—. Esta noche no hay estrellas, pero en verano, y cuando el cielo está despejado, son increíbles. El triple de brillantes que en la ciudad. Antes me encantaba. Y las nubes. Recuerdo que cuando hacía una tarde húmeda salía de casa para ver las nubes, tan grandes y tan mullidas. Me gustaba ver cómo se movían suavemente por el cielo, lo distintas que eran unas de otras. Imagino que es una bobada contemplar las nubes. Ojalá pudiéramos verlas ahora.

—No es una bobada —le digo—. En absoluto. Resulta agradable que te fijaras en esas cosas, la mayoría de la gente no se tomaría la molestia.

—Antes siempre me fijaba en cosas así. Y también en los árboles. Ahora, ya no tanto. No sé cuándo dejé de hacerlo. En fin, cuando la nieve cruje así, se sabe que hace muchísimo frío —continúa Jake, adelantándose—. Esta no es la nieve húmeda que sirve para hacer bolas.

Ojalá llevara puestos unos guantes, porque tiene las manos enrojecidas. El sendero de piedra que tomamos desde el camino que lleva al establo es desigual y está cayéndose a pedazos. Agradezco el aire fresco, pero es un aire helado, ni fresco ni límpido. Siento las piernas entumecidas. Pensaba que Jake querría entrar directamente en la casa y saludar a sus padres. Eso es lo que esperaba. No llevo pantalones abrigados, ni polainas debajo. Jake me está haciendo lo que él llama un «recorrido abreviado».

Una noche ventosa no es el mejor momento para explorar la finca. Me doy cuenta de que Jake quiere que la vea. Me señala el huerto de manzanos y el lugar donde crecen las verduras en el verano. Llegamos hasta un establo viejo.

—Ahí dentro están las ovejas —me dice—. Seguramente, mi padre les habrá dado de comer hace una hora.

Me conduce hasta una ancha puerta que se abre desde la mitad superior. Entramos. La iluminación es tenue, pero distingo algunas siluetas. La mayoría de las ovejas están tumbadas. Unas cuantas están rumiando, se las oye. Están como aleladas, inmovilizadas por el frío, su aliento forma nubecillas a su alrededor. Nos miran con gesto inexpresivo. El establo tiene las paredes de delgada madera de contrachapado y columnas de cedro. El techo es de chapa metálica, aluminio quizá. En varios puntos de las paredes se aprecian grietas o agujeros. Es un sitio deprimente en el que pasar el tiempo.

Este establo no es como yo lo había imaginado. Como es lógico, a Jake no le digo nada. Resulta deprimente. Y huele mal.

—Están con el bolo alimenticio —dice Jake—. Siempre están rumiando.

—¿Qué es un bolo alimenticio?

—Comida semidigerida que regurgitan y mastican como si fuera un chicle. Aparte de ver a alguna que otra oveja rumiando el bolo, a esta hora de la noche no hay mucho más que hacer en este establo.

A continuación, sin decir nada más, Jake me conduce al exterior del establo. Aquí fuera hay algo mucho más inquietante que el bolo alimenticio y el constante rumiar. Hay dos animales muertos apoyados contra la pared. Dos animales lanudos.

Inertes y sin vida, ambos han sido colocados contra un costado del establo. No es algo que esperase encontrarme. No se ve sangre ni vísceras, y tampoco hay moscas ni mal olor, nada que sugiera que antes han sido dos seres vivos, ninguna señal de putrefacción. Bien podrían ser sintéticos, en vez de estar formados por materia orgánica.

Siento el deseo de contemplarlos, pero también quiero alejarme de ellos. Nunca había visto un cordero muerto, aparte de verlo en mi plato, acompañado de romero y ajo. Quizá por primera vez me estoy dando cuenta de que existen diversos grados de estar muerto, igual que existen diversos grados de todo: de estar vivo, de estar enamorado, de estar comprometido, de estar seguro. Estos corderos no pasan la vida como si fueran sonámbulos; no están desanimados ni enfermos; no están pensando en rendirse. Estos corderos sin cola están muertos, sumamente muertos, cien por cien muertos.

—¿Qué va a pasarles a esos corderos? —exclamo en dirección a Jake, que se ha adelantado y ya está lejos del establo. Ahora tiene hambre, se le nota, y quiere darse prisa y entrar en la casa. Está empezando a soplar un viento más fuerte.

—¿Qué? —grita volviéndose a medias—. ¿Te refieres a esos que están muertos?

—Sí.

No me contesta. Simplemente continúa andando.

No sé muy bien qué más decir. ¿Por qué no ha dicho nada acerca de los dos corderos muertos? La que los ha visto soy yo. Preferiría ignorarlos, pero ahora que los he visto, ya no puedo.

—¿Qué les va a pasar? —pregunto.

—No lo sé. ¿Qué quieres decir? Ya están muertos.

—¿Van a quedarse ahí o los van a enterrar o algo?

—Probablemente terminarán quemándolos. En la hoguera. Cuando empiece a hacer más calor, en primavera. —Jake sigue andando por delante de mí—. De momento están congelados.

No eran tan diferentes de los corderos que están vivos y sanos, al menos a mi forma de ver. Pero están muertos. Tienen algo muy parecido a los corderos vivos y sanos, pero también algo muy distinto.

Echo una carrera para alcanzar a Jake, procurando no tropezar, no vaya a caerme. Y nos hemos alejado lo bastante del establo para que, al volverme, la silueta de los dos corderos parezca una sola forma inanimada, una masa maciza, un saco de grano apoyado contra la pared.

—Vamos —me apremia Jake—, voy a enseñarte el antiguo corral en el que mis padres tenían cerdos. Ya no los tienen, dan demasiado trabajo.

Voy detrás de él por el sendero, hasta que se detiene. El corral se ve abandonado, debe de llevar varios años intacto. Esa es la impresión que me da. Los cerdos ya no están, pero la cerca sigue existiendo.

—¿Y qué pasó con los cerdos?

—Los dos últimos eran bastante viejos y ya no se movían mucho — responde Jake—. Hubo que sacrificarlos.

—¿Y nunca compraron cerdos nuevos o cochinitos? ¿No es así como funciona eso?

—A veces. Pero supongo que nunca lo hicieron. Los cerdos dan mucho trabajo y son caros de mantener.

Probablemente debería callarme, pero es que siento curiosidad:

—¿Por qué hubo que sacrificarlos?

—Son cosas que ocurren en las granjas. No siempre son agradables.

—Ya, pero ¿estaban enfermos?

Jake se vuelve y me mira.

—Olvidalo. No creo que vaya a gustarte saber la verdad.

—Cuéntamelo. Necesito saberlo.

—A veces, la vida en una granja como esta es muy dura. Supone mucho trabajo. Mis padres llevaban unos días sin entrar en el corral a ver cómo estaban los cerdos. Simplemente les echaban de comer. Los cerdos estaban un día tras otro tumbados en el mismo rincón y pasado un tiempo mi padre decidió que convenía entrar a echar un vistazo. Cuando entró, vio que los cerdos no tenían buen aspecto. Se notaba que algo los incomodaba.

»Decidió intentar trasladarlos. Cuando levantó el primer cerdo, a punto estuvo de caerse de espaldas, pero lo levantó. Le dio la vuelta. Descubrió que tenía la barriga infestada de gusanos. Miles. Era como si tuviera toda la panza cubierta de granos de arroz que se movían. El otro estaba todavía peor. A los dos cerdos se los estaban comiendo vivos, en sentido literal. Desde dentro. En cambio, al verlos de lejos uno no se daba ni cuenta de ello. Parecían contentos y relajados. Pero vistos de cerca, ya era otra cosa. Ya te lo he dicho, la vida no siempre es agradable.

—Santo cielo.

—Aquellos cerdos eran viejos y seguramente tenían el sistema inmune debilitado. La infección se había extendido. Estaban pudriéndose. Al fin y al cabo, eran cerdos; viven en la suciedad. Seguramente la cosa empezó con una pequeña herida que se haría uno de ellos y que se le llenó de moscas. Sea como sea, mi padre tuvo que sacrificarlos. No le quedó más remedio.

Jake sale del corral y echa a andar de nuevo, haciendo crujir la nieve. Intento pisar donde ha pisado él, porque allí la nieve se ha comprimido un poco.

—Pobres animales —digo. Pero lo entiendo. De verdad. Fue necesario sacrificarlos para poner fin a su desgracia. Sufrir así resulta insoportable.

Aunque la solución sea definitiva. Los dos corderos. Los cerdos. Realmente, es algo innegociable. No hay vuelta atrás. Quizá hasta tuvieron suerte de morir así, después de lo que habían soportado. Verse por fin liberados de una parte de ese sufrimiento.

A diferencia de los corderos congelados, no hay nada de sosegado ni de humanitario en la imagen de los cerdos que ha grabado Jake en mi imaginación. Me hace preguntarme si de verdad el sufrimiento acaba con la muerte. ¿Cómo podemos saberlo? ¿Y si la cosa no mejora? ¿Y si la muerte no es una vía de escape? ¿Y si los gusanos continúan alimentándose sin parar y uno continúa sintiéndolos? Esta posibilidad me da miedo.

—Tienes que ver las gallinas —dice Jake.

Nos acercamos a un gallinero. Jake suelta el pestillo de la entrada y nos metemos dentro. Las gallinas ya están preparándose para dormir, así que no nos quedamos mucho tiempo, solo el suficiente para que yo pise una mierda acuosa y descongelada, por supuesto, y para percibir lo mal que huele ahí dentro y ver a una de las últimas gallinas que no duermen comerse uno de sus propios huevos. No es solo el establo: cada zona tiene un olor distintivo. Este lugar me resulta fantasmagórico, con todas esas gallinas posadas en los delgadas perchas, mirándonos. Parecen más disgustadas por nuestra presencia que las ovejas de antes.

—A veces hacen eso, comerse los huevos, si no venimos a recogerlos —explica Jake.

—Qué asco. —No se me ocurre decir otra cosa—. No tenéis vecinos, ¿verdad?

—Pues depende de lo que uno entienda por vecino.

Salimos del gallinero y me siento agradecida de sacarme ese olor de la nariz.

Vamos por detrás de la casa, yo con la barbilla apretada contra el pecho para conservar el calor. Hemos abandonado el sendero y estamos abriendo un camino en la nieve virgen. Normalmente no tengo tanta hambre. Me comería un caballo. Al levantar la vista veo a alguien en el interior de la casa, en la ventana de la escalera. Es una figura delgada, de pie, que nos mira. Una mujer de cabello largo y liso. Tengo congelada la punta de la nariz.

—¿Esa de ahí es tu madre?

Saludo con la mano, pero no reacciona.

—Seguramente no te ve. Aquí fuera hay demasiada oscuridad.

La mujer continúa en la ventana mientras nosotros seguimos andando por la nieve, que nos llega a la altura de los tobillos.

Tengo las manos y los pies entumecidos. Y la cara roja. Me alegro de entrar en la casa. Me soplo las manos para descongelarlas al tiempo que entramos por la puerta y pasamos a un pequeño vestíbulo. Huelo la cena. Alguna clase de carne. También percibo de nuevo ese olor a leña ardiendo, junto con un olor ambiental distintivo que tienen todas las casas, un olor propio, del que nunca se percatan quienes habitan en ellas.

Jake da una voz a modo de saludo. Su padre —porque debe de ser su padre— le contesta que bajarán dentro de un momento. Jake parece un tanto preocupado, incluso nervioso.

—¿Quieres unas zapatillas? —me pregunta—. Puede que te queden un poco grandes, pero es que estos suelos antiguos son bastante fríos.

—Claro —contesto—. Gracias.

Jake rebusca en un cajón de madera que hay a la izquierda de la puerta, lleno de gorros y bufandas, y saca un par de zapatillas azules muy gastadas.

—Son las que usaba yo —dice—. Sabía que estaban aquí dentro. Lo que les falta de buen aspecto, les sobra de comodidad.

Las está sujetando con ambas manos, examinándolas. Es como si las estuviera acunando.

—Me encantan estas zapatillas —dice, más para sí mismo que para mí. Luego suspira y me las entrega.

—Gracias —respondo, sin saber muy bien si debo ponérmelas. Finalmente me las pongo. Pero no me quedan bien.

—Vale, ven por aquí —dice Jake.

Dejamos atrás el vestíbulo y doblamos a la izquierda para entrar en una pequeña salita de estar. No hay luz y Jake va encendiendo varias lámparas a su paso.

—¿Qué están haciendo tus padres?

—Enseguida bajan.

Pasamos a una estancia de gran tamaño. Un salón. La casa, a diferencia de lo que parece por fuera, se acerca más a lo que yo esperaba. Mobiliario heredado, alfombras, montones de mesas y sillas. Cada mueble o adorno es distinto. Y la decoración... no es mi intención criticar, pero pocas cosas hacen juego. Todos los objetos parecen antigüedades. Aquí dentro no hay nada que se haya comprado en veinte años. Supongo que puede tener su encanto. Da la sensación de que hemos viajado varias décadas atrás en el tiempo.

La música contribuye aún más a esa sensación de haber viajado en el tiempo. Creo que lo que suena es Hank Williams. O Bill Monroe. ¿O tal vez Johnny Cash? Parece un disco de vinilo, pero no veo de dónde proviene.

—Los dormitorios están en la planta de arriba —dice Jake señalando una escalera que hay fuera del salón—. Arriba no hay mucho más. Te lo puedo enseñar después de la cena. Ya te dije que no era muy elegante. Es una casa vieja.

Cierto. Todo es viejo; sin embargo, está sorprendentemente limpio y ordenado. Las mesas auxiliares no tienen polvo. Los cojines no tienen manchas ni jirones. ¿En qué granja vieja no hay un poco de polvo? En el sofá y en las butacas no se ven pelusas, ni pelo de animales, ni hilos, ni suciedad. Las paredes están llenas de cuadros y dibujos, a montones. La mayoría no están enmarcados. Los cuadros son grandes. Los dibujos varían de tamaño, pero casi todos son más pequeños. En este salón no hay televisión, ni tampoco hay un ordenador. Montones de lámparas. Y velas. Jake enciende las que no están ya encendidas.

Imagino que será su madre la que colecciona las figuras ornamentales. La mayoría representan a niños pequeños vestidos con atuendos complicados, gorros y botas. Creo que son de porcelana. Algunos están recogiendo flores. Otros están transportando heno. Sea lo que sea lo que están haciendo, lo hacen por toda la eternidad.

La estufa de leña crepita en el rincón del fondo. Voy hasta ella, me planto delante y me doy la vuelta para sentir el calorcito en la espalda.

—Me encanta el fuego —digo—. Resulta muy acogedor en las noches frías.

Jake se sienta en el sofá granate que hay enfrente.

De pronto se me ocurre una cosa y, antes de reflexionar sobre ella, la expreso en voz alta:

—Tus padres sabían que íbamos a venir, ¿verdad? Nos han invitado.

—Sí. Nos comunicamos.

Al otro lado de la entrada del salón, pasada la escalera, hay una puerta de bordes irregulares y llena de arañazos. Está cerrada.

—¿Qué hay ahí dentro?

Jake me mira como si hubiera hecho una pregunta tonta.

—Solo unas cuantas habitaciones más. Y por ahí se baja al sótano.

—Ah, vale —contesto.

—No está terminado. No es más que un agujero en el suelo en el que poner el calentador de agua y cosas así. No lo utilizamos. Es espacio desperdiciado. Ahí abajo no hay nada.

—¿Un agujero en el suelo?

—Olvidalo. Está ahí, pero no es un lugar agradable. Ya está. No es nada.

De pronto oigo una puerta que se cierra en la planta de arriba. Miro a Jake para ver si se ha percatado, pero veo que está ensimismado en sus pensamientos, con la mirada fija, pero perdida en la nada.

—¿De qué son todos esos arañazos que hay en la puerta?

—De un perro que teníamos.

Dejo la estufa y me acerco a la pared de los cuadros y los dibujos. Veo que también hay varias fotografías, todas en blanco y negro. A diferencia de los dibujos, las fotos están todas enmarcadas. En ellas no aparece nadie sonriendo, todo el mundo está con la cara seria. La foto del medio es de una chica joven, como de unos catorce años, puede que menos. Está de pie, posando, con un vestido blanco. La imagen está desvaída.

—¿Quién es esta? —pregunto tocando el marco.

Jake no se pone de pie, pero levanta la vista del libro que ha cogido de la mesa de centro.

—Mi bisabuela. Nació en 1885 o algo así.

Es una chica delgada y pálida. Y parece tímida.

—No era una persona alegre. Tenía problemas.

Me sorprende el tono que ha empleado. Transmite un deje de fastidio poco característico de él.

—A lo mejor es porque tuvo una vida difícil —aventuro yo.

—Sus problemas eran difíciles para todo el mundo. No importa. Ni siquiera sé por qué conservamos esa foto. Es una historia muy triste.

Siento el deseo de seguir preguntando, pero me reprimo.

—¿Y quién es este de aquí? —Es un niño pequeño, de tres o cuatro años.

—¿No lo sabes?

—No. ¿Cómo voy a saberlo?

—Soy yo.

Me acerco un poco más para verlo mejor.

—¿Qué? Imposible. Este no puedes ser tú. Es una foto demasiado antigua.

—Eso es porque está hecha en blanco y negro. Pero soy yo.

No estoy muy segura de creérmelo. Este niño está descalzo, de pie en un camino de tierra, al lado de un triciclo. Tiene el pelo largo y mira a la cámara con el ceño fruncido. Me acerco aún más y siento una punzada en el estómago. No se parece a Jake. En absoluto. Parece una niña. Más concretamente: se parece a mí.

—*Dicen que prácticamente había dejado de hablar.*

—*¿Que había dejado de hablar?*

—*Se volvió mudo. Trabajaba, pero no hablaba. A todo el mundo le resultó muy extraño. Yo, cuando me cruzaba con él en el pasillo, lo saludaba y a él le costaba trabajo mirarme directamente a los ojos. Se sonrojaba, se volvía distante.*

—*¿En serio?*

—*Sí. Recuerdo que me arrepentí de haberlo contratado. Y no porque fuese un incompetente. Todo estaba siempre limpio y ordenado. Cumplía con su trabajo. Pero las cosas llegaron a un punto en que empecé a tener un presentimiento, ¿sabes? Percibía algo, como que este tipo no era normal del todo.*

—*Pues esto justifica más o menos esa sensación tuya.*

—*En efecto. Supongo que debería haber actuado, haber hecho algo basándome en lo que me decían las tripas.*

—*No se puede empezar a cuestionar las cosas una vez que han sucedido. No podemos permitir que las acciones de una sola persona nos generen un sentimiento de culpa. Esto no tiene que ver con nosotros. Nosotros somos los normales. Esto tiene que ver solo con él.*

—*Tienes razón. Está bien que se lo recuerden a uno.*

—*Y entonces, ¿ahora qué?*

—*Intentaremos olvidar esto, todo. Buscaremos un sustituto. Seguiremos adelante.*

Ahora que estamos sentados a la mesa, los olores son muy agradables, menos mal. Hoy nos hemos saltado el almuerzo, en preparación para esta cena. Quería asegurarme de que iba a tener hambre, y la tengo. Mis únicas preocupaciones son el dolor de cabeza y el sabor vagamente metálico que vengo notando en la boca en estos últimos días. Me ocurre cuando como determinados alimentos y parece empeorar cuando tomo fruta y verduras. Es un sabor a algo químico. No tengo ni idea de cuál puede ser la causa. Cuando lo percibo, ya me ha quitado las ganas de comer lo que estoy comiendo, sea lo que sea, y espero que no me ocurra en esta ocasión.

También me sorprende que no hayamos visto a los padres de Jake. ¿Dónde estarán? La mesa está puesta. Y la comida también. Oigo ruido de pies en otra habitación, probablemente la cocina. Me sirvo un panecillo, un panecillo caliente, lo abro por la mitad y lo unto con un trozo de mantequilla. Pero al instante dejo de comer, pues me doy cuenta de que soy la única que ha empezado. Jake está sentado, sin hacer nada. Yo me muero de hambre.

Ya estoy a punto de preguntar de nuevo a Jake por sus padres cuando se abre la puerta del recibidor y entran ellos, el uno detrás del otro.

Me pongo de pie para saludarlos.

—No, no te levantes —dice el padre haciendo un gesto con la mano—: Encantado de conocerte.

—Gracias por invitarme. La cena huele muy bien.

—Espero que tengas hambre —dice la madre de Jake tomando asiento—. Nos alegra que hayas venido.

Todo sucede muy deprisa. Sin presentaciones formales. Sin apretones de manos. Ya estamos todos aquí, sentados a la mesa. Supongo que esto será lo normal. Siento curiosidad por los padres de Jake. Me doy cuenta de que el padre es una persona reservada, casi antipática. La madre sonríe mucho, no ha dejado de sonreír desde que salió de la cocina. Ninguno de los dos me recuerda a Jake físicamente. La madre va más maquillada de lo que yo habría imaginado. Lleva tanto maquillaje que me resulta un tanto perturbador. Pero no me atrevo a comentárselo a Jake. También lleva el pelo teñido, de un negro tinta que hace un fuerte contraste contra su cutis empolvado de blanco y

sus labios pintados de rojo. Además, se la nota un poco temblorosa o delicada, como si en cualquier momento fuese a romperse en pedazos como una copa de cristal que se cae al suelo.

Lleva puesto un vestido de terciopelo azul de manga corta, pasado de moda, con volantes de encaje blanco en el cuello y en las mangas, como si acabara de regresar o se dispusiera a acudir a una recepción formal. No es un vestido que se vea muy a menudo. No es de temporada, es más de verano que de invierno y resulta demasiado elegante para una cena sencilla. Me siento poco arreglada. Además, va descalza. No lleva ni zapatos ni calcetines ni zapatillas. Al ponerme una servilleta sobre las rodillas he visto brevemente bajo la mesa que al dedo gordo de su pie derecho le falta la uña. Las otras uñas las lleva pintadas de rojo.

El padre lleva calcetines y unas zapatillas de piel, un pantalón *sport* azul y una camisa a cuadros con las mangas recogidas. Y las gafas colgadas del cuello con un cordón. Luce una tirita en la frente, justo encima del ojo izquierdo.

Va pasando la comida. Empezamos a cenar.

—Últimamente tengo problemas con los oídos —anuncia la madre de Jake. Yo levanto la vista del plato. Me está mirando directamente a mí y sonriendo de oreja a oreja. Se oye el tictac del gran reloj de pared que hay detrás de la mesa.

—Tienes más de un problema —replica el padre.

—Acúfenos —explica, poniendo una mano encima de la de su marido—. Así es como se llaman.

Miro primero a Jake y después a su madre.

—Lo siento —digo—. ¿Qué son acúfenos?

—No es nada divertido —dice el padre de Jake—. En absoluto.

—No, no lo es —dice la madre—. Oigo un pitido en los oídos. Y dentro de la cabeza. No me ocurre todo el tiempo, pero sí con mucha frecuencia. Un pitido constante, como telón de fondo de todo. Al principio creyeron que era simplemente por el cerumen, pero no lo es.

—Eso es terrible —digo mirando otra vez a Jake. No reacciona; continúa metiéndose comida en la boca—. Me parece que ya había oído hablar de esa dolencia.

—Además, en general estoy perdiendo oído. Todo está relacionado.

—Me pide que le repita las cosas todo el tiempo —se queja el padre. Bebe un sorbo de vino y yo también.

—Y luego están las voces. Oigo susurros.

Otra sonrisa de oreja a oreja. Nuevamente miro a Jake, esta vez con mayor insistencia. Estoy examinando su semblante en busca de respuestas, pero no obtengo ninguna. Es necesario que intervenga, que me eche un cable. Pero no hace nada.

Y justo en ese momento en que estoy mirando a Jake pidiéndole ayuda, empieza a sonarme el teléfono. La madre de Jake da un salto en su asiento. Noto que me estoy poniendo colorada. Qué fatalidad. Tengo el teléfono dentro del bolso y el bolso al lado de mi silla.

Finalmente, Jake levanta el rostro y me mira.

—Perdón, es mi teléfono. Creía que estaba sin batería —digo.

—¿Es otra vez tu amiga? Lleva llamándote toda la noche.

—Quizá debieras contestar —dice la madre—. No nos importa. A lo mejor tu amiga necesita algo.

—No, no, no es nada importante.

—A lo mejor sí —insiste.

El teléfono sigue sonando. Nadie dice nada. Al cabo de unos cuantos timbrazos, enmudece.

—En fin —dice el padre de Jake—, esos síntomas parecen peores de lo que son en realidad. —Alarga el brazo y toca de nuevo la mano de su mujer—. No es como lo que se ve en las películas.

Oigo el pitido que indica que acaban de dejar un mensaje. Y después, otro. No quiero escucharlos, pero sé que voy a tener que hacerlo. No puedo seguir ignorando esto eternamente.

—Los Susurradores, así los llamo yo —dice la madre de Jake—. En realidad, no son voces como la tuya y la mía. No dicen nada inteligible.

—Lo pasa mal, sobre todo por la noche.

—Las noches son lo peor —confirma ella—. Ya no duermo gran cosa.

—Y cuando duerme, no descansa tranquila. Ni yo tampoco.

Me siento en una situación incómoda. No sé qué decir para quedar bien.

—Sí, es muy duro. Cuanto más se investiga sobre el sueño, más cuenta nos damos de lo importante que es.

Otra vez vuelve a sonarme el teléfono. Sé que es imposible, pero esta vez suena más fuerte.

—¿En serio? Es mejor que contestes ya —dice Jake y se frota la frente.

Sus padres no dicen nada, pero se miran el uno al otro.

No voy a contestar. No puedo.

—Lo siento muchísimo —digo—. Esto es muy molesto para todos. —Jake me está mirando fijamente.

—A veces, esas cosas dan más problemas de los que deben —dice el padre de Jake.

—La parálisis del sueño es una afección grave —dice la madre—. Debilita a la persona.

—¿Sabes lo que es? —me pregunta el padre.

—Me parece que sí —respondo.

—No puedo moverme, pero estoy despierta. Estoy consciente.

De repente el padre se anima y gesticula con el tenedor al hablar.

—Hay veces que me despierto en mitad de la noche sin motivo aparente. Me vuelvo y la miro a ella. La veo tumbada a mi lado, bocarriba, totalmente quieta y con los ojos abiertos de par en par, como aterrorizada. Siempre me asusta. No he llegado a acostumbrarme. —Pincha la comida del plato y se lleva un trozo a la boca.

—Siento un peso terrible en el pecho —dice la madre—. A menudo me cuesta trabajo respirar.

Mi teléfono emite otro pitido. Esta vez es un mensaje más largo. Se nota. Jake deja el tenedor y todos nos giramos hacia él.

—Perdón —dice y luego guarda silencio. Nunca he visto a Jake tan concentrado en su plato. Lo mira fijamente, pero ha dejado de comer.

¿Ha sido mi teléfono lo que lo ha incomodado? ¿Habré dicho algo que lo ha molestado? Desde que llegamos, está distinto. Le ha cambiado el humor. Me siento igual que si estuviera sola.

—Bueno, ¿y qué tal el viaje? —pregunta el padre para hacerle hablar, por fin.

—Bien. Mucho tráfico al principio, pero pasada media hora o así se calmó bastante.

—Estas carreteras comarcales no tienen mucho tráfico.

Jake se parece a sus padres en cosas que no son el físico. Movimientos sutiles. Gestos. Al igual que ellos, se frota las manos cuando está pensando. Y también conversa como ellos. Cambia súbitamente el curso de la conversación cuando no quiere seguir hablando de un tema. Resulta sorprendente. Ver a una persona con sus padres sirve para recordarnos que todos somos un producto compuesto.

—A la gente no le gusta conducir con frío y con nieve, y no se lo reprocho —dice la madre de Jake—. Por aquí no hay nada en varios kilómetros. En cambio, las carreteras vacías hacen que los viajes sean relajantes, ¿no? Sobre todo por la noche.

—Y con la autopista nueva, estas carreteras secundarias ya no las usa nadie. Uno podría venir andando por el medio de una de ellas sin peligro de que lo atropellen.

—Tardaría bastante y se quedaría helado —comenta la madre riendo y no sé muy bien por qué—. Pero no le pasaría nada.

—Yo estoy muy acostumbrada a lidiar con el tráfico —digo—. El viaje hasta aquí ha sido agradable. No es que haya ido mucho al campo.

—Eres de las afueras, ¿verdad?

—De toda la vida. Mi casa está aproximadamente a una hora de la gran ciudad.

—Sí, hemos estado en tu parte del mundo. ¿Está cerca del agua?

—Sí.

—Me parece que ahí no hemos estado —replica.

No sé cómo responder. ¿No acaba de decir algo contradictorio? Lanza un bostezo, cansada del recuerdo de viajes pasados o de la falta de ellos.

—Me sorprende que no te acuerdes de la última vez que estuvimos allí —dice el padre.

—Me acuerdo de muchas cosas —replica la madre—. Jake ya ha estado aquí antes. Vino con su última novia. —Me guiña a mí un ojo o por lo menos es un gesto parecido a un guiño. Me cuesta distinguir si ha sido algo deliberado o un tic nervioso.

—¿Te acuerdas, Jake, de todo lo que comimos?

—No es algo memorable —responde Jake.

Ha terminado de comer. Tiene el plato completamente limpio. Yo todavía estoy a medias con el mío. Centro la atención en mi comida y corto un pedazo de carne poco hecha. Está quemada y crujiente por fuera; poco hecha, sonrosada y rezumante por dentro. Deja restos de jugos y de sangre en el plato. Hay una ensalada de gelatina que no he tocado. Se me ha quitado el hambre. Pincho un poco de patata y de zanahoria con un trozo de carne y me lo llevo todo a la boca.

—Qué bien que estéis aquí con nosotros —dice la madre—. Jake nunca nos trae a sus novias. Esto es estupendo de verdad.

—Desde luego —añade el padre—. Cuando estamos solos, hay demasiado silencio y...

—Tengo una idea —dice la madre—. Va a ser divertido.

Todos nos volvemos hacia ella.

—Antes jugábamos mucho a juegos. Para pasar el rato. Había uno que era mi preferido y creo que a ti se te daría muy bien. Si es que te apetece. ¿Por

qué no haces de Jake? —dice dirigiéndose a mí.

—Sí, genial —responde el padre—. Buena idea.

Jake me mira y luego baja la vista otra vez. Está sujetando el tenedor por encima del plato vacío.

—Entonces, se refiere a que vamos a... ¿Quiere que yo haga como si fuera Jake? —pregunto—. ¿En eso consiste el juego?

—Sí —contesta la madre—. Tienes que imitar su voz, hablar como él, hacer lo que haga él. Va a ser muy divertido.

El padre deja los cubiertos en la mesa.

—Es un juego estupendo.

—Yo no... Es que... Esas cosas no se me dan muy bien.

—Imita su voz. Solo para reírnos un poco —insiste la madre.

Miro a Jake. Él no quiere establecer contacto visual.

—Está bien —digo, cediendo. No me siento cómoda intentando imitarlo delante de sus padres, pero tampoco quiero desilusionarlos.

Están esperando. Mirándome fijamente.

Me aclaro la garganta.

—Hola, soy Jake —digo con voz profunda—. La bioquímica tiene muchas virtudes, al igual que la literatura y la filosofía.

El padre sonrío y afirma con la cabeza. La madre sonrío de oreja a oreja. Me siento violenta. No quiero jugar a este juego.

—No está mal —dice el padre—. No ha estado nada mal.

—Ya sabía yo que se le iba a dar bien —dice la madre—. Lo conoce bien, de arriba abajo.

Jake levanta la vista.

—Ahora yo —anuncia.

Es lo primero que dice en un buen rato. A Jake no le gustan los juegos.

—Así se habla —exclama su madre aplaudiendo.

Jake empieza a hablar poniendo una voz que claramente pretende imitar la mía. Es ligeramente más aguda que la suya, pero no tanto como para resultar cómica. No está riéndose de mí, sino imitándome. Utiliza gestos sutiles pero exactos con las manos y con la cara y se remete detrás de la oreja un mechón de pelo invisible. Resulta sorprendente, preciso, chocante. Desagradable. Esto no es una personificación cómica. Jake se lo está tomando en serio, demasiado en serio. Está transformándose en mí delante de todos.

Observo a sus padres. Están con los ojos muy abiertos, disfrutando de la representación. Cuando Jake termina, sigue una pausa y luego el padre estalla en carcajadas. La madre también rompe a reír. En cambio, Jake no ríe.

Y en eso suena un teléfono. Pero por una vez no es el mío. Es el teléfono fijo de la granja, que suena con un timbre estridente en otra habitación.

—Voy a cogerlo —dice la madre después del tercer timbrazo, y se va entre risas.

El padre toma de nuevo el cuchillo y el tenedor y se pone a comer otra vez. Yo ya no tengo hambre, Jake me pide que le pase la ensalada. Se la paso y no me da las gracias.

La madre regresa al comedor.

—¿Quién era? —le pregunta Jake.

—Nadie —responde al tiempo que se sienta—. Alguien que se ha equivocado de número.

Menea la cabeza en un gesto negativo y pincha un medallón de zanahoria con el tenedor.

—Deberías mirar tu teléfono —me dice. Yo siento una punzada cuando me mira—. En serio, por nosotros que no sea.

No puedo tomar postre. Y no solo porque ya estoy llena. Se ha producido un momento de incomodidad cuando ha llegado el postre: una especie de brazo de gitano de chocolate con capas de nata montada. Le había pedido a Jake que recordase a sus padres que sufro intolerancia a la lactosa. Se le debe de haber olvidado. No puedo tocar ese brazo de gitano.

Mientras Jake y sus padres estaban en la cocina, he mirado el teléfono. Probablemente ha sido lo mejor. Ya me ocuparé mañana.

Cuando la madre de Jake vuelve a la mesa, trae un vestido distinto. Nadie parece haberse dado cuenta. ¿Será que hace eso todo el tiempo, lo de cambiar de atuendo para el postre? Ha sido un cambio sutil. Es el mismo estilo de vestido, pero de diferente color. Como si un fallo del ordenador hubiera ocasionado una pequeña distorsión en la prenda. A lo mejor se ha manchado el otro con algo. Además, se ha puesto una tirita en el dedo gordo en el que le falta la uña.

—Si quieres, podemos traerte otra cosa —ofrece de nuevo el padre—. ¿Seguro que no vas a tomar un poco de brazo de gitano?

—No, no. Estoy bien así, de verdad. Ha sido una cena magnífica, estoy que no puedo más.

—Es una lástima que no te guste la nata —dice la madre—. Ya sé que engorda un poco. Pero es deliciosa.

—Tiene muy buena pinta —coincido. Me abstengo de corregirle lo de que «no me gusta». Eso no tiene nada que ver.

Jake no se ha comido el postre. No ha tocado ni el tenedor ni el plato. Está recostado en su silla, jugueteando con un mechón de pelo de la nuca.

De repente siento una sacudida, como si me hubieran pinchado, y me doy cuenta, sorprendida, de que me estoy comiendo las uñas. Tengo el dedo índice metido en la boca. Me miro la mano. La mitad de la uña del pulgar casi ha desaparecido. ¿Cuándo he empezado a hacer esto? No me acuerdo; sin embargo, debo de llevar así toda la cena. Bajo la mano y la escondo a un costado.

¿Por eso me miraba Jake? ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta de que estaba mordiéndome las uñas? Noto que tengo un trozo de uña en la boca, atascado entre las muelas. Qué asco.

—Jake, ¿te importa sacar el compost esta noche por mí? —pregunta la madre—. Tu padre todavía está mal de la espalda y el cubo ya está lleno.

—Claro que no —responde Jake.

Puede que sea cosa mía, pero toda esta cena me ha parecido un tanto extraña. La casa, los padres de Jake, el viaje entero no está siendo como yo había imaginado. No ha resultado ni divertido ni interesante. No pensé que iba a ser todo tan viejo y trasnochado. Desde que llegamos, la sensación ha sido de incomodidad. Los padres de Jake son normales, sobre todo el padre, pero ninguno de los dos es un gran conversador. Han hablado mucho, principalmente de sí mismos. Además, ha habido ratos muy largos de silencio en los que solo se oía el tintineo de los cubiertos contra los platos, la música, el tictac del reloj, el crepitar del fuego.

Como Jake es un conversador tan bueno, uno de los mejores que he conocido, creí que sus padres lo serían también. Creí que hablaríamos del trabajo y puede que hasta de política, filosofía, arte, cosas así. Pensé que la casa sería más grande y que estaría mejor cuidada. Pensé que habría más animales vivos.

Recuerdo que en cierta ocasión Jake me dijo que las dos cosas más importantes para una interacción intelectual de calidad son:

Una: Que lo simple siga siendo simple y lo complejo siga siendo complejo.

Dos: No iniciar ninguna conversación con una estrategia o una solución.

—Disculpad —digo—. Voy a ir un momento al cuarto de baño. ¿Se va por esa puerta de ahí? —Mi lengua va todo el rato al trozo de uña que tengo entre las muelas.

—Exacto —dice el padre de Jake—. Como todo lo de esta casa, es por ahí, al final del pasillo.

Tardo un segundo o dos en encontrar el interruptor de la luz en esta oscuridad total palpando la pared. Cuando la enciendo, al mismo tiempo que la luz blanca y brillante empieza a sonar un penetrante pitido. No es la luz amarilla que normalmente tienen los cuartos de baño, sino de un blanco antiséptico, quirúrgico, que me obliga a entornar los ojos. No sé muy bien qué me resulta más molesto, si la luz o el pitido.

Ahora que estoy aquí dentro, con toda esta luminosidad, me doy cuenta de la oscuridad que reina en la casa.

Lo primero que hago después de cerrar la puerta es sacarme el trozo de uña de entre las muelas y escupirlo en la mano. Es grande. Enorme. Asqueroso. Lo arrojo al váter. Me miro las manos. La uña del dedo anular, como la del pulgar, está bastante mordisqueada. En el sitio donde se encuentran la piel y la uña hay un cerco de sangre.

El armarito de encima del lavabo no tiene espejo. Bueno, de todas formas hoy tampoco me apetece verme. Debo de tener unas profundas ojeras, seguro. No me siento yo misma. Estoy congestionada, irritable. Estoy acusando la falta de sueño de estos días y el efecto del vino que he tomado en la cena. Las copas eran grandes y el padre de Jake las rellenaba una y otra vez. He tenido que pasar media hora meando. Me siento en la taza del váter y noto que me encuentro mejor. No quiero regresar todavía. Aún me duele la cabeza.

Tras el postre, los padres de Jake se levantaron de golpe, recogieron la mesa y se fueron a la cocina dejándonos solos a Jake y a mí. No hablamos gran cosa. Yo oía a sus padres en la cocina. Bueno, no los oía bien. No lograba distinguir lo que estaban diciendo, pero percibía el tono. Estaban discutiendo. Al parecer, por algo que ya venía de la conversación mantenida durante la cena. Era una discusión acalorada. Me alegré de que no estuviera ocurriendo delante de mí. Ni delante de Jake, ya puestos.

—¿Qué está pasando aquí? —le pregunté a Jake en voz baja.

—¿Dónde?

Acciono la cisterna y me incorporo. Todavía no estoy preparada para volver ahí. Observo los detalles que me rodean. Hay una bañera y una ducha. En la barra hay anillos para la cortina, pero no hay cortina. Hay una papelera pequeña. Y un lavabo. Y, por lo visto, nada más. Está todo muy limpio, muy ordenado.

Las baldosas blancas de las paredes son del mismo blanco que el suelo. Pruebo a tirar del espejo del armarito. O donde debería estar el espejo. Se

abre. Aparte de un frasco de pastillas vacío, en las baldas interiores no hay nada. Vuelvo a cerrarlo. Qué luz tan intensa.

Me lavo las manos en el lavabo y me fijo en que en el borde del mismo hay una mosca, pequeña y mareada. La mayoría de las moscas se espantan cuando uno acerca la mano. Agito la mano. Nada. Le rozo levemente el ala con el dedo. Se mueve ligeramente, pero no intenta echar a volar.

Si ya no puede volar, no tiene forma de escapar. No puede salir andando. Está atrapada aquí dentro. ¿Lo entenderá? Por supuesto que no. La aplasto con el dedo pulgar contra la pared del lavabo. No sé muy bien por qué. No es algo que haga normalmente. Supongo que pretendo ayudarla. Así es más rápido. Parece mejor que la otra alternativa: arrojarla por el desagüe hacia una lenta muerte en espiral. O dejarla sin más en el lavabo. Solo es una más de tantas.

Todavía estoy mirando la mosca aplastada cuando de repente tengo la sensación de que alguien me ha seguido hasta el cuarto de baño. De que no estoy sola. Al otro lado de la puerta no se oye nada. Nadie que esté llamando. No he oído pisadas. No es más que una sensación. Pero es intensa. Creo que hay alguien justo al otro lado de la puerta. ¿Estará escuchando?

No me muevo. No oigo nada. Me acerco a la puerta y, muy despacio, pongo la mano en el picaporte. Espero un instante más y luego abro de un tirón. No hay nadie. Solo están mis zapatillas, que he dejado fuera antes de entrar. No sé muy bien por qué.

Debería decir las zapatillas de Jake. Las que me ha prestado. Creí que las había dejado mirando hacia el cuarto de baño, pero están mirando hacia fuera, hacia el pasillo. No puedo decirlo con seguridad. He debido de dejarlas así. He debido de ser yo.

Dejo la puerta abierta, pero regreso hacia el lavabo. Abro el grifo para lavar los restos de la mosca muerta. De pronto cae una gota de sangre roja en el lavabo. Y después, otra. Veo mi nariz reflejada bocabajo en la superficie del grifo. Está sangrando. Cojo un trozo de papel, hago una bola y me lo aprieto contra la cara. ¿Por qué me sangra la nariz?

Hacía años que no sangraba por la nariz.

Salgo del cuarto de baño y echo a andar por el pasillo. Paso junto a una puerta que debe de conducir al sótano. Está abierta. Hay una escalera estrecha y empinada que desciende. Hago un alto y apoyo la mano en la puerta abierta. El más leve movimiento, en una dirección o en otra, provoca un crujido. Las bisagras necesitan que las engrasen. En el rellano hay una moqueta pequeña y deshilachada que lleva a los peldaños de madera.

Me llega de la cocina el ruido de platos lavándose y de conversación. Jake está allí con sus padres. No siento la necesidad de volver a toda prisa. Voy a darle un rato para que esté a solas con ellos.

Desde lo alto de la escalera no se ve gran cosa. Ahí abajo está oscuro. No obstante, oigo algo procedente del sótano. Doy un paso al frente. Al cruzar la puerta, veo un cordón blanco que cuelga a mi derecha. Tiro de él y se enciende una bombilla con un ligero zumbido. Ahora oigo con más nitidez el ruido que proviene de abajo. Es un rumor sordo, más agudo y más penetrante que el rechinar de las bisagras. Un chirrido amortiguado, quejumbroso, repetitivo.

Siento curiosidad por ver el sótano. Jake me comentó que sus padres no lo utilizan. Entonces, ¿qué es lo que hay ahí? ¿Qué es lo que genera ese ruido? ¿El calentador de agua?

Los escalones son desiguales e inestables. No hay barandilla. A mano derecha veo una trampilla construida con tablones y abierta, provista de un pestillo metálico. Cuando dicha trampilla está cerrada, la escalera debe de quedar oculta debajo. Toda la trampilla está llena de arañosos, como los que hay en la puerta del salón. Paso los dedos por ellos. No son muy profundos. Pero parecen frenéticos.

Empiezo a descender. Me siento igual que si estuviera penetrando en la bodega de un barco velero. Como no hay barandilla, me guío por la pared.

Al final del todo desemboco en una amplia losa de hormigón. Está encima del suelo de grava. Aquí abajo no hay mucho espacio. El techo tiene vigas y es bajo. Frente a mí hay unas baldas llenas de cajas de cartón marrón. Viejas, húmedas, frágiles y llenas de lamparones. Gran cantidad de polvo y suciedad. Filas y más filas de cajas apiladas en baldas. Aquí abajo hay muchas cosas guardadas bajo llave, debajo de la trampilla. Enterradas. «No lo utilizamos —dijo Jake—. Ahí abajo no hay nada.» Pues no es del todo cierto. No es cierto en absoluto.

Me doy la vuelta. Detrás de mí, más allá de la escalera, veo la caldera, un depósito de agua caliente y un panel de interruptores. También hay otra cosa, una pieza de maquinaria. Es vieja y está oxidada, inútil. No sé muy bien qué es o qué habrá sido.

Esta estancia, en efecto, es poco más que un agujero en el suelo. Probablemente, algo normal en una granja tan vieja. Imagino que en primavera se inundará. Las paredes son de tierra y de grandes porciones de roca madre. No son paredes de verdad, de igual modo que el suelo no es un suelo de verdad. No hay ningún bar ni ninguna mesa de billar. Ni ninguna

mesa de pimpón. Unos pocos segundos en este lugar bastarían para aterrorizar a cualquier niño. Y además huele raro. No sé a qué. Humedad. Aire estancado. Moho. Putrefacción. No sé qué estoy haciendo aquí.

Estoy a punto de dar media vuelta cuando, al fondo del sótano, justo detrás del depósito de agua, descubro lo que está originando el ruido. Un ventilador pequeño y de color blanco que oscila en lo alto de una balda. Está tan oscuro que a duras penas alcanzo a distinguirlo. Debería subir, regresar a la mesa.

No creo que Jake quiera que vea esto. Pero, de solo pensar eso, me entran ganas de quedarme aquí más rato. No tardaré mucho. Con cuidado, me bajo de la losa de hormigón y me acerco al ventilador. Oscila adelante y atrás. ¿Qué hace aquí un ventilador encendido en invierno? Ya hace bastante frío sin él.

Cerca de la caldera hay un cuadro apoyado en un caballete. ¿Será esa la misión del ventilador? ¿Secar la pintura? No me imagino pasando aquí largos ratos pintando. No veo ni pinturas ni pinceles ni otros materiales para pintar. Ni tampoco ninguna silla. ¿El artista trabaja de pie? Estoy dando por sentado que se trata de la madre de Jake. Pero es más alta que yo y yo casi tengo que agacharme para no golpearme la cabeza con las vigas del techo. ¿Y por qué viene aquí abajo a pintar?

Me acerco un poco más al cuadro. Está lleno de pinceladas fuertes y enérgicas y contiene algunos detalles muy concretos. Es el retrato de un espacio, de una habitación. Podría ser este espacio, este sótano. Lo es. Es un cuadro oscuro, pero se distinguen la escalera, la losa de hormigón, las baldas. Lo único que falta es la caldera. En su lugar hay una mujer. O tal vez sea un hombre. Es una entidad, una persona de largos cabellos. Está de pie, ligeramente inclinada hacia delante, y tiene los brazos muy largos. Y también las uñas, largas de verdad, casi parecen zarpas. No se hacen cada vez más largas y más afiladas, pero da la impresión de que sí. Al pie del cuadro hay otra persona, mucho más pequeña. ¿Un niño?

Observando este cuadro me viene a la memoria una cosa que ha mencionado Jake esta noche, durante el viaje. Cuando lo dijo, yo estaba escuchando solo a medias, así que me sorprende que ahora lo recuerde con tanta nitidez. Explicaba por qué en filosofía se utilizan ejemplos y el hecho de que en el entendimiento y la verdad se combinan la certeza y la deducción racional, pero también la abstracción. «Lo que cuenta es la integración de ambas cosas», dijo. Yo estaba mirando por la ventanilla el paisaje, viendo pasar raudos los árboles.

—Dicha integración es un reflejo de cómo funciona nuestra mente, de cómo funcionamos e interactuamos nosotros; cómo separamos entre lógica, razón y otra cosa, otra cosa que se aproxima más al sentimiento o al espíritu. Existe una palabra que probablemente te pondrá el vello de punta. Pero no podemos, ni siquiera los que poseen la mente más práctica, entender el mundo del todo mediante la racionalidad. Dependemos de los símbolos para comprender su significado.

Yo lo miré sin decir nada.

—Y no estoy hablando solo de los griegos. Es un hilo bastante común, tanto en Oriente como en Occidente. Es universal.

—Cuando dices símbolos, ¿te refieres a...?

—Alegorías —dijo Jake—, metáforas complejas. No comprendemos o reconocemos lo que es significativo y válido meramente por la experiencia. Aceptamos, rechazamos y discernimos mediante los símbolos. Son tan importantes para nuestra comprensión de la vida, nuestra comprensión de la existencia y de lo que tiene valor, lo que merece la pena, como las matemáticas y la ciencia. Y esto lo digo como científico. Todo forma parte del modo en que trabajamos las cosas, el modo en que tomamos decisiones. Me doy cuenta de cómo suena, muy obvio y trillado, pero es interesante.

Vuelvo a mirar el cuadro. El rostro liso de la persona. Anodino. Las largas uñas apuntando hacia abajo, mojadas, casi goteando. El ventilador oscila adelante y atrás.

Al lado del cuadro hay una estantería de libros pequeña y sucia. Está llena de papeles viejos. Hojas y hojas. Dibujos. Cojo uno. El papel es grueso. Y otro. Todos son dibujos de esta estancia. Todos representan el sótano. Y en cada uno de ellos hay una persona distinta en lugar de la caldera. Unas tienen el pelo corto, otras lo tienen largo. Hay una que tiene cuernos. Algunas tienen pechos, otras tienen penes, otras tienen las dos cosas. Todas lucen unas uñas largas y una expresión parecida, de complicidad, paralizada.

Y en todos los dibujos aparece un niño. Generalmente en un rincón. A veces en otros lugares: en el suelo, mirando hacia la figura grande. En un dibujo, el niño está dentro del vientre de la mujer. En otro, la mujer tiene dos cabezas y una de ellas es la del niño.

De pronto oigo pasos allá arriba. Delicados, suaves. ¿Será la madre de Jake? ¿Por qué he dado por hecho que la autora del cuadro y de estos dibujos es ella? Oigo más pasos arriba, más fuertes.

Oigo a alguien hablando. Dos personas. Sí. ¿Desde dónde? Son los padres de Jake, arriba. Están discutiendo otra vez.

Puede que sea excesivo decir que están discutiendo, pero desde luego no es una conversación cordial. Es acalorada. Ha ocurrido algo. Están alterados. Tengo que acercarme un poco más a la rejilla de ventilación. Junto a la pared del fondo hay una lata de pintura oxidada. La sitúo justo debajo de la rejilla y me subo encima de ella, ayudándome de la pared para guardar el equilibrio. Están hablando en la cocina.

—No puede seguir haciendo esto.

—No es sostenible.

—Le llevó tanto tiempo llegar hasta ahí... ¿para abandonar ahora? Lo ha tirado por la ventana. Pues claro que me preocupa.

—Necesita previsibilidad, algo estable. Pasa demasiado tiempo solo.

¿Estarán hablando de Jake? Apoyo la mano un poco más arriba en la pared y me pongo de puntillas.

—Tú no dejabas de decirle que podía hacer lo que quisiera.

—¿Y qué debería haberle dicho? No se puede vivir día tras día siendo así, tan tímido, tan introvertido... tan...

¿Qué está diciendo? No logro distinguirlo.

—Necesita salir de su cabeza, pasar a otra cosa.

—Dejó el laboratorio. Eso fue decisión suya. Para empezar, no debería haber tomado siquiera ese camino. La cosa es que...

Aquí dice algo que no distingo.

—Sí, sí. Ya sé que es inteligente. Ya lo sé. Pero eso no implica que tenga que seguir ese camino.

—... Un empleo que pueda conservar. Que no lo pierda.

¿Que ha dejado el laboratorio? ¿Entonces están hablando de Jake? ¿A qué se refieren? Jake todavía está trabajando allí. Cada vez me resulta más difícil descifrar lo que dicen. Si pudiera acercarme un poco más...

De improviso, la lata de pintura se ladea y me estrello contra la pared. Las voces enmudecen. Me quedo totalmente inmóvil.

Por un momento me ha parecido oír a alguien moverse a mi espalda. No debería estar aquí abajo. No debería estar escuchando. Me vuelvo para mirar hacia la escalera, pero no veo a nadie. Únicamente las baldas repletas de cajas y la luz tenue que procede de arriba. Ya no oigo las voces. Todo está en silencio. Estoy sola.

De pronto me invade un horrible sentimiento de claustrofobia. ¿Y si alguien cerrase la trampilla que tapa la escalera? Me quedaría atrapada aquí abajo. Estaría oscuro. No sé muy bien qué haría. No quiero pensarlo más. Me incorporo frotándome la rodilla que me he golpeado contra la pared.

Subiendo de nuevo la escalera reparo en una cerradura con pestillo que hay en la trampilla, la que oculta la escalera cuando está cerrada. El pestillo está atornillado a la pared lateral, pero la cerradura está en la parte inferior de la trampilla. Cabría pensar que estaría en la superior, para que se pudiera bloquear desde arriba. La trampilla puede abrirse y cerrarse desde un lado y desde el otro, empujando si uno viene del sótano o tirando si uno viene del rellano. Sin embargo, solo puede cerrarse con llave desde abajo.

—¿Conocemos la causa oficial de la muerte?

—Murió desangrado por heridas de arma blanca.

—Horrible.

—Calculamos que tardó varias horas en desangrarse. Había bastante sangre.

—Debió de ser terrible avanzar dando tumbos.

—Sí, supongo que sí. Horrible. Es algo que no se olvida nunca.

Cuando regreso del sótano, me encuentro el comedor vacío. La mesa está recogida, excepto mi plato del postre.

Me asomo a la cocina. Los platos sucios están apilados y aclarados, pero no se han fregado. El fregadero está lleno de un agua grisácea. El grifo gotea. Plic. Plic.

—¿Jake? —llamo. ¿Dónde estará? ¿Dónde estará todo el mundo? A lo mejor, Jake se ha ido a llevar los restos de comida al compost que hay en la caseta.

Vislumbro la escalera que lleva al piso de arriba. Está alfombrada con una mullida moqueta de color verde. Paredes forradas de madera. Más fotografías. Muchas son de la misma pareja entrada en años. Todas son fotografías antiguas, ninguna es de cuando Jake era más pequeño.

Jake me dijo que después de cenar iba a enseñarme la planta de arriba, de modo que ¿por qué no ir a verla ahora? Subo directamente hasta arriba del todo y veo que hay una ventana. Me asomo, pero fuera está demasiado oscuro para ver nada.

A mi izquierda hay una puerta en la que cuelga una letra J pequeña y estilizada. Debe de ser el antiguo dormitorio de Jake. Entro. Me siento en la cama de Jake y paseo la mirada a mi alrededor. Montones de libros. Cuatro estanterías llenas. Velas encima de cada estantería. La cama es blanda. La manta que la cubre es la que yo esperaría encontrar en una granja vieja: de punto y confeccionada en casa. La cama resulta corta para una persona tan alta y es individual. Apoyo las manos a los lados, con las palmas hacia abajo, y empiezo a mecarme arriba y abajo, igual que una manzana que cae en el agua. Los muelles rechinan un poco, lo cual revela que son viejos y que se han usado muchos años. Muelles viejos. Casa vieja.

Me levanto. Paso junto a una butaca azul muy usada y que parece muy cómoda y me dirijo hacia la mesa de estudio que está situada frente a una ventana. Encima de la mesa no hay gran cosa. Unos cuantos bolígrafos y lápices en una taza. Una tetera marrón. Unos pocos libros. Unas tijeras grandes y cromadas. Abro el primer cajón de la mesa. Dentro hay lo normal:

clips, cuadernos. También hay un sobre marrón. Por fuera lleva escrito «Nosotros». Parece la letra de Jake. No puedo reprimirme. Lo cojo y lo abro.

Dentro hay fotos. No debería estar haciendo esto, la verdad es que no es un asunto de mi incumbencia. Voy pasando las fotos. Habrá unas veinte o treinta. Todas son primeros planos. Partes del cuerpo. Rodillas. Codos. Dedos de las manos. Muchos dedos de los pies. Varios labios, dientes y encías. Hay varios primerísimos planos del pelo y de la piel, puede que de unos cuantos granos. No sabría decir si todas pertenecen a la misma persona o no. Vuelvo a meterlas en el sobre.

Nunca he visto fotos semejantes. ¿Serán alguna especie de creación artística? ¿Como para un espectáculo o una exposición o una obra conceptual? Jake me ha mencionado que le gusta la fotografía y que la única actividad extraescolar que tenía en el colegio eran unas clases de fotografía. Me comentó que tiene una cámara buenísima para la que estuvo ahorrando.

También hay montones de fotos por toda la habitación. Representan escenas, flores y árboles, personas. Ninguno de los rostros me resulta conocido. La única foto de Jake que he visto en esta casa es la que hay abajo, junto a la chimenea, la que, según afirma, es de él de pequeño. Pero no es él. Estoy segura de que no. Lo cual significa que nunca he visto una foto de Jake. Ya sé que es tímido, pero aun así.

Cojo una foto enmarcada de una estantería. Es de una chica rubia. Lleva puesto un pañuelo azul en la cabeza como si fuera una diadema, atado por delante. ¿Su novia del instituto? Estaba muy enamorada de él, o eso ha afirmado Jake, y la relación nunca fue tan importante para él como lo era para ella. Me acerco la foto a la cara hasta casi tocarla con la nariz. Pero Jake dijo que era alta y morena. Esta chica es rubia, como yo, y bajita. ¿Quién será?

Observo que en segundo plano hay otra persona. Un hombre que no es Jake. Está mirando a la chica de la foto. Guarda alguna relación con ella. Está cerca y la mira. ¿Tomaría Jake esta foto?

De repente doy un salto al sentir una mano que me toca en el hombro.

No es Jake, sino su padre.

—Qué susto me ha dado —le digo.

—Perdón. Creía que estabas aquí con Jake.

Vuelvo a dejar la foto en la estantería, pero se cae al suelo. Me agacho para recogerla.

Cuando vuelvo a mirar al padre de Jake, veo que está sonriendo. Lleva una segunda tirita en la frente, un poco más arriba que la primera.

—No era mi intención asustarte, es que no estaba seguro de que te encontraras bien. Estabas temblando.

—Estoy bien. Tengo un poco de frío, imagino. Estaba esperando a Jake. Todavía no había visto esta habitación y pensé que... ¿De verdad estaba temblando?

—Desde atrás, daba la impresión de que sí. Solo un poquito.

No sé de qué me habla. Yo no estaba temblando. ¿Por qué iba a temblar? ¿Tengo frío? Puede ser. Tengo frío desde antes de que nos sentásemos a cenar.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí, seguro. No me pasa nada. —Tiene razón. Me miro la mano y veo que está temblando ligeramente. Pongo las manos a la espalda.

—Jake pasaba mucho tiempo en esta habitación —dice el padre de Jake—. Poco a poco la estamos transformando en un dormitorio para invitados. No nos parecía adecuado alojar aquí a nuestros huéspedes cuando todavía recordaba tanto a un estudiante empollón. A Jake siempre le han gustado sus libros y sus historias. Y escribir diarios. Para él representaba un consuelo. De ese modo lograba asimilar las cosas.

—Eso está bien. Me he fijado en que todavía le sigue gustando escribir. Pasa mucho tiempo escribiendo.

—Esa es su manera de encontrarle sentido al mundo.

Cuando le oigo decir esto, experimento un sentimiento de compasión, de afecto, por Jake.

—Aquí dentro, en esta parte de la casa, hay mucho silencio —comento—. Muy adecuado para escribir.

—Sí, y genial también para dormir. Pero Jake, como probablemente ya sabrás, nunca ha dormido bien. Podéis quedaros a dormir, si os apetece. Esa idea nos habíamos hecho. No tenéis por qué marcharos a toda prisa. Le he dicho a Jake que queremos que os quedéis. Tenemos un montón de comida para desayunar. ¿Tú tomas café?

—Pues se lo agradezco, pero supongo que debo dejar que esa decisión la tome Jake. Me encanta el café. Pero mañana Jake tiene que trabajar.

—¡No me digas! —responde su padre con gesto de desconcierto—. Sea como sea, sería estupendo que os quedarais a dormir. Aunque solo sea por una noche. Y queremos que sepas que nos sentimos muy agradecidos de que hayas venido. De lo que estás haciendo.

Me remeto unos cuantos mechones de pelo por detrás de la oreja. ¿Qué es lo que estoy haciendo? No estoy muy segura de haberle entendido.

—Ha sido un placer venir y ha sido un placer conocerlos a ustedes.

—Todo esto es muy bueno para Jake. Tú le has hecho mucho bien. Hacía mucho tiempo que... Bueno, considero que esto es bueno para él, finalmente. Somos optimistas.

—Jake siempre está hablando de la granja.

—Le hacía mucha ilusión que la vieras tú. Llevábamos mucho tiempo deseando que vinieras. Empezábamos a pensar que Jake no iba a traerte nunca a casa, después de todo este tiempo.

—Ya —es cuanto se me ocurre decir—. Ya lo sé.

«¿Después de todo este tiempo?»

El padre de Jake mira atrás un momento y luego da un paso hacia mí. Se me acerca tanto que podría tocarlo con solo alargar la mano.

—No está loca, ¿sabes? Considero que debes saberlo. Siento lo de esta noche.

—¿Qué?

—Me refiero a mi mujer. Sé la impresión que debe de causar. Sé lo que debes de estar pensando. Lo siento. Piensas que está volviéndose loca o que es una enferma mental. Pero no es verdad. Simplemente tiene un problema de audición. Ha pasado una época de estrés.

De nuevo me quedo sin saber qué responder.

—La verdad es que no pensaba eso —le digo. Sinceramente, no sé muy bien qué pensar.

—La cabeza le sigue funcionando tan bien como siempre. Ya sé que ha mencionado que oía voces, pero no es tan dramático como puede parecer. Son leves susurros y murmullos, nada más. Tiene conversaciones con... ellos. Con los susurros. A veces es simplemente la respiración. Es algo inofensivo.

—Aun así, debe de resultar duro —digo.

—Están estudiando la posibilidad de ponerle un implante coclear si empeora.

—No quiero ni pensar lo que debe de ser eso.

—Y eso de sonreír todo el rato. Ya sé que resulta un poco extraño, pero es su forma de reaccionar. Antigüamente me habría fastidiado, pero ahora ya estoy acostumbrado. Pobrecilla. De tanto sonreír, ya está empezando a dolerle la cara. Pero uno se acostumbra a esas cosas.

—No me había fijado o no tanto.

—Le has hecho mucho bien a Jake. —El padre se gira hacia la puerta—. Formáis una buena pareja. Aunque no necesitáis que os lo diga yo. Hay cosas, como las matemáticas y la música, que encajan bien juntas, ¿no crees?

Sonrí y afirmo con la cabeza. Sonrí otra vez. No sé qué otra cosa hacer.

—Conocer a Jake ha sido fantástico y también conocerlos ahora a su madre y a usted.

—A todos nos caes bien. Sobre todo a Jakie. Y tiene lógica. Te necesita.

Continúo sonriendo. Al parecer, no puedo dejar de sonreír.

Estoy lista para marcharme. Quiero irme de aquí. Tengo el chaquetón puesto. Jake ya está fuera, calentando el coche. Yo estoy esperando a su madre. Tengo que despedirme de ella, pero es que ha regresado a la cocina a prepararnos un paquete con las sobras de la cena. Yo no lo quiero, pero no puedo rechazarlo. Estoy aquí de pie sola, esperando. Jugueteando con la cremallera del chaquetón. La subo y la bajo, la subo y la bajo. Podría haberme ocupado yo de calentar el coche. Podría haberse quedado él esperando aquí.

La madre emerge de la cocina.

—He puesto un poco de todo —me dice—, también un trozo de brazo de gitano. —Me entrega un único plato de comida tapado con papel de aluminio—. Procura sostenerlo recto para no mancharte las manos.

—De acuerdo, así lo haré. Gracias otra vez por esta encantadora velada.

—Ha sido encantadora, ¿verdad que sí? ¿Seguro que no podéis quedaros a dormir? Nos encantaría que os quedarais. Tenemos espacio.

Está casi suplicando. Ya la tengo tan cerca que distingo un mayor número de arrugas y pliegues en su rostro. Se la ve más vieja. Cansada, demacrada. No es así como me gustaría recordarla.

—Quisiéramos quedarnos, pero creo que Jake necesita volver.

Dejamos pasar unos instantes y después ella me da un abrazo. Permanecemos así unos segundos, ella estrujándose como si no quisiera que me fuese. Y yo termino haciendo lo mismo. Por primera vez esta noche, percibo el perfume que lleva. Huele a azucenas. Es un aroma que reconozco.

—Espera, casi se me olvida —me dice—. No te vayas todavía.

Me libera del abrazo, da media vuelta y se mete de nuevo en la cocina. ¿Dónde estará el padre de Jake? Noto el olor a comida que desprende el plato. No apetece nada. Espero que no impregne el coche entero durante todo el viaje de vuelta. A lo mejor podemos meterlo en el maletero.

Regresa la madre.

—Esta noche he decidido que quiero que tengas esto.

Me entrega un papel. Ha sido doblado varias veces. Es lo bastante pequeño para que quepa en un bolsillo.

—Ah, gracias —contesto—. Muchas gracias.

—Por supuesto, ya se me ha olvidado cuánto tiempo lleva haciéndose exactamente, pero ha sido bastante.

Empiezo a desdoblarlo. La madre levanta una mano.

—No, no. ¡No lo abras aquí! ¡Todavía no estás preparada!

—¿Disculpe?

—Es una sorpresa. Para ti. Ábrelo al llegar.

—¿Al llegar adónde?

La madre no contesta, se limita a sonreír. Luego dice:

—Es un cuadro.

—Gracias. ¿Uno de los pintados por usted?

—Antes, cuando Jake era más pequeño, él y yo pintábamos juntos, a veces durante horas enteras. Le encantaba el arte.

Me gustaría saber si pintaban dentro de ese sótano tan húmedo.

—Tenemos un estudio. Muy tranquilo. Era nuestra habitación favorita de la casa.

—¿Era?

—Es. Era. Bueno, no sé. Tendrías que preguntárselo a Jake.

Se le han llenado los ojos de lágrimas y me preocupa que pueda echarse a llorar.

—Gracias por el regalo —le digo—. Es muy amable por su parte. Seguro que lo apreciaremos los dos. Gracias.

—Es para ti. Solo para ti. Es un retrato —me dice—. De Jake.

En realidad, no hemos comentado la velada. No hemos hablado de sus padres. Pensaba que iba a ser lo primero que haríamos al subirnos al coche, repasar los acontecimientos. Tengo ganas de preguntarle por su madre, por el sótano, contarle la conversación que he tenido con su padre en el dormitorio, el abrazo que me ha dado su madre, el regalo que me ha hecho. Hay muchas cosas que quiero preguntarle. Pero ya llevamos un rato dentro del coche. ¿Cuánto tiempo? No estoy segura. Y ahora me estoy desinflando. Estoy empezando a apagarme. ¿Debería esperar a hablarlo todo mañana, cuando tenga más energía?

Me alegro de no haberme quedado a dormir. Me siento aliviada. ¿Habría compartido con Jake esa minúscula cama individual? Sus padres no me han caído mal; es que todo ha sido muy extraño y estoy cansada, y esta noche quiero acostarme en mi propia cama. Quiero estar sola.

No me imagino charlando de trivialidades con los padres de Jake a primera hora de la mañana. Sería demasiado. Además, esa casa era oscura y en ella hacía frío. Cuando entramos parecía que hacía calor, pero a medida

que fue pasando el tiempo fui notando las corrientes de aire. No habría dormido mucho.

—Las lágrimas son aerodinámicas —dice Jake—. Todos los coches deberían tener forma de lágrima.

—¿Qué?

Ha sido algo salido de la nada y yo todavía estoy pensando en la velada, en todo lo que ha sucedido. Jake ha permanecido mudo casi todo el tiempo. Y todavía no sé por qué. Todo el mundo se pone un poco nervioso con la familia y era la primera vez que yo los veía. Pero aun así. Jake ha estado claramente menos hablador, menos presente.

Necesito dormir. Dormir ininterrumpidamente dos o tres noches, para recuperar. Sin pensamientos recurrentes, sin sueños extraños, sin llamadas telefónicas, sin interrupciones, sin pesadillas. Llevo varias semanas durmiendo fatal. Puede que más.

—Resulta curioso que algunos de estos coches todavía se diseñen y se comercialicen como eficientes en el gasto de combustible. Mira ese de ahí, parece una caja. —Jake señala por la ventanilla de mi derecha, pero está tan oscuro que apenas se ve nada.

—No me molestan los diseños singulares —digo—. Incluso las cosas que son muy singulares. Me gustan las cosas que son diferentes.

—Por definición, nada puede ser «muy» singular. O es singular o no lo es.

—Sí, sí, ya sé. —Estoy demasiado cansada para esto.

—Además, los coches no deben ser singulares. Ese conductor probablemente se queja del calentamiento global y del cambio climático y sin embargo él quiere un coche que sea «singular». Todos deberían tener forma de lágrima. Con eso se demostraría que hablamos en serio respecto de la eficiencia en el gasto de combustible.

Está en una racha típica suya. La verdad es que a mí me importa un comino la eficiencia en el gasto de combustible, ahora y en cualquier momento. Lo único que quiero hacer es hablar de lo que acaba de suceder en casa de sus padres y llegar a mi casa para poder dormir un poco.

—¿Quién era la chica de la foto de la estantería?

—¿Qué foto? ¿Qué chica?

—La del pelo rubio en medio de un prado o al borde de un prado. La que tienes en tu dormitorio.

—Imagino que será Steph. ¿Por qué lo preguntas?

—Por simple curiosidad. Es muy guapa.

—Es atractiva. Yo nunca la he considerado guapísima ni nada de eso.

Es muy guapa.

—¿Has salido con ella o es una amiga?

—Era una amiga. Estuvimos saliendo una temporada. Justo al acabar el instituto, un poco después.

—¿También estudiaba bioquímica?

—No, música. Era músico.

—¿De qué tipo?

—Tocaba muchos instrumentos. Daba clases. Fue la persona que me dio a conocer la música antigua. Ya sabes, la clásica, el *country*, Dolly Parton, cosas así. Esas canciones tenían cierto contenido.

—¿Aún tienes trato con ella?

—La verdad es que no. La cosa no funcionó.

No me mira a mí, sino a la carretera, con la vista fija. Se está mordiendo la uña del dedo pulgar. Si esta relación fuera diferente, en una época diferente, quizá yo continuara presionándolo. Acicateándolo. Insistiendo. Pero ahora sé hacia dónde estamos yendo, de modo que no vale la pena.

—¿Quién era el hombre que aparece en segundo plano?

—¿Qué?

—En segundo plano, detrás de ella, había un tipo tumbado en el suelo, mirándola. Y no eras tú.

—No lo sé. Tendría que volver a ver la foto.

—Tienes que saber a quién me refiero.

—Hace mucho tiempo que no miro esas fotos.

—Es la única en la que aparece ella. Y resulta extraño, porque ese tipo...

—No puedo decirlo. ¿Por qué no puedo decirlo?

Transcurre un minuto. Parece que Jake va a dejarlo pasar, va a hacer caso omiso de mi pregunta, pero de pronto contesta:

—Seguramente es mi hermano. Creo recordar que sale en una de esas fotos.

¿Cómo? ¿Jake tiene un hermano? ¿Cómo es que no me lo ha mencionado nunca?

—No sabía que tuvieras un hermano.

—Pensaba que sí.

—¡No! Esto es de locos. ¿Cómo es posible que no lo supiera?

Lo digo en tono jocosos, pero Jake está hablando en tono serio, de modo que quizá no debería bromear.

—¿Estáis muy unidos?

—Yo diría que no.

—¿Por qué no?

—Cosas de familia. Es complicado. Él ha salido a mi madre.

—¿Y tú no?

Me mira un segundo con el ceño fruncido y luego vuelve a mirar la carretera. Estamos solos. Es tarde. Desde que dejamos atrás el coche con forma de caja, no hemos adelantado a muchos más. Jake va concentrado en lo que tiene delante. Sin mirarme, me pregunta:

—¿Te ha parecido normal?

—¿El qué?

—Mi casa. Mis padres.

—¿Por qué te preocupa que sea normal?

—Tú responde. Quiero saberlo.

—Pues sí. Mayormente sí.

No voy a ponerme a explicar lo que siento en realidad. Ya no, dado que va a ser la última vez que vayamos juntos a esa granja.

—No es mi intención presionar, pero vale, tienes un hermano. ¿Y exactamente en qué ha salido a tu madre?

No estoy segura de cómo va a reaccionar a mi pregunta. Creo que estaba intentando cambiar de tema para no seguir hablando de su hermano. En cambio, considero que este es el mejor momento para preguntar. El único momento.

Jake está frotándose la frente con una mano, mientras con la otra agarra el volante.

—Hace unos años, mi hermano desarrolló ciertos problemas. No pensábamos que fuera a ser nada grave. Siempre había sido una persona muy solitaria. No sabía relacionarse con los demás. Pensamos que estaba deprimido. Luego empezó a seguirme a mí a todas partes. No hacía nada que fuera peligroso, pero era raro que me siguiera de aquella manera. Le dije que parase, pero no hizo caso. No había mucho que se pudiera hacer. Tuve que sacarlo de mi vida, bloquearlo. No era que no fuera capaz de cuidarse solo. Sí que es capaz. No creo que tenga una enfermedad mental grave. Ni peligrosa. Yo creo que se puede rehabilitar. Estoy convencido de que es un genio y de que es profundamente desdichado. Es duro pasar tanto tiempo solo. Es duro no tener a nadie. Una persona puede vivir así un tiempo, pero... Mi hermano empezó a sentirse muy triste, muy solo. Necesitaba cosas, pedía cosas con las que yo no podía ayudarle. Ya no tiene importancia. Pero, como es natural, aquello cambió la dinámica de nuestra familia.

Esto es importante. Ahora tengo la sensación de entender mejor a sus padres, y también a él, justo en estos treinta segundos. Acabo de encontrar algo y no estoy dispuesta a dejarlo pasar. Esto podría tener influencia en mí, en nosotros, en la pregunta en la que he estado pensando.

—¿Qué quieres decir con que te seguía a todas partes?

—No importa. Ya no está. Todo ha terminado.

—Pero es que me interesa.

Jake sube el volumen de la radio, solo un poco, pero, teniendo en cuenta que estamos hablando, resulta molesto.

—Mi hermano iba camino de convertirse en profesor universitario, pero no soportaba el entorno. Tuvo que dejar el trabajo. Era muy capaz de realizar el trabajo, pero todo lo demás, todo lo que tenía que ver con interactuar con los compañeros, era demasiado para él. Lo extraño era que los compañeros le gustaban. Simplemente, no se manejaba hablando con ellos. Ya sabes, como la gente normal. Charlar de cosas triviales y eso.

Reparo en que, conforme va hablando, ha ido acelerando el coche. Creo que no se percató de la velocidad que llevamos.

—Necesitaba ganarse la vida, pero tenía que buscar un empleo nuevo, uno en el que no tuviera que hacer presentaciones, en el que pudiera fundirse con las paredes. Por aquella época estaba en un mal momento y empezó a seguirme a todas partes, a hablar conmigo, a darme órdenes y ultimátums, como si fuera una vocecilla metida en mi cerebro, siempre estaba presente. Interrumpía mi vida, como si quisiera sabotearla. Cosas sutiles.

—¿Cómo cuáles?

Seguimos aumentando de velocidad.

—Empezó a ponerse mi ropa.

—¿A ponerse tu ropa?

—Como digo, tiene ciertos problemas, tenía ciertos problemas. No creo que sea algo permanente. Ahora se encuentra mejor, mucho mejor.

—¿Estabais muy unidos antes de que él enfermara?

—Nunca llegamos a estarlo demasiado. Pero nos llevábamos bien. Los dos éramos inteligentes y competitivos, y eso establece un vínculo. No sé. No lo vi venir. Me refiero a su enfermedad. Perdió la cabeza, algo así. Cosas que pasan. Pero te hace pensar si uno llega a conocer a las personas. Es mi hermano, pero no sé si llegué a conocerlo de verdad.

—Debió de ser duro. Para todos.

—Sí.

No parece que Jake esté aumentando la velocidad, pero seguimos yendo demasiado deprisa. Fuera no hace bueno. Y es de noche.

—¿A eso se refería tu padre cuando dijo que tu madre ha estado estresada?

—¿Cuándo te ha dicho eso? ¿Por qué te ha dicho eso?

Vuelve a pisar el acelerador. Esta vez oigo cómo se revoluciona el motor del coche.

—Me vio en tu habitación y entró a charlar conmigo. Mencionó la dolencia de tu madre. No con detalle, pero... ¿A qué velocidad vamos, Jake?

—¿Mencionó la tricotilomanía?

—¿Qué?

—Que se arranca el pelo. Mi hermano tenía el mismo problema. Mi madre se siente muy acomplexada por ello. Ya se ha arrancado prácticamente todas las pestañas y las cejas. Ahora ha empezado con la cabeza. Esta noche le he visto varias calvas.

—Eso es terrible.

—Mi madre es bastante frágil. Pero se pondrá bien. No me había dado cuenta de que la cosa había empeorado tanto. Si hubiera sabido que iba a ser una cena tan tensa no te habría invitado. No sé por qué, pero creía que no iba a ocurrir esto. Quería que vieras de dónde provengo.

Es la primera vez desde que llegamos a la casa, la primera vez en toda la noche, que me siento un poco más cerca de Jake. Me está haciendo partícipe de algo. Agradezco su sinceridad. No tenía por qué contarme nada de esto. No son cosas cómodas de compartir, de reflexionar. Esta es la típica cosa, el típico sentimiento que lo complica todo. Es posible que todavía no haya tomado una decisión acerca de él, de lo nuestro, de dejarlo.

—Las familias tienen sus rarezas. Todas.

—Gracias por haber venido —me dice—. De verdad.

Siento una mano que se posa en la mía.

—Hemos hablado con casi todas las personas con las que trabajó y hemos conseguido hacernos una idea general. Venía desarrollando problemas físicos. Afecciones. Todo el mundo se dio cuenta. Tenía un sarpullido en el brazo y otro en el cuello. La frente se le llenaba de sudor. Hace unas semanas, lo vieron medio aturdido, con la mirada fija en la pared.

—Todo eso resulta alarmante.

—Ahora, sí. Pero dentro de aquel contexto parecía algo de índole particular, como un problema de salud. Nadie quería inmiscuirse. Hubo unos cuantos incidentes. Durante este último año se dedicaba a poner la música a todo volumen durante los descansos. Y cuando le rogaban que la bajase, él no hacía caso y volvía al principio de la canción.

—¿A nadie se le ocurrió presentar una queja formal?

—¿Por poner música? No parecía un tema tan grave.

—Imagino que no.

—Dos de las personas entrevistadas han mencionado que tenía varios cuadernos. Que escribía mucho. Pero nadie le preguntó nunca qué era lo que escribía.

—Ya supongo que no.

—Hemos encontrado esos cuadernos.

—¿Y qué contienen?

—Cosas escritas por él. Tenía una caligrafía muy cuidada y precisa.

—¿Y el contenido?

—El contenido de qué?

—De los cuadernos. ¿No es eso lo que importa? Lo que escribía. El contenido. Lo que podría significar.

—Ya. Bueno, aún no los hemos leído.

—¿Te apetece parar a tomar algo dulce?

Estábamos en una pequeña racha, en plena conversación, pero yo he dejado de hacer preguntas. No he vuelto a mencionarle la familia. No debo acosarlo. Quizá la intimidad sea una buena cosa. Sin embargo, todavía estoy pensando en lo que me ha contado. Tengo la impresión de estar empezando a entenderlo de verdad, a comprender todo aquello por lo que ha pasado. A compadecerlo.

Además, desde que subimos al coche no he vuelto a mencionar mi dolor de cabeza. Es posible que el vino lo haya intensificado. El aire de esa casa tan vieja. Siento toda la cabeza dolorida. La sostengo de tal modo, con el cuello rígido y ligeramente inclinado hacia delante, que la presión se alivia un poco, solo un poco. Cualquier movimiento, sacudida o temblor me causa incomodidad.

—Podríamos parar, sí —contesto.

—Pero ¿te apetece?

—Me es indiferente, pero si tú quieres, por mí perfecto.

—Tú y tus respuestas a medias.

—¿Cómo?

—El único sitio que está abierto a estas horas es Dairy Queen^[2]. Pero seguro que tendrán algo que no contenga lácteos.

De modo que se acuerda de mi intolerancia.

Fuera del coche está oscuro. Hemos conversado menos durante el camino de vuelta que durante el camino de ida. Imagino que los dos estamos cansados, introspectivos. Cuesta trabajo distinguir si nieva o no. Me parece que sí. Pero no mucho. Todavía no. Solo está empezando. Me echo a reír, más bien para mis adentros, y miro por la ventanilla.

—¿Qué pasa? —me pregunta Jake.

—Es bastante gracioso. En casa de tus padres no he podido tomar el postre porque llevaba lácteos y ahora vamos a parar a tomar algo en un Dairy Queen. Y estamos en pleno invierno. Fuera hace un frío que pela, me parece que está nevando. No pasa nada, es que es gracioso. —También opino que es varias cosas más, pero decido no decir nada.

—Hace siglos que no me tomo un Skor Blizzard. Creo que me voy a pedir eso —afirma Jake.

Un Skor Blizzard. Lo sabía. Es de lo más predecible.

Entramos. El aparcamiento está desierto. Hay una cabina telefónica en un rincón y un cubo de basura metálico en otro. Ya no se ven muchas cabinas telefónicas. Las han quitado casi todas.

—Me sigue doliendo la cabeza —digo—. Creo que estoy cansada.

—Pensaba que te había mejorado.

—La verdad es que no. —Ha empeorado. Va camino de convertirse en una migraña.

—¿Te duele mucho? ¿Es migraña?

—No demasiado.

Fuera del coche hace frío y sopla viento. La nevada está arreciando, ya no hay duda. Cae en remolinos, más que nada. Todavía no está cuajando. Cuajará cuando empiece a nevar en serio. Con suerte, para entonces ya estaré metida en la cama con un analgésico. Mañana, si ya no me duele la cabeza, pasaré la mañana quitando nieve con la pala. El frío le sienta bien a mi cabeza.

—Tiene pinta de ponerse a nevar en serio —dice Jake—. Sopla un viento helado.

Al mirar las brillantes luces del Dairy Queen me entran náuseas. Como es natural, el establecimiento está vacío. Cabe preguntarse cómo es que está siquiera abierto a estas horas de la noche. Me he fijado en el horario colgado en la puerta y he calculado que cerrarán dentro de ocho minutos. Cuando entramos no suena ninguna campanilla, ni tampoco la típica musiquilla ambiental. Las mesas se ven vacías y limpias, en ellas no hay una sola servilleta arrugada, ni vasos vacíos, ni migas. Todo está preparado para cerrar. El sordo zumbido metálico de las máquinas y los congeladores genera un ruido acumulativo. Me recuerda al tono de marcar del teléfono. Además, flota un olor en el aire, casi a producto químico. Esperamos unos momentos leyendo el panel luminoso donde se muestra el menú.

Jake está leyendo el menú. Se lo noto en los ojos, en la manera en que se toca la barbilla.

—Seguro que tienen algo que no contenga lácteos —dice otra vez.

Ya tiene en la mano una cuchara alargada, roja y de plástico que ha cogido de una bandeja. Resulta irritante que haya cogido una cuchara para él cuando ni siquiera sabemos si hay algo que pueda comer yo. Todavía nos queda mucho camino para llegar. Sobre todo, si la nevada va a más. Quizá

deberíamos habernos quedado a pasar la noche en la granja. Pero es que yo no me sentía del todo cómoda. No sé. Jake bosteza.

—¿Te encuentras bien —le pregunto— o quieres que conduzca yo el resto del viaje?

—No, no, estoy bien. He bebido menos que tú.

—Hemos bebido exactamente lo mismo.

—Pero a ti te afecta más. Ya sabes, la subjetividad y todo eso. —Bosteza de nuevo, más fuerte, y esta vez se lleva una mano a la boca—. Sí, veo que tienen limonada de diferentes sabores. Y además es granizado, sin lácteos —dice—. Eso te gustará.

—Me gustará. Seguro —respondo—. Tomaré eso.

Han surgido dos empleadas de un local de la trastienda. Se las nota disgustadas porque las hemos molestado. Ambas son más bien jovencitas, adolescentes. Tienen tipos distintos, cuerpos distintos, pero en todas las demás facetas son idénticas. El mismo pelo teñido, el mismo pantalón negro ceñido, las mismas botas marrones. Se nota a las claras que las dos preferirían estar en otra parte y no se lo reprocho.

—Vamos a tomar un granizado pequeño. De hecho, que sean dos. —¿Cómo es de grande el mediano? —pregunta Jake.

Una de las chicas coge un vaso de papel que parece más bien grande y se lo enseña.

—Este es el tamaño mediano —dice en tono inexpresivo. La otra chica se vuelve y suelta una risita.

—Vale —contesta Jake—. Pues uno pequeño y otro mediano.

—El pequeño, que sea un granizado de fresa, por favor, no el normal —le digo yo a la chica—. No lleva leche, ¿verdad?

La chica pregunta a su compañera:

—El granizado no lleva helado, ¿no?

La otra todavía está riéndose, por lo que le cuesta trabajo responder. La primera chica se echa a reír también. Las dos se miran la una a la otra.

—¿Tiene una alergia muy fuerte? —pregunta la segunda chica.

—No me voy a morir. Simplemente no me sienta bien.

Es como si estas chicas nos conocieran y les resultase raro, igual que les resultaría raro que entrara inesperadamente en el local un amigo de sus padres o un profesor suyo y tuvieran que servirle. Así es como están reaccionando. Observo a Jake. Al parecer, ni se da cuenta. La primera chica le mira y después le susurra algo a la segunda. Las dos rompen a reír otra vez.

Aparece una tercera chica. Ha salido de la parte de atrás. Debía de estar escuchando, porque, sin decir palabra, se pone a preparar mi granizado. Sus compañeras tampoco le dicen nada, ni acusan su presencia.

La tercera chica levanta la vista de la máquina.

—Disculpen el mal olor —dice—. Es que ahí atrás están barnizando.

¿Barnizando? ¿En un Dairy Queen?

—No se preocupe —contesto.

Es una sensación repentina, pero inconfundible. Yo conozco a esta chica. La conozco de algo, pero no sé de dónde ni de cuándo. La cara, el pelo. La constitución. La conozco.

Ella tampoco dice nada. Se limita a preparar el granizado. O por lo menos a preparar los vasos. Aprieta botones, gira ruedas. Está de pie frente a la máquina como si estuviera haciendo fila en una tienda. Mientras la máquina hace el trabajo, ella espera, sujetando con la mano uno de los vasos, a que salga el fluido.

Nunca me había sucedido esto de reconocer a un perfecto desconocido. A Jake no puedo decirle nada. Parecía demasiado raro. Y es que es raro.

La chica está muy delgada y frágil. Algo le ocurre. Lo siento por ella. Tiene una melena morena y lisa que le cae por la espalda y sobre una buena parte de la cara. Unas manos pequeñas. No lleva adornos, ni collar ni pendientes. Se la nota débil y nerviosa. Tiene un sarpullido. Uno bastante intenso.

Como a un par de centímetros de la muñeca se le ven unos bultitos, que son lo bastante grandes como para que los distinga yo. Y conforme van subiendo hacia el codo se hacen más grandes y más rojos. Observo fijamente ese sarpullido. Da la sensación de que le duele y le pica. Y además, la piel está seca y escamosa. Debe de rascárselo mucho. Cuando levanto la vista, veo que me está mirando. Fijamente. Noto que me ruborizo y bajo la mirada.

Jake no está prestando la menor atención. Pero percibo que la chica sigue mirándome. Oigo las risitas de una de las compañeras. La delgada pone la tapa al vaso y lo deja en el mostrador. Luego sube la mano y empieza a rascarse el sarpullido. Sin agresividad. No quiero seguir mirando. La chica está como toqueteándose los bultitos, como si pretendiera arrancárselos. Ahora tiene un temblor en la mano.

La máquina continúa con su zumbido. Por supuesto, a ninguna de estas chicas le apetece estar aquí. En este Dairy Queen tan aséptico, con sus frigoríficos y sus congeladores, sus luces fluorescentes, sus equipos metálicos

y sus cucharas rojas, sus pajitas envueltas en plástico, sus dispensadores de vasos y ese zumbido leve pero constante que lo invade todo.

Y todavía resultaría más desagradable si dos de tus compañeras de trabajo se metieran contigo. ¿Será esa la razón de que la chica delgada esté tan nerviosa?

No es solo este Dairy Queen, sino este lugar, este pueblo, si es que es un pueblo. No está claro qué hace que un pueblo sea un pueblo ni en qué momento un pueblo pasa a ser una ciudad. A lo mejor este no lo es tampoco. Desprende un aire remoto, aislado. Oculto del mundo. Yo, si no pudiera marcharme de aquí, si no tuviera otro sitio al que ir, me pondría mohosa.

En el interior de la máquina, el hielo se está triturando y mezclando con zumo concentrado de limón y montones de azúcar líquido. No lleva lácteos, pero va a estar muy dulce, de eso no me cabe duda.

El granizado de limón fluye de la máquina y llena el segundo vaso. Cuando este se encuentra lleno, la máquina se detiene y la chica le pone su correspondiente tapa. A continuación, trae los dos hasta donde estoy yo de pie. Vista de cerca, su aspecto es aún peor. Es por los ojos.

—Gracias —digo al tiempo que cojo el granizado. No espero que me responda, de modo que me quedo estupefacta cuando veo que sí.

—Estoy preocupada —murmura, más para sí misma que para mí. Me giro para ver si las otras chicas la han oído. Pero no están prestando atención. Y Jake tampoco.

—¿Perdona?

Está mirando para el suelo y tiene las manos entrelazadas.

—No debería decirlo, ya sé que no. Sé lo que ocurre. Tengo miedo. Sé que no es bueno. Es malo.

—¿Te encuentras bien?

—No tiene por qué marcharse.

Siento que se me acelera el pulso. Jake ha ido a coger unas pajitas, me parece, y unas servilletas. Al fin y al cabo, no vamos a necesitar cuchara.

De pronto una de las chicas suelta una carcajada, esta vez más fuerte. La chica delgada que está frente a mí sigue mirando para el suelo. El pelo le tapa el rostro.

—¿Qué es lo que te da miedo?

—No es qué, sino por quién tengo miedo.

—¿Por quién tienes miedo?

Recoge los vasos.

—Por usted.

Y acto seguido, me entrega los granizados y luego vuelve a meterse en la cocina.

Jake está ajeno a todo, como de costumbre. Regresamos al coche y no comenta nada de las chicas del Dairy Queen. A veces no hace caso de nada y únicamente está centrado en sí mismo.

—¿Has visto a esa chica?

—¿A cuál?

—La que ha hecho los granizados.

—Había varias.

—No, solo una ha hecho los granizados. Muy delgada. Con melena.

—No sé —responde—. No sé. ¿No eran todas muy delgadas?

Tengo ganas de decir más cosas. Tengo ganas de hablar de esa chica, de su sarpullido, de su mirada triste. Tengo ganas de contarle a Jake lo que me ha dicho. Espero que tenga alguien con quien hablar. Quisiera entender por qué está tan asustada. No tiene sentido que tenga miedo por mí.

—¿Qué tal tu granizado? —me pregunta Jake—. ¿Está demasiado dulce?

—Está bien. No está demasiado dulce.

—Por eso no me gusta pedir esas cosas tan dulces, los granizados y los batidos, porque siempre resultan empalagosos. Debería haber pedido un Blizzard.

—Debe de ser genial poder tomarse un helado cuando a uno le apetezca.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Agito el vaso que tengo en la mano y subo y bajo la pajita. La fricción hace que rechine.

—También sabe amargo —digo—. Es un amargor falso, pero amargor, al fin y al cabo. Contrarresta el sabor dulce.

A Jake se le está derritiendo el suyo dentro del vaso. Dentro de poco se habrá convertido totalmente en líquido. Se ha bebido más o menos la mitad.

—Siempre se me olvida lo mucho que cuesta terminarse uno de estos. Me habría valido con uno pequeño. El mediano no tiene nada de mediano.

Me inclino hacia delante y subo la calefacción.

—¿Tienes frío? —pregunta Jake.

—Sí, un poco. Probablemente es por culpa del granizado.

—Además, está cayendo una buena nevada. ¿De quién habrá sido la idea de tomar un granizado?

Me mira y levanta las cejas.

—No sé en qué estaba pensando —dice—. En cuanto tomo cuatro sorbos, ya me hartó.

—Yo no digo nada —replico levantando las dos manos—. Ni una palabra. Los dos nos echamos a reír.

Probablemente sea esta la última vez que esté con Jake dentro de un coche. Parece una lástima cuando lo veo así, bromeando, casi feliz. Tal vez no debería dejarlo. Tal vez debería dejar de pensar en eso y limitarme a disfrutar de él. Disfrutar de lo nuestro. Disfrutar de llegar a conocer a una persona. ¿Por qué le estoy metiendo tanta presión a lo nuestro? A lo mejor termino enamorándome y perdiendo los miedos que tengo. Puede que mejore la cosa. Tal vez sea posible. Quizá sea así como funciona, con tiempo y esfuerzo. Pero si uno no puede decirle a la otra persona lo que está pensando, ¿qué quiere decir eso?

Yo creo que es una mala señal. ¿Y si en este momento él estuviera pensando lo mismo de mí? ¿Y si fuera él quien estuviera pensando en dejarlo, pero también estuviera divirtiéndose todavía, o todavía no se sintiera totalmente harto de mí y estuviera aguantando a ver qué pasaba? Si fuera eso lo que tiene en la cabeza, yo me sentiría molesta.

Debería acabar con esto. Es necesario.

Cada vez que oigo ese cliché de «no eres tú, soy yo», me cuesta trabajo no echarme a reír. Pero lo cierto es que en este caso se cumple. Jake es Jake. Es una buena persona. Es inteligente y guapo, a su manera. Si fuese tonto, o gilipollas, o cabrón, o feo, o lo que sea, sería culpa suya que yo quisiera dejarlo, más o menos. Pero no es ninguna de esas cosas. Es una persona. Es que creo que no hacemos buena pareja. Falta un ingrediente y, para ser sincera, ha faltado siempre.

Así que probablemente diré eso de «no eres tú, soy yo». El problema lo tengo yo. Te estoy poniendo en una situación injusta. Tú eres buena persona. Yo necesito resolver unas cuantas cosas. Tú tienes que seguir adelante. Lo hemos intentado y ya está. Nunca se sabe lo que va a pasar en el futuro.

—Ya has terminado, ¿no? —dice Jake.

Me percato de que he puesto el granizado en el sujetavasos. Se está derritiendo. He terminado. Fin.

—Tengo frío. Es interesante ver cómo se derriten las cosas y aun así tener frío.

—Hemos parado para nada. —Se vuelve hacia mí—. Lo siento.

—Por lo menos podré decir que he estado en un Dairy Queen perdido en el quinto pino y en medio de una nevada. Es algo que no volveré a hacer.

—Deberíamos tirar estos vasos. Se derretirán y el sujetavasos se pondrá pegajoso.

—Sí —contesto.

—Me parece que ya sé adónde podemos ir.

—¿Te refieres a tirarlos?

—Si continuamos viaje, un poco más adelante hay una carretera a la izquierda que lleva a un instituto. Allí podemos tirar los vasos.

¿Tan importante es deshacernos de estos vasos? ¿Por qué vamos a parar solo para eso?

—No estará muy lejos, ¿no? —digo—. No va a dejar de nevar. La verdad es que me gustaría llegar a casa.

—No está muy lejos, me parece que no. Es que no quiero tirarlos por la ventanilla. Así tendrás oportunidad de conocer un poco más esta zona.

No sé muy bien si está de broma al decir lo de «conocer», porque miro por la ventanilla y no veo más que una mezcla de oscuridad y nieve.

—Ya sabes lo que quiero decir —aclara.

Varios minutos después, llegamos al desvío. Jake lo toma. Si la carretera original me pareció secundaria, esta redefine el concepto de carretera secundaria. No es lo bastante ancha para que quepan dos coches. Y tiene muchísimos árboles, parece un bosque.

—Es por aquí —dice Jake—. Me acuerdo.

—Pero tú no viniste a este instituto, ¿verdad? Queda muy lejos de tu casa.

—Nunca fui alumno aquí. Pero ya he venido otras veces en coche.

La carretera es estrecha y serpentea continuamente. Solo veo lo que permiten ver los faros. Los árboles han dado paso al campo. La visibilidad continúa siendo casi nula. Apoyo el dorso de la mano en el cristal de la ventanilla. Está frío.

—¿Cuánto falta para llegar, exactamente?

—Creo que no mucho más. No me acuerdo.

Me gustaría saber por qué estamos haciendo esto. ¿Por qué no hemos dejado que los granizados se derritan sin más? Preferiría llegar a casa y tener que lavarme antes que adentrarme más en estos parajes. Nada tiene sentido. Quiero que esto se termine.

—Seguro que de día es un paisaje bonito —digo—. Apacible. —Estoy intentando ser positiva.

—Sí. De lo más apartado.

—¿Qué tal está la carretera?

—Horrible, resbaladiza; voy muy despacio. Todavía no la han limpiado de nieve. Ya no puede faltar mucho. Lo siento, pensé que quedaba más cerca.

Estoy empezando a ponerme nerviosa. No mucho. Un poco. Está siendo una noche muy larga. El viaje hasta aquí, el paseo por la granja, el conocer a los padres de Jake. Su madre. Lo que ha dicho su padre. Lo de su hermano. Y lo de pensar durante todo este tiempo en dejarlo. Todo. Y ahora este desvío.

—Mira —dice Jake—. Lo sabía. Ahí está. Lo sabía. ¿Lo ves? Es ahí.

Unos centenares de metros más adelante, a mano derecha, hay un edificio de gran tamaño. Aparte de eso, no distingo mucho más.

Por fin. Después de esto, puede que podamos marcharnos a casa.

Al final, Jake tenía razón; me alegro de ver este instituto. Es gigantesco. Aquí deben de acudir dos mil alumnos todos los días. Es uno de esos institutos rurales grandes y antiguos. Obviamente, no tengo ni idea de qué tamaño tendrá el alumnado, pero tiene que ser enorme. Y situado al final de una carretera tan larga y estrecha.

—No pensabas que fuera a ser así, ¿a que no? —dice Jake.

No sé muy bien qué era lo que esperaba. Esto, no.

—¿Qué hace un instituto aquí, en mitad de la nada?

—Habrà algún sitio donde tirar estos vasos. —Jake aminora la velocidad y avanza unos metros junto a la estructura.

—Ahí —digo yo—. Ahí mismo.

Delante de una hilera de ventanas hay un aparcabici con una única bicicleta estacionada y un cubo de basura de color verde.

—Exacto —confirma Jake—. Perfecto, ahora mismo vuelvo.

Coge los dos vasos con una sola mano pinzándolos con el índice y el pulgar. Abre la portezuela empujándola con la rodilla, se apea y vuelve a cerrar con un fuerte golpe. Se aleja corriendo.

Veó que pasa por delante del aparcabici en dirección al cubo de basura. Camina con los pies vueltos hacia dentro, cargado de hombros, agachando la cabeza. Si en este momento lo estuviera viendo por primera vez, diría que esa postura encorvada se debía al frío y la nieve. Pero es típica de él. Conozco sus andares, su actitud. Los reconozco. Jake camina dando zancadas sin delicadeza, largas y lentas. Si me lo pusieran a él y a otras personas en una cinta de correr y me enseñaran las piernas y los pies de todos, sería capaz de identificarlo para la policía basándome únicamente en su manera de andar.

Observo los limpiaparabrisas. Provocan un chirrido motorizado. Están demasiado pegados al cristal. Jake sujeta los vasos con una mano y con la otra sostiene la tapa del cubo de basura. Está mirando el interior del cubo. Venga, date prisa, tíralos ya.

Pero continúa ahí de pie. ¿Qué está haciendo?

De repente se vuelve hacia el coche, hacia mí. Se encoge de hombros. Vuelve a poner la tapa al cubo de basura y echa a andar hacia delante, en sentido contrario al coche. ¿Adónde irá? Al llegar a la esquina del edificio del instituto se detiene un instante, y a continuación gira a la derecha y se pierde vista. Todavía lleva los vasos en la mano.

¿Por qué no los ha tirado en el cubo?

Está oscuro. No hay farolas. Imagino que no las ha habido desde que nos metimos por esta carretera secundaria. No me había dado cuenta. La única luz que se ve es un resplandor amarillo que proviene del tejado del instituto. Ya mencionó Jake lo oscuro que está todo en el campo. Cuando estábamos en la granja no me percaté tanto. Aquí está oscurísimo.

¿Adónde habrá ido? Me inclino hacia la izquierda y apago los faros del coche. El solar que tenía frente a mí desaparece. Tan solo una única luz para todo el patio del instituto. Cuánta oscuridad, cuánto espacio. La nevada está arreciando de verdad.

Nunca he estado junto a ningún instituto por la noche y mucho menos junto a uno rural situado en mitad de la nada. ¿Quién vendrá a estudiar aquí? Seguro que los hijos de los granjeros. Deben de traerlos en autobús. Sin embargo, no se ven casas alrededor. Aquí no hay nada. Una carretera, árboles y campos interminables.

Recuerdo una ocasión en que tuve que volver a mi instituto a altas horas de la noche. A veces me quedaba durante la primera hora o así, después de las clases, para asistir a algún evento o alguna reunión. No había mucha diferencia respecto de las horas normales de clases. Pero en una ocasión volví después de cenar, cuando todo el mundo ya se había marchado y todo estaba a oscuras. No había profesores. Ni alumnos. Se me había olvidado una cosa, pero ahora no recuerdo el qué.

Me sorprendió encontrar la puerta principal abierta. Al principio llamé con los nudillos en la doble hoja, suponiendo que estaba echada la llave. Parecía extraño llamar a la puerta del instituto, pero probé de todas formas. Luego, agarré el picaporte y vi que estaba abierta. Entré. Dentro estaba todo desierto y silencioso, todo lo contrario de lo que era normalmente un instituto. Nunca me había visto allí sola.

Mi taquilla se encontraba en el otro extremo del instituto, de modo que tuve que recorrer aquellos pasillos vacíos. Llegué a mi aula de lengua. Iba a pasarla de largo, pero hice un alto ante la puerta. Todas las sillas puestas encima de los pupitres. Las papeleras estaban en el pasillo, allí cerca. Dentro

había un bedel limpiando. Yo sabía que no debía estar allí, pero de todos modos me quedé unos instantes y observé lo que hacía el bedel.

Llevaba gafas y tenía una cabellera desgredada. Estaba barriendo. Despacio, sin darse ninguna prisa. Nunca me había parado a pensar cómo era que nuestras aulas estaban siempre limpias. Todos los días llegábamos a clase, ocupábamos el aula, y al terminar nos íbamos a casa y lo dejábamos todo hecho un desastre. Al día siguiente, cuando llegábamos al aula la encontrábamos limpia. Y volvíamos a ensuciarla. Y al día siguiente había vuelto a desaparecer todo rastro de suciedad. Yo ni siquiera me percataba de ello. Ninguno se percataba. Solo me habría dado cuenta si no se hubiese limpiado.

El bedel estaba escuchando una cinta en un radiocasete. No era música, sino un relato, como un libro grabado en audio. Estaba puesto a todo volumen. Una sola voz. Un narrador. El bedel trabajaba de forma metódica. No me vio.

Esas chicas. Las del Dairy Queen. Seguro que son alumnas de este instituto. Pues lo tienen bastante lejos para venirse hasta aquí. Claro que el sitio en el que estaba el Dairy Queen debe de ser la población más cercana. Vuelvo a encender los faros del coche. ¿Dónde estará Jake? ¿Qué estará haciendo?

Abro mi portezuela. Está nevando con más intensidad, ya lo creo, lo bastante para que los copos caigan por dentro de la portezuela, se fundan y lo mojen todo. Saco medio cuerpo fuera y escruto la oscuridad.

—¿Jake? ¿Qué estás haciendo? Vamos.

Nadie contesta. Aguanto unos segundos más con la puerta abierta y la cara al viento, escuchando.

—¡Jake, vámonos!

Nada.

Cierro la portezuela. No tengo ni idea de dónde estoy. Creo que no sabría ubicar mi posición en un mapa. Y no podría. Lo más seguro es que este lugar no figure en ningún mapa. Y Jake me ha abandonado. Me he quedado sola. Totalmente sola. Dentro de este coche. No he visto pasar ni un solo vehículo, claro que tampoco he estado atenta. Pero está claro que por esta carretera no pasan coches de noche. No recuerdo cuándo fue la última vez que estuve dentro de un coche en un lugar desconocido. Toco el claxon una vez, dos. A la tercera ya lo hago con agresividad. Ya debería llevar varias horas metida en la cama.

Este sitio es la nada. No es nada. No es ni una ciudad ni un pueblo. Hay campos, árboles, nieve, viento, cielo, pero no es nada. ¿Qué pensarían esas chicas del Dairy Queen si nos vieran aquí? La del sarpullido en el brazo. Con los bultitos. Se extrañaría de que nos hayamos detenido aquí a estas horas de la noche, frente a su instituto. Esa chica me ha dado lástima. Pero ¿por qué me habrá dicho lo que me ha dicho? ¿Por qué estaba asustada? Quizá yo hubiera podido ayudarla. Quizá debiera haber hecho algo.

Supongo que el instituto no será un lugar agradable para ella. Lo más seguro es que se encuentre sola. Apuesto a que no le gusta estar aquí. Es una chica inteligente y capaz, pero por diversas razones prefiere dejar el instituto a llegar a algo. El instituto debería ser un lugar que le gustase, en el que se sintiera bien recibida. Pero apuesto a que no lo es. Es solo mi impresión. A lo mejor estoy haciendo elucubraciones.

Abro la guantera. Está llena. No contiene los habituales mapas y documentos, sino pañuelos de papel arrugados. ¿Estarán usados? ¿O únicamente arrugados? Hay muchísimos. Hay uno que tiene una mancha roja. ¿Será sangre? Hurgo un poco entre ellos. También hay un lápiz. Y un cuaderno. Debajo del cuaderno hay unas cuantas fotografías y un par de envoltorios de caramelos.

—¿Qué estás haciendo?

Está asomado al interior del coche, a punto de sentarse, con la cara colorada y con la cabeza y los hombros cubiertos de nieve.

—¡Jake! Por Dios, qué susto me has dado. —Cierro la guantera—. ¿Qué has estado haciendo para tardar tanto? ¿Dónde has estado?

—He ido a tirar los vasos.

—Venga —le digo—. Entra rápido. Vámonos.

Cierra la portezuela, luego se estira por encima de mí y abre la guantera. Mira dentro y vuelve a cerrarla. La nieve que lleva por encima está empezando a derretirse. Tiene el flequillo desgredado y pegado a la frente. Se le han empañado las gafas por efecto del calor que reina en el interior del coche. Está bastante guapo, sobre todo con las mejillas enrojecidas.

—¿Por qué no has tirado los vasos en ese cubo de basura? Estabas ahí mismo. Te he visto.

—No es un cubo de basura. ¿Qué estabas buscando en la guantera?

—Nada. No estaba buscando. Estaba esperándote a ti. ¿Qué quieres decir con que eso no es un cubo de basura?

—Está lleno de sal para la carretera. Para que no se forme hielo. Supuse que seguramente ahí atrás habría un contenedor —dice al tiempo que se quita

las gafas. Le lleva unos cuantos intentos encontrar debajo del chaquetón un trozo de camisa que le convenza para limpiar las gafas. Ya le he visto hacer eso más veces, limpiarse las gafas con la camisa.

—Y en efecto, ahí estaba el contenedor. Pero he tenido que alejarme un poco. Ahí detrás hay un campo enorme. Da la sensación de que no se acaba nunca. No se ve el final.

—No me gusta este sitio —digo—. No tenía ni idea de lo que estabas haciendo. Debes de estar congelado. ¿Cómo es que hay un instituto tan grande en mitad de la nada, sin casas alrededor? Para tener un instituto, es necesario que haya casas, con gente y con niños.

—Este instituto es antiguo. Lleva aquí toda la vida. Por eso está medio salvaje. Acuden a él todos los chicos de las granjas situadas en un radio de treinta kilómetros.

—Querrás decir que acudían.

—¿A qué te refieres?

—No sabemos si continúa abierto, ¿no? A lo mejor está cerrado y todavía no lo han derribado. Acabas de decir que está medio salvaje. No sé. Se nota muy vacío. Desierto.

—Puede que esté cerrado por las vacaciones de Navidad. Eso podría ser. ¿Ya han empezado de nuevo las clases?

—No lo sé. Lo único que digo es que esa es la sensación que me da.

—¿Y para qué iban a tener sal para la carretera en ese cubo, si el instituto no estuviera operativo?

Eso es cierto. No puedo explicarlo.

—Aquí dentro hay mucha humedad —dice Jake. Ahora se está secando la cara con un pico de la camisa y aún tiene las gafas sujetas en la mano—. Ahí detrás hay una camioneta. De modo que, tristemente, tu teoría de que este instituto está abandonado y desierto es una memez.

Jake es la única persona que conozco que emplea la palabra «tristemente» en una conversación como acaba de emplearla ahora. Y lo mismo con la palabra «memez».

—¿Dónde?

—Detrás del instituto. Donde he encontrado el contenedor. Hay una camioneta negra.

—¿En serio?

—Sí, una camioneta negra, vieja y oxidada.

—A lo mejor está abandonada. Si ya es un cacharro, un instituto antiguo y destartado, situado en medio de la nada, sería un lugar ideal donde dejarla

tirada. Puede que el mejor de todos.

Jake se vuelve y me mira. Está pensando. No es la primera vez que le veo poner esa expresión. El hecho de ver estos manierismos suyos que tanto conozco, que tanto me gustan y me atraen, resulta entrañable y reconfortante. Hace que me alegre de tenerle aquí.

Vuelve a ponerse las gafas.

—El tubo de escape estaba goteando.

—¿Y?

—Eso quiere decir que la ha usado alguien. Que se haya formado condensación en el tubo de escape significa que el motor ha estado funcionando hace poco. Que esa camioneta no ha estado ahí parada. Y también me ha parecido ver rodadas en la nieve, quizá. Pero el goteo del tubo de escape, seguro.

No sé muy bien qué decir. Estoy perdiendo el interés. Rápidamente.

—Bueno, ¿y qué quiere decir que haya una camioneta?

—Quiere decir que aquí dentro hay alguien —responde Jake—. Puede que un obrero. No sé, algo así. En este instituto hay alguien, nada más.

Espero un poco antes de hablar. Noto que Jake está tenso. No sé por qué.

—No, podría ser cualquier cosa. Podría ser...

—No —salta él—. Es eso. Aquí dentro hay alguien. Alguien que no estaría aquí si no fuera necesario. Si pudiera estar en otro sitio, en el que fuera, estaría en otro sitio.

—Vale. Es un decir. No sé. A lo mejor había un grupo de coches compartidos y uno de los vehículos se quedó aquí. O algo.

—Ese tipo está ahí solo, trabajando. Un bedel. Limpiando lo que han ensuciado todos esos chicos. Eso es lo que hace durante toda la noche, mientras todo el mundo duerme. Retretes atascados. Bolsas de basura. Restos de comida. Los adolescentes se mean en el suelo del cuarto de baño para divertirse. Piénsalo.

Aparto la mirada de Jake y contemplo el instituto por mi ventanilla. Debe de costar mucho trabajo mantener limpio este edificio tan grande. Después de que todos esos alumnos hayan pasado el día entero ahí dentro, estará todo patas arriba. Sobre todo, la cafetería y los baños. ¿Y depende de una sola persona limpiarlo todo? ¿En unas pocas horas?

—En fin, da igual, vámonos. Ya se ha hecho tardísimo. Tú mañana tienes que trabajar.

Y luego está mi cabeza. Está empezando a dolerme otra vez. Por primera vez desde que nos fuimos del Dairy Queen, Jake quita la llave del contacto y

se la guarda en el bolsillo. Se me había olvidado que el motor seguía estando al ralentí. A veces, uno no se percata de un ruido hasta que este se interrumpe.

—¿Qué prisa te ha entrado de repente? Ni siquiera son las doce de la noche.

—¿Qué?

—No es tan tarde. Y está nevando. Ya estamos aquí. Es un sitio agradable e íntimo. Vamos a esperar un poco.

No quiero iniciar una discusión. Ni en este momento, ni en este lugar. Ahora que ya he tomado una decisión respecto de Jake y de lo nuestro. Vuelvo otra vez la cabeza y miro por mi ventanilla. ¿Cómo he hecho para terminar en esta situación? Suelto una carcajada.

—¿Qué pasa? —pregunta Jake.

—Nada, es que...

—¿Qué?

—En serio, no es nada. Estaba acordándome de una cosa muy graciosa que ocurrió en el trabajo.

Jake me mira como si le costara creerse que esté diciendo una mentira tan obvia.

—¿Qué te han parecido la granja y mis padres?

¿Ahora me lo pregunta? ¿Después de todo este rato? Dudo un momento.

—Ha sido divertido ver dónde te criaste. Ya te lo he dicho.

—¿Pensabas que iba a ser así? ¿Era así como te lo habías imaginado?

—No sé lo que había imaginado. No he pasado mucho tiempo en el campo, ni tampoco en una granja. La verdad es que no tenía una idea de cómo iba a ser. Es más o menos lo que había imaginado, supongo, sí.

—¿Te ha sorprendido?

Cambio de postura para girarme hacia la izquierda, hacia Jake. Qué preguntas tan raras. Tan poco típicas de él. Pues claro que no ha sido como yo me lo había imaginado.

—¿Por qué piensas que puede haberme sorprendido? ¿Por qué?

—Tengo curiosidad por saber tu opinión. ¿Te ha parecido un lugar agradable en el que criarse?

—Tus padres han estado encantadores. Han sido muy amables al invitarme. Y me ha gustado que tu padre use un cordón para las gafas. Le da un aire tradicional. Nos invitó a que nos quedáramos a dormir.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Dijo que haría café.

—¿Te ha parecido que son felices?

—¿Tus padres?

—Sí, tengo curiosidad. Últimamente me pregunto qué tal estarán, si serán felices. Han pasado una temporada estresados. Me preocupan.

—A mí me han parecido contentos. Tu madre lo está pasando mal, pero tu padre la apoya mucho.

¿Que si me ha parecido que eran felices? No estoy segura. No me han parecido explícitamente infelices. Hubo esa discusión que oí a escondidas. La pequeña disputa después de cenar. Cuesta definir lo que es ser feliz. Sí que es verdad que había algo que no estaba bien del todo. A lo mejor tenía que ver con el hermano de Jake. No lo sé. Como él ha dicho, daban la sensación de estar estresados.

Una mano me toca la pierna.

—Me alegro de que hayas venido.

—Yo también —respondo.

—De verdad, significa mucho. Llevaba mucho tiempo deseando enseñarte ese lugar.

Se inclina y me da un beso en el cuello. No me lo esperaba. Siento que el cuerpo se me pone en tensión y que hace fuerza contra el asiento. Jake se acerca más, me atrae hacia él. Su mano sube por mi blusa, me toca el sujetador y vuelve a bajar. Se pasea por mi estómago al aire, mi costado, la parte inferior de mi espalda.

Su mano izquierda me acaricia la cara, la mejilla. Va hasta mi nuca, me remete el pelo por detrás de la oreja. Mi cabeza se reclina sobre el reposacabezas. Me besa el lóbulo de la oreja, la piel de detrás.

—Jake —digo.

Jake me quita el chaquetón y me levanta la blusa. Hacemos una pausa porque mi blusa se interpone. Jake me la saca por la cabeza de un tirón y la deja caer a mis pies. Su tacto es agradable. Sus manos. Su rostro. Yo no debería estar haciendo esto ahora que estoy pensando dejarlo. Pero en este momento me resulta agradable. Agradable de verdad.

Me está besando el hombro desnudo, el punto en el que se une al cuello.

A lo mejor es demasiado pronto para saberlo. Da igual. Dios. Solo quiero que continúe con lo que está haciendo. Tengo ganas de besarle.

—Steph —susurra.

Me detengo.

—¿Cómo?

Deja escapar un gemido y sigue besándome el cuello.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

¿Me ha llamado Steph? ¿Es posible? Echo la cabeza hacia atrás a la vez que él empieza a besarme en el escote. Cierro los ojos.

—¡Pero qué cojones! —exclama.

Se pone tenso, se repliega, y a continuación vuelve a echarse sobre mí para protegerme. Me recorre un escalofrío. Jake frota el cristal de la ventanilla para limpiarlo un poco del vaho que se ha condensado.

—¡Qué cojones! —repite más fuerte.

—¿Qué pasa? —Bajo la mano para recoger mi blusa del suelo—. ¿Qué ocurre?

—Mierda —dice él sin apartarse de mí—. Ya te he dicho que en este instituto hay alguien. Incorpórate. Rápido. Ponte la blusa. Date prisa.

—¿Qué pasa?

—No quiero asustarte. Tú incorpórate. Nos ha visto, estaba mirando.

—¿De qué estás hablando?

—No nos quitaba ojo.

Siento un nerviosismo, un agujero en el estómago.

—No encuentro la blusa. Tiene que estar por aquí, en el suelo.

—Cuando he levantado la vista, por encima de tu hombro, he visto a una persona. Un hombre.

—¿Un hombre?

—Un hombre. Estaba de pie en esa ventana de ahí, sin moverse ni nada, solo mirando fijamente al coche, a nosotros. Nos estaba viendo.

—Esto me está poniendo los pelos de punta, Jake. No me gusta nada. ¿Por qué nos estaba mirando?

—No lo sé, pero esto no es bueno.

Jake está alterado, irritado.

—¿Seguro que había alguien? Yo no veo a nadie.

Me giro en el asiento hacia el instituto. Procuro conservar la calma. No quiero alterar más a Jake. Veo las ventanas a las que se refiere. Pero no hay nadie. Nada. Si hubiera alguien ahí, podría habernos visto fácilmente.

—Estoy seguro. Lo he visto. Estaba... mirándonos. Disfrutando al vernos. Esto es asqueroso.

He encontrado la blusa y me la pongo por la cabeza. El coche se está quedando frío con el motor apagado. Necesito volver a ponerme el chaquetón.

—Relájate. Vámonos. Tal como dices, seguramente será un bedel aburrido. Lo más probable es que sea la primera vez que ve a alguien aquí a estas horas, nada más.

—¿Que me relaje? No, eso es una puta chorrada. Ese tipo no estaba preocupado. No le preocupaba si nos pasaba algo. Estaba aburrido. Nos estaba observando.

—¿Qué quieres decir?

—Que estaba regodeándose. Es un pirado.

Me tapo la cara con las manos y cierro los ojos.

—Jake, no me importa. Vámonos.

—A mí sí me importa. Ese tío es un puto pervertido. Estaba haciendo algo. Estoy seguro. Es un enfermo. Disfrutaba mirándonos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he visto. Lo conozco. Conozco a los tipos como él. Vergüenza debería darle. He captado un movimiento que ha hecho con la mano, como si saludase. Él lo sabe.

—Cálmate. No creo que estuviera haciendo nada. ¿Cómo vas a saberlo con seguridad?

—No puedo dejarlo pasar sin más. No puedo. Le estoy viendo.

—Jake, ¿podemos marcharnos ya, por favor? Escúchame, te lo estoy pidiendo por favor.

—Voy a leerle la cartilla. No puede hacer estas cosas.

—¿Qué? No. Olvídalo. Vámonos. Nos vamos.

Intento tocarlo, pero él me rechaza la mano de malos modos. Está furioso. Se le nota en los ojos. Le tiemblan las manos.

—No vamos a marcharnos hasta que hable con él. Esto no puede ser.

Jamás he visto así a Jake, ni parecido. Me aparta la mano con violencia. Necesito apaciguarlo.

—Jake. Vamos. Mírame un segundo. Jake.

—No vamos a marcharnos hasta que hable con él.

Con incredulidad, observo cómo abre la portezuela de su lado. ¿Qué está pasando? ¿Qué está haciendo? Alargo la mano y lo aferro del brazo.

—¡Jake, está nevando! Vuelve a entrar en el coche. Olvídalo. Jake. En serio, vámonos.

—Espera aquí.

No es una sugerencia, sino una orden. Sin volverse a mirarme, cierra de un portazo.

—Hay que ver. Hace falta ser idiota —digo dentro del coche, vacío y silencioso—. Por Dios.

Observo cómo camina a zancadas hacia la esquina del edificio, hasta que se pierde de vista. Dejo transcurrir casi un minuto sin moverme siquiera. Pero

¿qué es lo que ha pasado?

Me siento confusa. No lo entiendo. Creía conocer mejor a Jake, creía ser capaz de predecir sus cambios de humor y sus reacciones. Esto resulta totalmente impropio de él. Ese tono de voz, esa manera de hablar. Jake no suele decir palabrotas.

No tenía ni idea de que tenía mal genio.

He oído hablar de personas que se inflaman enseguida, que sufren accesos de cólera y cosas así. Jake acaba de tener uno de esos momentos. No ha habido nada que yo pudiera hacer o decir para que volviera a serenarse. Se ha ido solo, sin querer hacerme caso.

No entiendo por qué necesita hablar con ese tipo, o echarle una bronca, o lo que sea que pretende hacer. ¿Por qué no dejarlo correr, sin más? Ese tipo ha visto un coche delante del instituto y ha querido saber quién había dentro. Eso es todo. Yo también tendría curiosidad.

Supongo que no me había dado cuenta de que Jake era capaz de experimentar estos arrebatos emocionales. De hecho, es lo que yo quería, creo. Nunca ha dado muestras de algo así. Nunca ha dado muestras de hacer algo tan extremo. Por eso resulta tan raro. Debería haber ido con él. O, por lo menos, habérselo sugerido. De ese modo, a lo mejor se daba cuenta de la tontería que es irrumpir ahí dentro hecho un basilisco.

Encuentro mi chaquetón en el suelo del asiento de atrás y me lo pongo.

Podría haberme esforzado un poco más en calmarlo. Podría haber hecho un chiste o algo. Pero es que todo ha sucedido muy rápido. Observo el instituto, el muro tras el cual ha desaparecido Jake. Todavía sigue nevando. Y sopla viento. Con un tiempo así, ni siquiera deberíamos estar viajando en coche.

Puedo entender por qué se ha cabreado tanto. Me había quitado la blusa. Íbamos a tener relaciones sexuales. Podría haber sucedido. Jake se ha sentido vulnerable. La vulnerabilidad nos hace perder la capacidad de pensar con claridad. Pero la que estaba sin blusa era yo. Y yo solo quería irme. Que nos marcháramos. Eso es lo que deberíamos haber hecho.

Jake ha visto a ese tipo. Si yo hubiera levantado la vista y hubiera descubierto a un hombre mirándonos fijamente desde una ventana del instituto cuando estábamos así, en esa postura, con independencia de lo que él estuviera haciendo, también habría perdido los nervios. Sobre todo, si fuera un tipo con pinta rara. Sin la menor duda, me habría llevado un susto de muerte.

¿Quién será ese tipo?

¿Un trabajador del turno de noche? ¿Un bedel, como ha sugerido Jake? Esa es la única posibilidad que tiene sentido, pero parece un tanto anticuada, no sé por qué.

Menudo empleo, ser vigilante nocturno. Estar ahí dentro completamente solo, una noche tras otra. Y sobre todo en este instituto. Plantado en medio del campo, sin nadie alrededor. Claro que a lo mejor a él le gusta, disfruta de esa soledad. Puede limpiar al ritmo que se le antoje. Puede limitarse a hacer su trabajo sin que nadie le diga cómo ni cuándo, siempre que lo haga. Así es como hay que trabajar. A lo largo de todos estos años ha desarrollado una rutina y ya es capaz de llevarla a cabo sin pensar siquiera. Aunque hubiera gente a su alrededor, nadie repararía en su presencia.

Es un empleo que me parece estupendo. No lo de limpiar y barrer, sino lo de trabajar solo. Disfrutar de la soledad. Se ve obligado a permanecer despierto toda la noche, pero no tiene que habérselas con los alumnos, no tiene que presenciar lo descuidados, desordenados, torpes y sucios que son. Sin embargo, él lo sabe mejor que nadie porque tiene que hacerse cargo de los residuos. Nadie más hace eso.

Yo, si pudiera trabajar sola, creo que lo preferiría. Estoy casi segura. Nada de conversaciones superficiales, nada de planes que comentar. Nadie que venga a tu mesa a preguntarte cosas. Simplemente te limitas a hacer tu trabajo. Si pudiera trabajar principalmente en solitario, y todavía estuviera viviendo sola, las cosas serían más fáciles. Todo sería un poco más natural.

En cualquier caso, pasar aquí la noche entera a solas, sobre todo en un instituto tan enorme, es un empleo horrible. Vuelvo a observar el instituto: está oscuro y silencioso, como el interior del coche.

El único libro que me ha regalado Jake, y me lo regaló como una semana después de que nos conociéramos, se titula *El perdedor*. El autor es alemán, un tal Bernhard. Ya ha muerto y yo desconocía su libro hasta que Jake me lo regaló. Por dentro de la solapa, Jake escribió lo siguiente: «Otra historia triste».

El libro entero es un monólogo de un único párrafo. Jake subrayó una parte que decía: «Existir no significa nada más que desesperar [...] porque no existimos, sino que nos existen». Cuando lo leí, pasé mucho tiempo reflexionando sobre lo que quería decir aquello. Otra historia triste.

De pronto oigo un brusco golpetazo metálico a mi derecha, proveniente del instituto. Me ha sobresaltado. Me giro hacia el lugar de donde ha venido el ruido, pero la ventisca me impide ver nada. No distingo ningún

movimiento, ninguna luz, aparte del resplandor amarillo. Espero un segundo golpe, pero no llega.

¿Ha habido algún movimiento en la ventana? No sabría decir. Pero decididamente he oído algo. Estoy segura.

Hay nieve por todas partes. Cuesta trabajo distinguir la carretera por la que hemos venido. Habrá unos cincuenta metros, aproximadamente. Aquí dentro me estoy quedando helada. Instintivamente, pongo una mano delante de la rejilla de ventilación. Jake ha apagado el motor y se ha llevado las llaves. Lo ha hecho sin pensar.

Otro golpetazo metálico. Y después, otro. El corazón me da un vuelco y empieza a latir más deprisa y con más fuerza. Giro la cabeza y vuelvo a mirar por la ventanilla. No quiero mirar más. Esto no me gusta. Quiero marcharme. De verdad que quiero irme. Quiero que esto se acabe ya. ¿Dónde estará Jake? ¿Qué estará haciendo? ¿Cuánto tiempo hace que se ha ido? ¿Dónde estamos?

Soy una persona que pasa mucho tiempo sola. Valoro mucho mi soledad. Jake opina que paso sola demasiado tiempo. Y puede que tenga razón. Pero en este momento no me apetece estar sola, en este sitio. Tal como comentamos mientras íbamos en el coche, el contexto lo es todo.

Se oye un cuarto golpe. Es el más fuerte de todos. Decididamente, ha venido del interior del edificio. Esto es una estupidez. El que tiene que trabajar mañana es Jake, no yo. Yo puedo quedarme en la cama. ¿Por qué habré accedido a venir aquí? No debería haberlo acompañado. Debería haber terminado las cosas hace mucho. ¿Cómo he llegado a este punto? No debería haber accedido a venir a conocer a sus padres y la casa en la que vivió de pequeño. No ha sido justo. Pero es que tenía curiosidad. Debería estar en casa, leyendo o durmiendo. No era el momento adecuado. Debería estar en la cama. Sabía que lo mío con Jake no iba a durar. Lo sabía. Lo supe desde el principio. Y ahora estoy aquí, helándome dentro de este maldito coche. Abro la portezuela. Al momento entra más frío.

—¡JAAAKE!

Nada. ¿Cuánto tiempo habrá pasado? ¿Diez minutos? ¿Más? ¿No debería haber vuelto ya? Todo ha ocurrido muy deprisa. Estaba obsesionado con enfrentarse a ese tipo. No sé si eso quería decir hablar con él, o gritarle, o pelearse, o... Pero ¿para qué?

Es casi como si Jake estuviera alterado por otro motivo, algo que yo desconozco. Quizá debiera entrar a buscarlo. No puedo esperarle eternamente dentro del coche. Me dijo que me quedase aquí. Fue lo último que dijo.

Me da igual que esté furioso. No debería haberme dejado aquí sola. A oscuras. Con este frío. Pensando en dejarlo. Es absurdo. Estamos en medio de la puta nada. De verdad que esto es injusto, una mierda. ¿Cuánto tiempo se supone que tengo que esperar aquí sentada?

Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? No me quedan muchas opciones más. Tengo que quedarme. Desde aquí no puedo ir andando a ningún sitio. Y, en cualquier caso, hace demasiado frío y es de noche. No tengo forma de llamar a nadie, porque mi maldito teléfono está sin batería. Tengo que esperar. Pero no quiero quedarme aquí sentada, con este frío. Porque me congelaré todavía más. Tengo que encontrar a Jake.

Me vuelvo y paso la mano por el suelo del coche, detrás del asiento del conductor. Estoy intentando encontrar el gorro de lana de Jake. Vi que lo dejaba ahí cuando entramos en el coche. Ya lo siento al tacto. Me quedará un poco grande, pero voy a necesitarlo. Me lo pongo. No es demasiado grande. Me queda mejor de lo que pensaba.

Abro la puerta del coche, saco las piernas y me pongo de pie. Vuelvo a cerrar sin golpear la puerta.

Empiezo a avanzar despacio hacia el instituto. Estoy tiritando. Lo único que se oye son mis pisadas en la acera, aplastando la nieve. Hace una noche oscura. Muy oscura. Por aquí debe de ser siempre así. Veo el vaho de mi respiración, pero se evapora a mi alrededor. La nieve está cayendo en diagonal, empujada por el viento. Durante unos segundos, unos instantes, no sé muy bien cuántos, miro hacia el cielo y veo las estrellas. Es poco habitual que pueda ver tantas estrellas. Cabría suponer que la nevada hubiera traído nubes. Estrellas. Por todas partes.

Llego a la ventana del edificio y me asomo al interior. Me protejo los ojos con las manos. Hay unos estores que van desde el suelo hasta el techo. Por entre ellos no veo a nadie. Parece una biblioteca o un despacho. Hay estanterías con libros. Llamo con los nudillos en el frío cristal. Me vuelvo para mirar el coche. Estoy como a unos diez metros de él. Llamo de nuevo, esta vez más fuerte.

Veo el cubo de basura verde. Voy hasta él y levanto la tapa. Jake llevaba razón. Está lleno hasta la mitad de sal de color beis. Vuelvo a poner la tapa. Pero no encaja. Está mellada y retorcida. No puedo volver a meterme en ese coche. Tengo que buscar a Jake. Echo a andar hasta el costado del edificio por el que desapareció Jake. Todavía distingo sus pisadas, levemente.

Esperaba encontrarme con la estructura de un patio de recreo. Pero esto es un instituto, de modo que no tiene patio. Doblo la esquina siguiendo la

trayectoria de Jake. Mira que le supliqué que se quedase conmigo en el coche. No tenemos por qué estar en este sitio.

Frente a mí veo dos contenedores y, detrás de ellos, más oscuridad, terrenos. Deben de ser los contenedores en los que ha arrojado los vasos. ¿Dónde estará?

—¡Jake! —exclamo yendo hacia los contenedores. Estoy nerviosa, inquieta. No me gusta nada este sitio. No me gusta estar aquí sola—. ¿Qué estás haciendo? ¡Jake! ¡JAAAKE!

No oigo nada. El viento. A mi izquierda hay una cancha de baloncesto. Los aros están doblados y no tienen ni red ni cadenas. Más allá veo unas porterías de fútbol. Tampoco tienen red. A un lado y a otro del campo de juego hay unos postes de fútbol oxidados.

¿Para qué habremos parado aquí? ¿De verdad necesitaba una confirmación para dejarlo? Voy a estar soltera mucho tiempo, probablemente para siempre, y por mí encantada. Me siento contenta estando soltera. Sola, pero contenta. Estar solo no es tan malo. No pasa nada por sentirse solo. Puedo sobrellevar la soledad. No se puede tener todo. No puedo tenerlo todo.

Más adelante, nada más pasar los contenedores, veo una puerta. Jake debe de haber entrado en el edificio.

Aquí detrás el viento sopla más fuerte. Es como estar en un túnel de viento. Me veo obligada a sujetarme el chaquetón. Camino sin detenerme, con la cabeza agachada, en dirección a las ventanas que hay junto a la puerta.

Lo nuestro no iba a durar. Ya lo sabía yo. Jake estaba todo ilusionado con este viaje porque creía que nuestra relación estaba progresando. Si hubiera sabido lo que yo pensaba, no habría querido llevarme a casa de sus padres. Es muy poco habitual que los demás sepan todo lo que pensamos. Incluso las personas más allegadas o que parecen más allegadas. Puede que sea imposible. Puede que incluso dentro de los matrimonios más largos, más unidos y más felices el uno no sepa siempre lo que está pensando el otro. De ningún modo podemos meternos en la cabeza de otra persona. De ningún modo podemos conocer los pensamientos de otro. Y lo que cuenta son los pensamientos. El pensamiento es la realidad. Las acciones pueden ser fingidas.

Me aúpo hasta las ventanas y atisbo el interior. Un pasillo alargado. No veo dónde termina. Está oscuro. Golpeo el cristal con los nudillos. Me entran ganas de gritar, pero sé que no va a servir para nada.

De repente, algo se mueve en un extremo del pasillo. ¿Será Jake? Me parece que no. Jake estaba en lo cierto. Alguien. Aquí dentro hay alguien.

Me agacho y me aparto de la ventana. Tengo el corazón a punto de explotar. Vuelvo a asomarme. No oigo nada. ¡Hay alguien! Es un hombre.

Una figura muy alta. Lleva algo colgando del brazo. Está mirando hacia acá. No se mueve. No creo que pueda verme desde tan lejos. ¿Por qué no se mueve? ¿Qué estará haciendo? Está ahí, de pie sin más. Inmóvil.

Lo que sujeta en la mano es una escoba o una fregona. Quiero mirar, pero de pronto siento demasiado miedo. Retiro la cabeza y la escondo junto a la pared de ladrillo. No quiero que me vea. Cierro los ojos y me tapo la boca con la mano. No debería estar aquí. En absoluto. Estoy respirando por la nariz, inhalo aire y lo expulso con fuerza, con ansiedad.

Me siento igual que si estuviera debajo del agua, con un peso encima, impotente. Noto el pulso desbocado. A lo mejor ese hombre puede ayudarme. A lo mejor debería preguntarle dónde está Jake. Espero veinte segundos o así y a continuación, muy despacio, saco otra vez la cabeza para echar otra ojeada.

El hombre sigue tal cual, en el mismo sitio. De pie, mirando hacia aquí. Mirándome a mí. Me entran ganas de chillar. «¿Qué has hecho con Jake?» Pero ¿para qué voy a hacer eso? ¿Cómo sé si le ha hecho algo a Jake? Tengo que quedarme callada y no hacer ruido. Estoy demasiado asustada. Es una figura alta y delgada. No lo veo con suficiente claridad. El pasillo es muy largo. Parece viejo, como encorvado. Lleva un pantalón de color azul oscuro, creo. Y también una camisa oscura. Parece ropa de trabajo.

¿Qué es lo que lleva en las manos? ¿Unos guantes amarillos? ¿Unos guantes de goma? El amarillo le sube hasta la mitad de los antebrazos. Y tiene algo en la cabeza. No le veo la cara. Es una mascarilla. No debería mirar. Debería permanecer agachada, escondida. Debería estar buscando un modo de salir de esto. Estoy sudando. Lo noto en el cuello y en la espalda.

El hombre agarra la fregona. Puede ser que ahora la esté pasando por el suelo. Fuerzo la vista. Está moviéndose. Es casi como si estuviera bailando con la fregona.

De nuevo me pego a la pared para que no me vea. Cuando vuelvo a asomarme, el hombre ha desaparecido. ¡No, ahí está! Está en el suelo. Tumbado en el suelo bocabajo. Con los brazos a los costados. Tumbado, nada más. La cabeza podría estar moviéndose, de un lado al otro. Y también un poco arriba y abajo, quizá. Esto no me gusta. ¿Está reptando? Sí. Está reptando, deslizándose por el pasillo en dirección a su derecha.

Esto no pinta nada bien. Tengo que encontrar a Jake. Tenemos que largarnos de aquí. Tenemos que irnos ahora mismo. Aquí pasa algo muy raro.

Echo a correr hacia la puerta lateral. Tengo que entrar.

Tiro del picaporte. Está abierto. Entro. El suelo está embaldosado. El pasillo tiene una iluminación muy tenue y se extiende frente a mí, interminable.

—¿Jake?

Aquí dentro huele a algo muy característico, a productos de limpieza antisépticos, químicos. Eso no va a ser nada bueno para mi dolor de cabeza. Ya se me había olvidado el dolor de cabeza, pero acabo de acordarme. Un dolor sordo. Lo sigo notando.

—¿Hola?

Avanzo unos pasos. La puerta se cierra detrás de mí con un fuerte chasquido.

—¡JAKE!

A mi izquierda hay una vitrina de madera y cristal. Trofeos, placas y banderitas. Más allá, a la derecha, debe de estar la oficina principal. Me acerco hasta las ventanas y miro el interior. Se ve todo viejo, los muebles, las sillas y la moqueta. Hay varias mesas de escritorio.

El resto del pasillo está lleno de taquillas. Oscuras, pintadas de azul. Conforme voy avanzando por el pasillo veo puertas entre las taquillas. Todas están cerradas. Las luces están apagadas. Al final de este pasillo, empieza otro.

Voy hasta una de las puertas y pruebo a abrirla. Está cerrada con llave. Hay una única ventana, vertical y rectangular. Me asomo por ella. Pupitres y sillas. Un aula típica. Las luces del techo del pasillo están atenuadas. Tal vez para ahorrar energía. En este pasillo no brillan mucho.

Mis zapatos mojados rechinan contra el suelo a cada paso que doy. Resultaría difícil andar sin hacer ruido. Al final del pasillo hay unas puertas de doble hoja, abiertas. Voy hasta ellas, me asomo y miro a derecha e izquierda.

—¿Jake? ¡Hola! ¿Hay alguien aquí? ¡Hola!

Nada.

Paso y giro hacia la izquierda. Más taquillas. Excepto por el dibujo del suelo, que es de un diseño y un color diferentes, este pasillo es idéntico al otro. En el siguiente pasillo veo una puerta abierta. Es de madera y sin ventanilla. Pero está abierta de par en par. Voy hasta ella y traspaso apenas el umbral. Llamo con los nudillos en la hoja.

—¿Hola?

Lo primero que veo es un cubo de color plateado que contiene una agua grisácea. Esta sala tiene algo que me resulta familiar. Antes de entrar en ella, ya sabía cómo iba a ser. El cubo es de los que llevan cuatro ruedas. Y no hay fregona. Pienso de nuevo en llamar a Jake, pero me reprimo.

Esta habitación, que parece más bien un armario grande, está prácticamente desierta, lóbrega. Me adentro un par de pasos y veo que en la pared del fondo hay un calendario pegado con cinta adhesiva. En medio del suelo de hormigón hay un desagüe. Está mojado.

Al fondo y a la izquierda, contra la pared, hay una mesa de madera. No veo ninguna silla. Al lado hay un armario. Muy sencillo, un armario alto. Parece un ataúd colocado en vertical.

Camino con cuidado, esquivo el desagüe y me dirijo al fondo. Hay imágenes en la pared. Fotos. Una taza de café sucia en la mesa. Un juego de cubiertos cromados. Un plato. Un microondas de color blanco encima de una mesa de escritorio. Me acerco para mirar las fotos. En una de ellas, pegada con cinta a la pared, se ve a un hombre y a una mujer. Una pareja. O puede que sean hermanos, porque se parecen. El hombre es mayor. Y alto, mucho más alto que la mujer. Ella tiene el pelo liso y de color gris. Ambos están con cara larga, ninguno de los dos sonríe. Ninguno de los dos parece estar ni alegre ni triste. Se los ve rígidos, inexpresivos. Es una foto un poco extraña para ponerla en una pared. ¿Serán los padres de alguien?

En varias de las otras fotos aparece un hombre. No parece darse cuenta de que le están haciendo una foto, o si se da cuenta, se le nota reacio. No se le ve la parte superior de la cabeza, la han recortado de la foto. En una aparece él sentado ante un escritorio, que podría ser este. Está apartándose y cubriéndose la cara con la mano izquierda. La calidad de las instantáneas no es muy buena. Todas están llenas de manchas. Borrosas. Debe de ser él, el hombre que ha visto Jake, el que he visto yo en el pasillo.

Me acerco un poco más para examinar de cerca ese rostro. Tiene los ojos tristes. Me resultan familiares. Tienen algo.

Los latidos de mi corazón ya son perceptibles, han vuelto a acelerarse. Lo noto. ¿Qué estaría haciendo este tipo antes de que llegáramos nosotros? No ha tenido forma de saber que nosotros, ni nadie, íbamos a venir. Yo no le conozco.

En medio del escritorio, junto a unos cuantos papeles, hay un trozo de tela, un trapo, todo arrugado. No había reparado en él. Lo cojo. Está limpio y muy suave, como si lo hubieran lavado cientos, miles de veces.

Pero no. No es en absoluto un trapo. Cuando lo desarrugo, veo que se trata de una camiseta pequeña, una camiseta de niño. De color azul claro y con lunares. Una de las mangas tiene un desgarró. Le doy la vuelta. En el centro de la espalda hay una diminuta mancha de pintura. La suelto. Conozco esta camiseta. Los lunares, la manchita de pintura. La reconozco. Yo tenía una igual.

Esta camiseta era mía. No puede serlo, pero lo es. De cuando yo era pequeña. Estoy segura. ¿Cómo habrá venido a parar aquí? Al otro lado del escritorio hay una videocámara pequeña. Está conectada a la parte de atrás de un televisor mediante dos cables.

—¿Hola? —llamo.

Cojo la cámara. Es antigua, pero bastante ligera. Observo el televisor y aprieto el botón de encendido. Sale ruido de estática. Tengo ganas de marcharme. Esto no me gusta. Quiero irme a casa.

—¡Eh! —chillo—. ¡Jake!

Con cuidado, vuelvo a dejar la cámara en la mesa. Pruebo el botón de reproducir. La pantalla parpadea. Ya no sale ruido de estática. Me inclino hacia el televisor. La imagen muestra una habitación. Una pared. Se oye algo. Busco el mando del volumen y lo subo, bien alto. Es como un tarareo o algo así. Y una respiración. ¿Es una respiración? La habitación es esta. En la que me encuentro yo. Reconozco la pared, las fotos y el escritorio. A continuación, la imagen baja hacia el suelo.

La imagen empieza a moverse, sale por la puerta y se desplaza por el pasillo. Oigo las pisadas de la persona que está grabando, son pisadas de unas botas de caucho sobre el embaldosado del suelo. Unas pisadas metódicas, lentas.

La cámara entra en una estancia grande que parece ser la biblioteca del instituto. Se mueve con decisión, en línea recta, atravesando filas de mesas comunes, libros amontonados, libros en estanterías. Al fondo hay ventanas. La cámara va derecha hasta ellas. Tienen grandes estores horizontales, desde el suelo hasta el techo. La cámara se detiene, se queda muy quieta y continúa grabando.

Una mano o algo, justo fuera de la imagen, se acerca a uno de los estores situados ligeramente a la izquierda. Se agitan. Luego, la cámara asciende y se asoma por una ventana. Fuera hay una camioneta. Es la vieja camioneta de color negro que hemos visto atrás.

El objetivo se acerca a la camioneta. La imagen se amplía, tiembla un poco. Con este plano más corto, la calidad no es muy buena. Dentro de la

camioneta hay alguien. En el asiento del conductor. Casi parece Jake. ¿Es Jake? No, no puede ser. Pero lo cierto es que se parece...

De improviso se corta bruscamente la imagen y vuelve un intenso ruido de estática. Me sobresalta y me hace dar un respingo.

Tengo que largarme de aquí. Ya.

Retrocedo a toda prisa hacia la puerta por la que he entrado. No sé quién es el hombre que está dentro de este edificio, ni qué es lo que está pasando aquí, ni dónde está Jake, pero necesito pedir ayuda. No puedo quedarme en este lugar. Volveré hasta el pueblo corriendo, me da igual tardar toda la noche. Me da igual morirme medio congelada. Necesito hablar con alguien. A lo mejor, cuando llegue a la carretera principal, puedo hacer señales a alguien. Por alguna parte tienen que pasar coches.

Llevo necesitando ayuda desde que llegué aquí.

Giro primero a la izquierda y luego a la derecha. Camino deprisa. O eso intento. No puedo ir tan rápido como quisiera, es como si estuviera andando por el barro. El pasillo está desierto. No hay ni rastro de Jake.

Miro mi alrededor. Oscuridad. Nada. Sé que no estoy sola, que no puedo estarlo, pero así es como me siento. Este instituto, animado y concurrido durante el día. Cada taquilla representa una persona, una vida, un joven que tiene inquietudes, amigos y ambiciones. Pero en este momento eso no significa nada, nada en absoluto.

El instituto es el lugar al que todos tenemos que ir. Contiene potencial. Representa el futuro. Anhelar algo, progresar, crecer, madurar. Se supone que es un lugar seguro; sin embargo, se ha transformado en todo lo contrario. Parece una cárcel.

La puerta está al final del pasillo. Puedo regresar al coche y abrigar la esperanza de que Jake vuelva o intentar llegar a pie hasta la carretera principal. A lo mejor Jake ya ha vuelto al coche y está esperándome. Sea como sea, dentro del coche podré reorganizarme, pensar algo.

Dejo atrás la oficina principal y veo un destello luminoso que procede de la puerta. ¿Y eso? ¿Es una cadena? Imposible. Esa es la puerta por la que acabo de entrar. No hay duda. Una cadena metálica en la puerta. Y un candado.

Alguien ha puesto la cadena y ha cerrado con llave. Desde dentro.

Me vuelvo y observo el pasillo. Si dejo de moverme, no se oye nada. Aquí dentro no se oye nada. Esta es la misma puerta por la que he entrado. Estaba abierta. Ahora está cerrada con llave. Tiene que haber sido él. No entiendo lo que está ocurriendo.

—¿Quién está ahí? ¿Quién hay? ¡Eh! ¡Jake! ¡Por favor!

Silencio. No me siento bien. Esto no pinta bien.

Apoyo la frente contra el cristal de la puerta. Está frío. Cierro los ojos. Lo único que deseo es salir de aquí, volver a mi apartamento y acostarme en mi cama. No debería haberme ido de viaje con Jake.

Miro por la ventana. La camioneta negra sigue estando en su sitio. ¿Dónde estará Jake?

—¡Jake!

Echo a correr por el pasillo, haciendo rechinar los zapatos, en dirección a las ventanas de la fachada principal del instituto. ¡No! No puede ser. El coche no está. El coche de Jake ha desaparecido. No lo entiendo. Jake no sería capaz de dejarme aquí tirada.

Doy media vuelta y de nuevo echo a correr por el mismo pasillo, paso por delante de las taquillas y llego a la puerta por la que he entrado, la que ahora tiene la cadena puesta.

—¿Quién hay ahí? ¡Eh! ¿Qué es lo que quiere?

Ya lo veo. Hay un papel metido en uno de los eslabones de la cadena. Un papel pequeño y doblado. Lo cojo y lo desdoblo. Me están temblando las manos. Contiene una única frase escrita torpemente:

Cada año se cometen en Estados Unidos más de un millón de crímenes violentos. Pero ¿qué sucede en este instituto?

Suelto el papel y me aparto de él. De repente, me invade una oleada de miedo intenso y de pánico. Ese hombre le ha hecho algo a Jake. Y ahora viene a por mí. Es necesario que escape de este lugar. Tengo que dejar de dar voces. Necesito esconderme. No debo gritar ni hacer ruido. Ese tipo descubrirá que estoy aquí mismo, sabrá dónde estoy. ¿Me estará viendo en este momento?

Necesito buscar otro sitio al que ir. No puedo quedarme en este pasillo tan a la vista. Un aula, un pupitre bajo el que esconderme.

De repente, oigo algo. Pasos. Lentos. Unas botas de caucho que rozan el suelo. El ruido proviene del otro pasillo. Tengo que esconderme. Ya.

Huyendo de las pisadas, tiro por el pasillo. Atravieso una puerta de doble hoja que conduce a una amplia estancia, al fondo de la cual hay varias máquinas expendedoras iluminadas y una serie de largas mesas, una cafetería. En la parte delantera de esta sala hay un escenario. Al fondo se ve una única puerta. Paso entre las mesas a todo correr y cruzo la puerta.

Da a una escalera. Tengo que seguir corriendo, alejarme lo más posible. La única alternativa que tengo es subir. Tengo que subir sin hacer ruido, pero

hay eco. No sé con seguridad si ese hombre me estará siguiendo. Hago un alto en mitad de la subida y me paro a escuchar. No oigo nada.

En esta escalera no hay ventanas. Huele a lo mismo que antes, a producto químico. Aquí, el olor es incluso más intenso. Me duele la cabeza.

Cuando llego al rellano, estoy sudando todavía más. Ya sudo a chorros. Me desabrocho el chaquetón. A mi derecha hay una puerta, o también puedo seguir subiendo hasta el tercer piso. Pruebo la puerta. No está cerrada con llave, así que entro. La puerta se cierra tras de mí.

Otro pasillo de taquillas y aulas. A mi izquierda, en línea recta, hay una fuente. No me había dado cuenta de la sed que tengo. Me inclino y bebo un sorbo. Me echo un poco de agua en la cara y otro por más por la nuca. Estoy sin aliento. El pasillo de este piso se parece mucho al del piso de abajo. Estos pasillos, este instituto, todo ello es un enorme laberinto. Una trampa.

De pronto, por el sistema de megafonía empieza a sonar música.

No muy fuerte. Es una antigua pieza de música *country*. La conozco. Se titula *Hey, Good Looking*. Es la misma que estaba sonando por la radio del coche cuando Jake y yo íbamos de camino a la granja. La misma.

En un lado del pasillo hay un banco alargado. Me arrodillo y me meto detrás de él de costado, medio tumbada y medio acucillada. Estoy bastante oculta a la vista. El suelo está duro. Veo si alguien entra por la puerta. Estoy vigilando la puerta. La canción termina de sonar hasta el final. Hay un intervalo de uno o dos segundos y después vuelve a empezar otra vez por el principio. Intento taparme los oídos, pero continúo oyéndola, la misma canción. Hago un esfuerzo, pero ya no puedo aguantar más. Me echo a llorar.

Antes de lo de ahora, antes de esto, antes de esta noche, cuando alguien me preguntaba qué era lo más pavoroso que me había sucedido nunca, contaba siempre la misma historia. Contaba lo de la señorita Veal. A la mayoría de las personas a las que se lo cuento no les parece una historia pavorosa. Cuando llego al final, tienen cara de aburrimiento, casi de decepción. Yo les digo que mi historia no es como una película. Que no es sobrecogedora, ni intensa, ni de las que hielan la sangre en las venas, ni gráfica, ni violenta. No hay sustos. Para mí, esas cosas no suelen dar miedo. Lo que me da miedo es lo que desorienta, lo que trastoca aquello que uno daba por sentado, lo que altera y distorsiona la realidad.

Puede que el incidente de la señorita Veal no dé miedo a otras personas porque le falta tensión dramática. Es simplemente una cosa de la vida. Pero para mí, por eso fue pavoroso. Y lo sigue siendo.

Yo no quería irme a vivir con la señorita Veal.

Cuando conocí a la señorita Veal estaba en la cocina. Yo tenía siete años. Llevaba ya años oyendo pronunciar su nombre. Sabía que llamaba mucho a mi madre. Llamaba a mi madre para contarle todas las cosas malas que le habían sucedido. Mi madre siempre la escuchaba. No era que mi madre no tuviera problemas propios. Además, esas llamadas duraban varias horas seguidas.

A veces, cuando llamaba, contestaba yo, y nada más oír su voz me asaltaba una sensación de inquietud. A veces intentaba escuchar la conversación mientras mi madre atendía la llamada por otro teléfono, pero pasados unos segundos me decía: «Vale. Estoy aquí, ya puedes colgar».

La señorita Veal llevaba una escayola en la mano derecha. Recuerdo que mi madre decía que a la señorita Veal siempre le ocurría algo, siempre llevaba una rodillera o un vendaje de compresión en la muñeca. Su rostro era tal como yo había imaginado su voz por el teléfono: afilado y viejo. Tenía el cabello rizado y de color castaño rojizo.

Se encontraba en nuestra casa porque había venido a recoger la grasa del beicon. Mi madre guardaba la grasa del beicon en el congelador, dentro de un tarro. La señorita Veal hacía el pudín de Yorkshire con grasa de beicon, pero el beicon nunca lo cocinaba ella. Así que de vez en cuando mi madre se reunía con ella o iba a su casa para llevarle la grasa.

En esta ocasión, mi madre invitó a la señorita Veal a nuestra casa. Yo no había ido al colegio porque echaba de menos mi hogar y estaba en la cocina. Mi madre hizo té; la señorita Veal había traído sus perennes galletas. Tuvo lugar el intercambio de la grasa y, a continuación, las dos mujeres se sentaron a tomarse un té y a charlar.

La señorita Veal nunca me saludaba a mí, ni me miraba siquiera. Yo todavía estaba en pijama. Tenía fiebre. Estaba comiéndome una tostada. No me apetecía sentarme al lado de aquella mujer. De improviso, mi madre salió de la cocina. No recuerdo para qué, a lo mejor para ir al cuarto de baño. Yo me quedé a solas con ella, con aquella mujer, la señorita Veal. No me atrevía a moverme. La señorita Veal dejó de hacer lo que estaba haciendo y me miró.

—¿Eres buena o mala persona? —me preguntó. Jugeteaba con un mechón de pelo enroscándoselo en el dedo—. Si te rindes, eres mala persona.

Yo no sabía de qué me estaba hablando ni tampoco sabía qué responder. Ningún adulto, sobre todo uno que yo no conociera, me había hablado jamás de aquel modo.

—Si eres buena persona, puedes coger una galleta. Si eres mala persona, puede que tengas que venirte a vivir conmigo, en vez de vivir aquí, en esta

casa, con tus padres.

Aquello me dejó de piedra. No pude responder a la pregunta.

—No debes dejarte dominar por la timidez. Tienes que superarla.

Su voz era igualita que por teléfono: silbante, aguda e inexpresiva. No transmitía nada amistoso ni delicado. Me miró con cara de pocos amigos.

Yo, en el mejor de los casos, apenas me atrevía a hablar con un desconocido. Los desconocidos no me caían bien y con frecuencia experimentaba un sentimiento de humillación cuando tenía que explicarles algo o hablar siquiera del tema más trivial. Me resultaba difícil conocer gente. Me costaba mucho trabajo establecer contacto visual. Finalmente, dejé la tostada en el plato y levanté la vista sin mirarla a ella.

—Buena —dije pasados unos instantes. Yo sentí que me sonrojaba. No entendía por qué me había preguntado aquello y me daba miedo. Cuando sentía miedo o nerviosismo, me sonrojaba. ¿Cómo sabe uno si es buena o mala persona? No quise la galleta.

—¿Y qué soy yo? ¿Y qué te ha contado de mí tu madre? ¿Qué es lo que dice de mí?

Sonreía de un modo que yo no había visto nunca. Era una sonrisa que se le extendía por la cara como si fuese una herida. Tenía los dedos brillantes y grasientos por haber agarrado el tarro de grasa.

Cuando mi madre volvió a entrar en la cocina, la señorita Veal empezó a trasladar más grasa del tarro de mi madre al suyo. No reveló el menor indicio de que hubiera estado hablando conmigo.

Aquella noche, mi madre sufrió una intoxicación alimentaria. Pasó toda la noche en vela, vomitando y llorando. Yo no podía dormir y lo oí todo. Había sido ella. Habían sido las galletas de la señorita Veal las que pusieron enferma a mi madre. Lo sé. Más tarde, mi madre dijo que había sido un problema estomacal casual, pero yo sé la verdad.

Mi madre y yo habíamos comido lo mismo para cenar y a mí no me pasó nada. Y no era una gripe. Al día siguiente mi madre ya se encontraba bien. Un poco deshidratada, pero normal otra vez. Fue una intoxicación. Había comido una galleta. En cambio, yo no.

No podemos saber y no sabemos lo que piensan los demás. No podemos saber y no sabemos los motivos que tiene la gente para hacer lo que hace. Nunca. Jamás del todo. Ese fue el aterrador descubrimiento de mi juventud. Que en realidad nunca conocemos a nadie. Yo, no. Y vosotros, tampoco.

Resulta increíble que sea posible forjar relaciones duraderas con la limitación que supone el no llegar a conocer del todo a la otra persona. El no

saber con seguridad qué está pensando. El no saber con seguridad quién es. No podemos hacer lo que nos apetezca. Hay unas reglas según las cuales debemos actuar. Hay cosas que tenemos que decir.

En cambio, podemos pensar lo que queramos.

Cualquiera puede pensar lo que sea. Los pensamientos constituyen la única realidad. Es cierto. Ahora lo sé con certeza. Los pensamientos nunca son fingimientos o engaños. Esta sencilla revelación no se me ha olvidado nunca. Lleva años y años causándome preocupación. Y todavía hoy me preocupa.

—¿Eres buena o mala persona?

Lo que más me asusta ahora es que no conozco la respuesta.

Me he quedado detrás del banco aproximadamente una hora. Puede que haya pasado mucho más tiempo. No estoy segura. ¿Cuánto es una hora? ¿Y un minuto? ¿Y un año? Ya tenía la cadera y la rodilla entumecidas a causa de la postura que había adoptado. He tenido que contorsionarme de manera poco natural. He perdido la noción del tiempo. Por supuesto, cuando uno está solo pierde la noción del tiempo. El tiempo siempre pasa.

Esa canción, la de *Hey, Good Looking*, no ha dejado de sonar en todo este rato, una y otra vez. Veinte, o treinta, o cien veces. Y es posible que también a mayor volumen. Una hora es lo mismo que dos horas. Una hora es una eternidad. Es difícil de saber. Justo ahora acaba de detenerse. Se ha interrumpido en mitad de un verso. Odio esa canción. Odio haber tenido que escucharla. No me apetecía escucharla. Pero ahora ya me sé toda la letra de memoria. Al interrumpirse, me ha sorprendido. Me ha espabilado. Estaba tumbada usando a modo de almohada el gorro de Jake.

He llegado a la conclusión de que tengo que seguir moviéndome. No me conviene estar aquí tumbada, escondida detrás de este banco. Soy un objetivo. Aquí resulto demasiado visible. Eso es lo primero que me diría Jake si estuviera aquí conmigo. Pero no está. Tengo la rodilla dolorida de verdad. Todavía me duele la cabeza y también me da vueltas. Ya casi se me había olvidado el dolor, pero sigo con él. Jake también me diría que dejase de pensar en el dolor.

Uno nunca piensa que va a encontrarse en una situación como esta. Vigilado, observado, cautivo, solo. Son cosas que uno oye contar. Que uno lee por ahí de tanto en tanto. Uno se pone enfermo ante la posibilidad de que alguien sea capaz de infligir un terror así a otro ser humano. ¿Qué le pasa a la gente? ¿Por qué hace estas cosas la gente? ¿Por qué la gente termina viéndose en situaciones como esta? La posibilidad de la maldad nos sorprende. Pero

como nosotros no somos el objetivo, no pasa nada. Se nos olvida. Seguimos con lo nuestro. No nos está ocurriendo a nosotros, le está ocurriendo a otra persona.

Pero ahora, no. Me incorporo procurando no hacer caso de mi miedo. Echo a andar por el pasillo muy despacio, sin hacer ruido, alejándome del banco y de la escalera por la que he subido. Pruebo unas cuantas puertas. Todo está cerrado con llave. No hay forma de salir de este lugar. Estos pasillos son sombríos. En las paredes no hay nada, ningún indicio de que existan alumnos. He recorrido estos mismos pasillos muchísimas veces. Se repiten, vuelven sobre sí mismos como los dibujos de Escher. Visto de esta forma, resulta casi grotesco que algunas personas pasen tanto tiempo aquí.

Todos los cubos de basura con los que me he encontrado estaban vacíos y limpios. Con bolsas recién puestas. Sin basura acumulada. Busco dentro de ellos pensando que tal vez contengan algo que pueda serme de utilidad, algo que pueda servirme, algo que me ayude a seguir adelante, a escapar. Pero están todos vacíos. Solo contienen una bolsa negra y vacía.

He llegado hasta lo que debe de ser el ala de ciencias. ¿No he pasado antes por aquí? Me asomo por las puertas. Laboratorios.

En este pasillo las puertas son distintas. Más recias y pintadas de azul, un azul cielo. Al final del pasillo hay una pancarta de gran tamaño, pintada a mano. Es un anuncio del baile formal de invierno. Un baile del instituto. Todos los alumnos se juntarán aquí. Serán muchos. Es la primera señal de vida estudiantil que veo.

«Pasa la noche entera bailando. Entradas a 10 dólares. ¿A qué estás esperando?», dice la pancarta.

Me ha parecido oír unas botas de caucho. No puedo moverme. No debo moverme. El miedo me tiene incapacitada. Petrificada. Tengo ganas de volverme, gritar y echar a correr, pero no puedo. ¿Y si fuera Jake? ¿Y si todavía estuviera aquí dentro, encerrado como yo? Si estuviera aquí, eso querría decir que no estoy sola, que me encuentro a salvo.

A la escalera sí que puedo volver. Está nada más cruzar el pasillo. Puedo subir a la tercera planta. A lo mejor allí está Jake. Cierro los ojos con fuerza. Y también cierro los puños. El corazón me retumba en el pecho. Oigo otra vez las botas. Es él. Me está buscando.

Expulso el aire de golpe. Siento náuseas. Llevo demasiado tiempo aquí.

Noto una opresión en el pecho. Voy a vomitar. No soy capaz de esto.

Salgo disparada en dirección a la escalera. No me ha visto. Me parece que no. No sé dónde está. En la planta superior, en la inferior, encima de mí,

debajo, en alguna otra parte. Tengo la sensación de que podría estar escondido, esperando, oculto en mi sombra. No lo sé.

Simplemente, no lo sé.

Un aula de dibujo en la planta de arriba. Una puerta que no está cerrada con llave. Podría ser cualquier cosa. No estoy segura de haberme sentido alguna vez tan aliviada como cuando se abrió la puerta de esta sala. Entro y la cierro, muy despacio, pero no echo el pestillo. Escucho. No oigo nada. Podría esconderme aquí dentro, por lo menos durante un rato. Lo primero que hago es probar el teléfono que hay en la pared, pero en cuanto marco más de tres dígitos empieza a emitir pitidos. Pruebo a marcar el primer dígito de la policía e incluso el número entero, pero no sirve de nada. No funciona.

En la cabecera del aula está la mesa del profesor, limpia y recogida. Abro el primer cajón. A lo mejor hay algo dentro que pueda serme de utilidad. Revuelvo rápidamente en todos los cajones y encuentro un cúter de plástico. Pero le han quitado la cuchilla. Lo arrojo al suelo.

De repente oigo algo en el pasillo. Me agacho detrás de la mesa y cierro los ojos. Más tiempo. Hay botes de pintura y pinceles y otros materiales colocados a lo largo de la pared del fondo y las laterales. Las pizarras están limpias.

Me pregunto cuánto tiempo podré permanecer aquí dentro. ¿Cuánto tiempo puede aguantar una persona sin lo esencial, sin comida ni agua? Permanecer escondida así es demasiado pasivo. Necesito estar activa.

Examino las ventanas. La de abajo se abre, pero solo lo justo para que entre un poco de aire. Si ahí fuera hubiera una cornisa o algo parecido, a lo mejor me planteaba la posibilidad de saltar. A lo mejor. Abro la ventana los cinco centímetros enteros. El aire frío me resulta agradable en la mano. Dejo la mano ahí, sintiendo la brisa. Luego, me agacho e inhalo todo el aire fresco que puedo, por poco que sea.

Antes me encantaba la clase de dibujo. Lo que pasaba es que no se me daba bien. Deseaba desesperadamente que se me diera bien. No quería ser competente y sacar buenas notas tan solo en matemáticas. El dibujo era otra cosa.

Para mí, la época del instituto fue muy extraña. Para algunas personas es un momento culminante. Yo hacía los deberes y sacaba buenas notas. Eso no representaba ningún problema. Pero lo de socializar. Las fiestas. Los esfuerzos por encajar. Eso no me resultó fácil, ni siquiera entonces. Al final de la jornada, lo único que quería era irme a mi casa.

Yo resultaba una persona anodina en las cosas que tienen importancia cuando se está en el instituto. La peor forma de caer en la nada, durante años. Era indetectable, invisible.

La edad adulta. La tardía madurez. Ese es mi caso. O ese se suponía que iba a ser. Era cuando se suponía que todo mejoraría. Todo el mundo decía que me iría mejor. Que empezaría a triunfar.

He tenido mucho cuidado. He sido muy consciente. Ahora siento menos confusión. No he cometido ninguna temeridad. Me entiendo mejor. Conozco el ilimitado potencial que tengo. Hay mucho potencial. Y ahora, esto. ¿Cómo he llegado hasta aquí? No es justo.

Y Jake. Lo nuestro no iba a funcionar. No es sostenible, pero eso ya no viene al caso. Sin mí va a estar perfectamente, ¿no? Está empezando a triunfar. Va a hacer algo importante, seguro. No necesita esto. No me necesita a mí. Y tampoco necesita esto su familia. No son personas de mi estilo, pero eso no importa. Han sufrido mucho. Seguro que yo no estoy enterada ni de la mitad. Seguro que piensan que a estas alturas ya hemos vuelto a casa. Seguro que están profundamente dormidos.

Esto no es el final. No tiene por qué serlo. Necesito encontrar a Jake. Y después podré retroceder, empezar de nuevo, probar otra vez. Empezar por el principio. Y Jake, también.

Da gusto descansar un poco, al lado de la ventana, sentir el aire en la piel. De repente siento un gran cansancio. A lo mejor debería tumbarme. Dormir. Tal vez incluso soñar.

No. No puedo. Nada de dormir. No quiero más pesadillas. No.

Tengo que moverme. Todavía no estoy libre. Dejo la ventana abierta y voy hacia la puerta.

De pronto mi pie derecho tropieza con algo. Es un bote de plástico. Un bote de pintura, tirado en el suelo. Lo recojo. Está medio vacío. Me he manchado las manos de pintura. Hay pintura por fuera del bote.

Es pintura húmeda. Reciente. Se nota por el olor. Dejo el bote encima de un pupitre.

Ha estado aquí. Hace poco. ¡Ha estado aquí!

Tengo las manos rojas. Me las limpio en el pantalón.

Veo más pintura en el suelo. La empujo con el pie. Hay algo escrito con letras pequeñas:

Sé lo que ibas a hacer.

Un mensaje. Para mí. Quería que entrase aquí y lo viese. Por eso estaba la puerta abierta. Él me ha conducido hasta aquí.

No sé qué significa esto.

Espera. Sí que lo sé. Sí, lo sé.

Vio a Jake besándome el cuello. Nos vio a los dos dentro del coche. Estaba en la ventana, observando. ¿Será eso? Sabía que nos disponíamos a hacerlo dentro del coche. ¿Y no quería que lo hiciéramos? ¿Es eso?

Más adelante hay otra frase escrita en el suelo.

Ya solo estamos tú y yo. Solo queda una pregunta.

Me invade el terror. Un terror total. Nadie sabe cómo es. No puede saberlo. No se sabe hasta que uno está así de solo. Como estoy yo. Yo nunca lo he sabido, hasta ahora.

¿Cómo se ha enterado? ¿Cómo sabe la pregunta? No puede saber lo que yo he estado pensando. No puede. Nadie puede saber de verdad lo que está pensando otra persona.

Esto no puede ser real. Mi dolor de cabeza va a peor. Me llevo una mano temblorosa a la frente. Estoy muy cansada. No me siento bien. Pero no puedo quedarme aquí. Tengo que seguir moviéndome. Tengo que esconderme, escapar. ¿Cómo hace él para saber en todo momento dónde estoy y adónde voy? Volverá.

Lo sé.

Ojalá esto fuera más sobrenatural. Una historia de fantasmas, por ejemplo. Algo surrealista. Algo surgido de mi imaginación, por muy repugnante que fuera. Sería mucho menos terrorífico. Si fuera más difícil de percibir o de aceptar, si hubiera más espacio para la duda, yo tendría menos miedo. Pero esto es demasiado real. Es muy real. Un tipo peligroso con intenciones malvadas e irreversibles en un instituto grande y desierto. Es culpa mía. De ningún modo debería haber venido a este sitio.

No es una pesadilla. Ojalá lo fuese. Ojalá pudiera simplemente despertarme. Daría cualquier cosa por estar en mi antigua cama, mi antigua habitación. Estoy sola y alguien quiere hacerme daño o darme caza. Y ya le ha hecho algo a Jake, estoy segura.

No quiero pensar más en esto. Si consigo encontrar la forma de llegar al gimnasio, puede que allí haya una puerta de emergencia o alguna otra manera de salir. Eso es lo que he decidido. Necesito volver a la carretera, aunque haga

demasiado frío. Es posible que no aguante mucho. Pero también es posible que no aguante mucho aquí dentro.

Mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad. Uno se acostumbra a la oscuridad al cabo de un rato. Pero al silencio, no. El sabor metálico que siento en la boca es cada vez más fuerte. Está en la saliva o más profundo. No lo sé. Aquí dentro mi sudor es distinto. Todo está fuera de lugar.

He estado mordiéndome las uñas. Comiéndolas. No me siento bien.

Además, he empezado a perder cabello. ¿Será por el estrés? Me llevo una mano a la cabeza y cuando la retiro tengo varios pelos entre los dedos. Me paso una mano por el pelo y veo que se me han caído varios más. No a puñados, pero casi. Debe de ser una especie de reacción. Un efecto físico colateral.

No hagas ruido. Conserva la calma. En este pasillo, los ladrillos están pintados. El techo está construido con esos paneles rectangulares que se pueden quitar. ¿Podría esconderme allá arriba? Si fuera capaz de subir hasta ahí.

Sigo moviéndome. Despacio. Siento cómo me baja el sudor por la columna vertebral. El gimnasio se encuentra al final del pasillo. Tiene que estar allí. Me acuerdo. No me digas. ¿Cómo es posible que me acuerde de eso? Distingo la puerta de doble hoja y tiradores metálicos. Ese es mi objetivo. Llegar hasta ahí. Llegar rápidamente, sin hacer ruido.

Camino con la mano izquierda, los dedos, apoyada en la pared de ladrillos. Un paso detrás de otro. Con cuidado, con precaución, suavemente. Si yo puedo oírlo, podrá oírlo él. Si yo puedo, él puede. Si yo, entonces él también. Si. Entonces. Yo. Él.

Llego a la puerta doble. Me asomo por los cristales, altos y estrechos. Es el gimnasio. Agarro el tirador. Conozco esta puerta. Cuando se abre y se cierra hace el mismo ruido que las espuelas de un vaquero. Un chirrido metálico fuerte, frío.

Empujo y abro lo justo para poder entrar.

Del techo cuelgan las sogas para escalar. En el rincón hay varios balones de baloncesto, de color anaranjado, en un soporte de metal. Hay un olor fuerte. A producto químico. Me lloran los ojos. Más lágrimas.

Lo oigo. Procede del vestuario de chicos. Aquí dentro me cuesta más trabajo respirar.

El vestuario. Aquí no hay tanta oscuridad como en el gimnasio. Hay dos luces encendidas en el techo. Ahora me doy cuenta: el ruido lo produce el agua. Hay un grifo abierto a todo trapo. Todavía no lo veo, pero lo sé.

Debería lavarme las manos para quitarme la pintura. A lo mejor bebo un sorbo. Para sentir esa agua fresca y reconfortante en la boca y bajándome por la garganta. Vuelvo las manos y me miro las palmas. Están llenas de churretones rojos. Y me tiemblan. La uña del dedo pulgar ha desaparecido.

Ahí delante, a mi izquierda, hay una abertura. De ahí procede el ruido del agua. Tropiezo con algo. Lo recojo. Es un zapato. Un zapato de Jake. Me entran ganas de gritar, de llamar a Jake a gritos. Pero no puedo. Me tapo la boca con la mano. Tengo que guardar silencio.

Miro el suelo y veo el otro zapato de Jake. Lo recojo. Continúo caminando en dirección a la abertura. Me asomo por la esquina. Nadie. Me agacho y miro debajo de las duchas. No veo piernas. Llevo un zapato en cada mano. Doy otro paso más.

Ahora veo la hilera de grifos. No hay ninguno abierto. Paso a las duchas.

Uno de los grifos cromados está abierto a tope. Solo uno. Hay montañas de vapor. Debe de ser agua caliente, muy caliente.

—Jake —susurro.

Necesito pensar, pero aquí dentro hace mucho calor y mucha humedad. No hay más que vapor a mi alrededor. Necesito averiguar la manera de salir de aquí. No vale la pena intentar averiguar por qué ese tipo está haciendo esto ni quién es. Eso no importa. Todo eso no importa.

Si consigo salir de este instituto, puedo huir en dirección a la carretera. Si consigo llegar a la carretera, echaré a correr. No pienso parar. Me arderán los pulmones y me flojearán las piernas, pero no me detendré. Lo prometo. No me detendré. Correré hasta donde pueda y todo lo rápido que pueda. Escaparé de aquí y llegaré a otro sitio, al que sea. Donde las cosas sean distintas. Donde la vida sea posible. Donde no sea todo tan viejo.

O quizá pueda aguantar aquí dentro, a solas. Quizá más tiempo del que creo. A lo mejor encuentro sitios nuevos en los que esconderme, para confundirme con las paredes. A lo mejor podría quedarme aquí a vivir, en un rincón. Debajo de un pupitre. En los vestuarios.

Ahí hay alguien. Al final de las duchas. El suelo está resbaladizo. Las baldosas están húmedas, mojadas por el vapor. Siento la urgencia de ponerme debajo del chorro de agua caliente. De quedarme ahí, sin más. Pero no lo hago.

Es la ropa de él. Junto a la última ducha. La cojo. Un pantalón y una camisa, todo mojado y hecho una bola. Es la ropa de Jake. ¡Estas prendas son de Jake! Las dejo otra vez. ¿Por qué está su ropa aquí dentro? ¿Y dónde está él?

Una salida de emergencia. Necesito una. Ya.

Al salir del vestuario vuelvo a oír la música. La misma canción. Desde el principio. En los vestuarios, en las aulas, en los pasillos. Hay altavoces por todas partes, pero no los veo. ¿Se acaba alguna vez? Creo que sí, pero ya no lo sé con seguridad. Es posible que durante todo este tiempo haya estado sonando esa misma canción.

Ya sé que la gente habla de lo contrario de la verdad y de lo contrario del amor. ¿Qué es lo contrario del miedo? ¿Y lo contrario del nerviosismo, del pánico y del arrepentimiento? Nunca sabré por qué hemos venido a este lugar, cómo he hecho para terminar en este encierro, en esta soledad. Esto no estaba previsto que sucediera. ¿Por qué yo?

Me siento en el duro suelo. No hay salida. No hay forma de salir de este gimnasio. Nunca la ha habido. Quiero pensar cosas agradables, pero no puedo. Me tapo los oídos. Estoy llorando. No hay salida.

Llevo una eternidad andando y arrastrándome por este instituto.

Me parece que existe la percepción de que el miedo, el terror y el pánico son pasajeros. Que golpean con fuerza y con rapidez, pero que no duran. Pero no es verdad. No disminuyen a no ser que sean reemplazados por otro sentimiento. El miedo profundo permanece y se expande si puede. No es posible rebasarlo, superarlo ni dominarlo. Si se deja sin tratar, lo único que hace es enconarse. El miedo es un sarpullido.

Me veo en mi habitación, en la silla azul que hay junto a la estantería de libros. La lámpara está encendida. Intento pensar en eso, en la luz suave que emite. Quiero que esa imagen persista en mi mente. Estoy pensando en mis antiguos zapatos, los azules que me pongo únicamente en casa, como zapatillas. Necesito concentrarme en algo que no sea este instituto, esta oscuridad, este silencio tan incapacitante y tan opresivo, y esa canción.

Mi habitación. Cuánto tiempo he pasado en esa habitación y todavía existe. Sigue existiendo, aunque no exista yo. Es real. Mi habitación es real.

Simplemente tengo que pensar en ella. Concentrarme en ella. Y será real.

En mi habitación, tengo libros. Me sirven de consuelo. Tengo una vieja tetera de color marrón. Con una mella en la boquilla. La compré hace mucho tiempo en un mercadillo, por un dólar. Veo esa tetera descansando en mi mesa, rodeada por los bolígrafos, los cuadernos y las estanterías repletas.

Mi silla azul favorita lleva la marca del peso de mi cuerpo. Mi forma. Me he sentado en ella cientos de veces, miles. Está moldeada según mi cuerpo, exclusivamente el mío. Ahora puedo viajar hasta ella y sentarme en el silencio

de mi mente, como antes. Tengo una vela. Tengo una, solo una; no la he encendido nunca. Ni una sola vez. Es de un color rojo vivo, casi carmesí. Tiene forma de elefante, la mecha blanca le sale del lomo.

Fue un regalo que me hicieron mis padres cuando me gradué en el instituto con la nota más alta de mi clase.

Siempre he pensado que un día encendería esa vela. Pero no la he encendido nunca. Cuanto más tiempo pasaba, más difícil me resultaba encenderla. Cada vez que pensaba que había llegado una ocasión especial para gastarla, tenía la sensación de que me estaba acomodando. De modo que decidía esperar a que llegara otra ocasión mejor. Y ahí sigue, sin encender, en lo alto de una estantería de libros. Nunca ha habido una ocasión lo bastante especial. ¿Cómo es posible?

—Llevaba más de treinta años trabajando en el instituto. Sin que hubiera incidentes anteriores. En su expediente no hay nada.

—¿Nada? Eso también es extraño. Más de treinta años en un mismo puesto de trabajo. En un mismo instituto.

—Vivía en una casa antigua. Creo que originalmente fue la granja de sus padres. Ambos fallecieron hace mucho tiempo, eso me han dicho. Todas las personas con las que hablo me dicen que era bastante amable. Simplemente, no sabía hablar con la gente. No sabía relacionarse. O quizá es que no lo intentaba. Creo que no le interesaba socializar. Muchos de los descansos del trabajo los pasaba dentro de su camioneta. Simplemente se sentaba dentro de ella. La tenía aparcada detrás del instituto. Ese era su rato de ocio.

—¿Y qué le pasaba en el oído?

—Llevaba unos implantes cocleares. Había perdido bastante oído. Sufría alergia a determinados alimentos, y también a la leche y a los productos lácteos. Tenía una constitución delicada. No le gustaba bajar al cuarto de calderas que hay en el sótano del instituto. Si tenía que hacer algo allí abajo, siempre pedía un favor a alguien.

—Qué raro.

—Y luego están todos esos cuadernos, diarios y libros. Siempre estaba con algún libro. Recuerdo que una vez lo vi en uno de los laboratorios de ciencias, después de que hubieran acabado las clases. Estaba allí de pie, con la mirada perdida. Lo estuve observando un rato y entré. No se percató de mi presencia. No estaba limpiando, como debería. No tenía razón alguna para estar allí dentro, así que, con mucha delicadeza, le pregunté qué estaba haciendo. Tardó unos instantes en responder, luego se volvió, se llevó un dedo a la boca con mucha calma y me mandó callar. No me lo podía creer.

—Qué raro.

—Y antes de que yo pudiera replicar nada, me dijo: «No quiero oír ni el reloj de la pared». Acto seguido, pasó por mi lado y salió. Se me había olvidado esa anécdota, hasta que sucedió todo esto.

—Si era tan inteligente, cabe preguntarse por qué se pasó tanto tiempo empujando una fregona. ¿Por qué no se dedicó a otra cosa?

—En la mayoría de los puestos de trabajo hay que interactuar con los compañeros. Uno no puede limitarse a sentarse en su camioneta.

—Así y todo, ¿por qué quiso trabajar de bedel de instituto? Eso es lo que no entiendo. Si quería estar solo, ¿por qué trabajaba en un lugar en el que estaba rodeado de gente? ¿No sería una manera de torturarse a sí mismo?

—Sí, ahora que lo pienso, imagino que sí.

Apoyándome en manos y rodillas, voy gateando por lo que me parece que es el aula de música. Me gotea sangre de la nariz y va cayendo al suelo. No estoy en el aula, sino en un pasillo estrecho que hay por fuera. Hay unas ventanas que dan al aula. Tengo la cabeza como un bombo, creo que me va a estallar. Hay muchas sillas de color rojo y atriles de color negro. No hay orden.

No consigo quitarme de la cabeza a los padres de Jake. El abrazo que me dio su madre. No quería soltarme. Al final tenía una carita que daba pena. Estaba preocupada, asustada. Pero no por ella misma, sino por nosotros. A lo mejor ya lo sabía. Me parece que lo ha sabido todo el tiempo.

Tengo un millón de pensamientos dentro de la cabeza. Desorientación, confusión. Jake me ha preguntado qué opino de sus padres. Ahora ya sé lo que opino. No es que no fueran felices, sino que estaban pegados. Pegados el uno al otro, pegados a ese lugar. Se notaba un poso de resentimiento del uno hacia el otro. Al estar yo allí, durante ese rato se comportaron bien. Pero no pudieron ocultar la verdad del todo. Algo los tenía alterados.

Estoy pensando en la infancia. Recuerdos. No puedo evitarlo. Esos momentos de la infancia que no he rememorado en muchos años o incluso nunca. No puedo concentrarme. No consigo recordar con claridad a las personas. Me vienen a la cabeza todas a la vez.

—Simplemente estamos hablando —dijo Jake.

—Estamos comunicándonos —repliqué yo—. Estamos pensando.

Cuando estaba descansando y me rasqué la parte de atrás de la cabeza con la mano, noté una calva del tamaño de una moneda. Se me ha caído más pelo. El pelo no está vivo. Todas esas células visibles ya han muerto. Cuando nosotros lo tocamos, lo cortamos y lo peinamos está muerto, sin vida. Lo vemos, lo tocamos, lo lavamos y lo cuidamos, pero está muerto. Todavía tengo las manos manchadas de rojo.

Ahora es el corazón. Me enfada. Ese constante retumbar. Estamos diseñados para no darnos cuenta de él, así que ¿por qué lo noto ahora? ¿Por qué me hace enfadar el hecho de sentirlo latir? Porque no me queda más remedio. Cuando uno es consciente del latido de su corazón, desea que cese

de latir. Uno necesita descansar un poco de ese ritmo constante, tomarse un respiro. Todos necesitamos un respiro.

Las cosas más importantes se pasan por alto todo el tiempo. Hasta que ocurre algo como esto. Entonces se vuelven imposibles de ignorar. ¿Qué nos enseña eso?

Esas limitaciones y necesidades nos irritan. Los límites y la fragilidad del ser humano. Resulta imposible estar únicamente solo. Todo es a la vez etéreo y burdo. Hay mucho de lo que depender y mucho que temer. Muchos requisitos.

¿Qué es un día? ¿Y una noche? Hay cierta elegancia en obrar correctamente, en tomar una decisión humana. Siempre podemos elegir. Todos los días. Todos nosotros. Porque, durante toda nuestra vida, siempre podemos elegir. Todas las personas que vamos conociendo en la vida tienen la misma decisión que ponderar, una y otra vez. Podemos intentar ignorarla, pero existe una única pregunta para todos nosotros.

Pensamos que el final de este pasillo lleva de nuevo a uno de los pasillos anchos llenos de taquillas. Ya hemos estado aquí. No hay ningún otro sitio al que ir. Es el mismo viejo instituto. El mismo de siempre.

No podemos volver a la planta de arriba. No podemos. Estamos cansados. Lo hemos intentado de verdad. Hemos hecho todo lo que hemos podido. ¿Durante cuánto tiempo podemos sufrir?

Nos sentamos aquí. Aquí mismo. Ya hemos estado aquí sentados.

Estamos incómodos, naturalmente. Como tiene que ser. Yo lo sabía. Lo sé. Ya lo dije:

Ahora voy a decir algo que va a molestarte: sé cómo eres físicamente. Sé cómo son tus pies, tus manos y tu piel. Sé cómo es tu cabeza, tu cabello y tu corazón. No deberías morderte las uñas.

Ya sé que no debería haberlo dicho. Lo sé. Lo sentimos mucho.

Ahora nos acordamos. El cuadro. Todavía lo llevamos dentro del bolsillo. El cuadro que nos dio la madre de Jake. El retrato de Jake que iba a ser una sorpresa. Lo pondremos en la pared, junto a las demás fotografías. Lo sacamos del bolsillo y lo desdoblamos lentamente. No queremos verlo, pero es necesario. Se tardó mucho tiempo en pintarlo, horas, días, años, minutos, segundos. El rostro que hay aquí nos está mirando. Ahí estamos todos nosotros. Distorsionados. Borrosos. Fragmentados. Explícitos e inconfundibles. Tengo pintura en las manos.

[illegible]

Página 141

Hemos regresado al cuarto del bedel. Era inevitable. Ahora lo entendemos. Es lo que ya sabíamos que iba a pasar. No había otra alternativa. Después de todo, es lo único que hay.

Hemos pasado por las aulas de pretecnología y de automoción. Hemos dejado atrás una puerta que decía «Estudio de danza». Había otra que decía «Asamblea de estudiantes». Hemos visto el departamento de teatro. No hemos probado ninguna de esas puertas. ¿Para qué? Llevamos años pasando por delante de ellas y por estos pasillos. Después de todo este tiempo, ya conocemos hasta el polvo. Nos da igual que no estén limpios.

El cuarto del bedel es el nuestro. Es donde debemos estar. Al final, no podemos negar lo que somos, lo que hemos sido ni dónde hemos estado. No importa quiénes queramos ser cuando no hay forma de llegar a eso.

Hemos pasado junto a la puerta que conduce al sótano.

Esto es lo que somos. Uñas. Puñados de cabello. Manos manchadas de sangre.

Hemos visto las fotos. El hombre. Comprendemos. En efecto. Ojalá no fuera verdad.

La persona que trabaja aquí, el bedel, no está dentro. Nos damos cuenta al mirar su rostro en la foto. Ya no está aquí. Ya se ha ido.

Somos nosotros los que estamos aquí ahora. Con Jake. Únicamente nosotros. Nosotros y nadie más.

En el coche. Nosotros no vimos al hombre que estaba en el instituto. El bedel. Tan solo lo vio Jake. Quería que entrásemos en el instituto y fuésemos tras él, que lo buscásemos. Quería estar con nosotros aquí dentro, sin forma de escapar.

Los zapatos de Jake. En el vestuario. Se los quitó él. Se los quitó él mismo y los dejó en el gimnasio. Y se puso las botas de caucho. Ha sido él todo este tiempo. Ha sido Jake. Ese hombre. Porque es Jake. Somos Jake. Ya no podemos aguantar más. Llegan las lágrimas. Otra vez las lágrimas.

Su hermano. Esa historia de que el que tenía problemas era su hermano. Pensamos que es inventada. Por eso estaba tan contento su padre de que hubiéramos ido a verlos, de que hubiéramos sido bondadosos con Jake. El que

tenía problemas era él. Jake. No su hermano. No existe ningún hermano. Debería haberlo habido, pero no lo había. ¿Y los padres de Jake? Murieron hace mucho tiempo, igual que el pelo que vemos, el pelo que nos crece en la cabeza, el pelo que se va cayendo. Ya está muerto. Muerto hace mucho.

Jake me dijo en cierta ocasión: «A veces un pensamiento está más cerca de la verdad, de la realidad, que una acción. Se puede decir cualquier cosa, se puede hacer cualquier cosa, pero no se puede fingir un pensamiento».

A Jake ya no se le puede ayudar. Lo ha intentado. Pero la ayuda no llegó nunca.

Jake sabía que íbamos a ponerle fin. No sé cómo, pero lo sabía. Nosotros no se lo dijimos. Únicamente lo pensamos. En cambio, él lo sabía. No quería estar solo. No podía afrontarlo.

Otra vez empieza a sonar la música, desde el principio. Esta vez a mayor volumen. Da igual. El pequeño armario que hay junto al escritorio está vacío. Empujamos a un lado todas las perchas vacías y nos metemos dentro. Cuesta trabajo respirar. Aquí dentro se estará mejor. Nos quedaremos aquí dentro y esperaremos. La música se interrumpe. No se oye nada. Silencio total. Aquí es donde vamos a quedarnos hasta que llegue el momento.

Es Jake. Ha sido Jake. Estamos aquí dentro juntos. Todos nosotros.

Los movimientos, las acciones, pueden confundir o falsear la verdad. Las acciones son, por definición, una representación, un fingimiento. Son abstracciones. Las acciones son creaciones.

Alegorías, metáforas complejas. No comprendemos o reconocemos lo que es significativo y válido meramente por la experiencia. Aceptamos, rechazamos y discernimos mediante ejemplos.

Aquella noche, hace mucho tiempo, en que nos conocimos en aquel bar. Aquella noche estaba sonando esta canción. Él estaba escuchando cómo los miembros de su equipo charlaban y discutían las preguntas, pero no estaba hablando. Aún formaba parte de ello. Estaba atento. Estaba pensando. Y puede que hasta estuviera divirtiéndose. Bebía cerveza a sorbos pequeños. De vez en cuando se olfateaba el dorso de la mano, con gesto distraído, era uno de los tics que desarrollaba cuando se concentraba en algo, cuando estaba relajado. Era muy raro relajarse en un entorno así. Pero lo cierto es que consiguió salir de su habitación para acudir al bar, a estar con otras personas. Fue un gesto difícil y significativo.

Y la chica.

Ella. Él. Nosotros. Yo.

Ella estaba sentada a su lado. Era guapa y habladora. Reía mucho. Se sentía cómoda consigo misma. Él tenía muchísimas ganas de decirle hola. Ella le sonrió. Fue una sonrisa, sin la menor duda. Empíricamente. Incuestionable. Eso fue auténtico. Y él le sonrió a su vez. Tenía una mirada bondadosa.

Se acuerda de ella. La chica estaba sentada junto a él y no se movió. Era inteligente y divertida. Se sentía cómoda.

—Lo estáis haciendo bastante bien.

Eso fue lo que dijo y sonrió. Fue lo primero que le dijo a Jake. A nosotros.

—Lo estáis haciendo bastante bien.

Él levantó su vaso de cerveza.

—Contamos con buenos refuerzos.

Estuvieron conversando otro poco más. Él anotó su teléfono en una servilleta. Quiso dárselo a ella, pero no pudo. No fue capaz. No se lo dio.

Habría sido agradable volver a verla, aunque solo fuera para hablar, pero no sucedió. Pensó que a lo mejor se la tropezaba por casualidad. Abrigó la esperanza de que existieran esas casualidades. Quizá la segunda vez hubiera sido más fácil que la cosa progresara. Pero no tuvo esa oportunidad. Nunca volvió a ocurrir. Tenía que hacerlo ocurrir. Tenía que pensar en aquella chica. Los pensamientos son reales. Escribió acerca de ella. Acerca de ellos. De nosotros.

¿Cambiaría la cosa si ella hubiera tenido su teléfono? ¿Si hubiera podido llamarlo? ¿Si hubieran hablado por teléfono, si se hubieran visto de nuevo, si él le hubiera pedido salir? ¿Se habría quedado él en el laboratorio? ¿Se habrían ido juntos de viaje en coche? ¿Lo habría besado ella? ¿Habrían iniciado una relación, dos en vez de uno? Si las cosas hubieran ido bien, ¿habría ido ella a conocer la casa en la que él vivió de pequeño? En el camino de vuelta podrían haber parado a tomar un helado, a pesar del mal tiempo. Juntos. Pero nunca hicimos esas cosas. ¿Habría sido todo distinto si las hubiéramos hecho? Sí. No. Quizá. Ya no importa. No ha ocurrido. La culpa no es de ella. Seguro que, después de aquella primera noche, después de aquel único y breve encuentro en el bar, a ella se le olvidó completamente.

Ella ya ni siquiera sabe que existimos. La responsabilidad es solo nuestra.

Eso sucedió hace mucho tiempo. Años. Para ella y para todos los demás fue algo insignificante. Salvo para nosotros.

Desde entonces han ocurrido muchas cosas. Con nosotros, con los padres de Jake, con las chicas del Dairy Queen, con la señorita Veal..., pero estamos

todos aquí. En este instituto. Y en ningún sitio más. Todo forma parte de lo mismo. Teníamos que intentar ponerla a ella con nosotros. Para ver qué pasaba. Ella era quien debía contar la historia.

Oigo otra vez las pisadas, las botas. Son pisadas lentas, todavía están lejos. No vienen hacia aquí. Irán sonando más fuerte. Ese tipo no está dándose ninguna prisa. Sabe que no tenemos adónde ir. Lo ha sabido todo el tiempo. Y ahora viene hacia acá.

Las pisadas van acercándose.

La gente habla de la capacidad de resistir. De resistirlo todo, lo que sea, de seguir adelante, de ser fuerte. Pero eso solo se puede hacer si uno no está solo. Esa es siempre la infraestructura sobre la que se construye la vida. La cercanía con los demás. Cuando se está solo, todo se convierte en un esfuerzo de meramente resistir.

¿Qué podemos hacer cuando no hay nadie más, cuando hemos intentado sostenernos plenamente nosotros solos? ¿Qué hacer cuando estamos siempre solos, cuando nunca hay otras personas? ¿Qué significado tiene entonces la vida? ¿Tiene algún significado? ¿Qué es entonces un día, una semana, un año, una vida entera? ¿Qué es una vida entera? Todo tiene otro significado. Tenemos que probar otro camino, otra opción. La única opción que queda.

No es que no podamos aceptar y reconocer el amor y la empatía, no es que no seamos capaces de experimentarlos. Pero ¿con quién, cuando no hay nadie? Así que volvemos a la decisión, a la pregunta. Es la misma. Al final, la decisión nos corresponde a nosotros. ¿Qué decidimos hacer? Continuar o no. ¿Continuar? ¿O?

¿Eres buena o mala persona? Fue una pregunta errónea. Siempre ha sido errónea. Nadie puede responder a eso. El Llamante lo sabía desde el principio sin siquiera pensarlo. Yo lo sabía. De verdad. Solo existe una pregunta y todos necesitábamos la ayuda de ella para contestarla.

Decidimos no pensar en los latidos de nuestro corazón.

La interacción, la conexión, es una cosa obligatoria. Es algo que todos necesitamos. La soledad no va a sostenerse sola para siempre, hasta que llegue un día que sí.

Uno no puede ser en solitario la persona que mejor besa.

Tal vez sea así como sabemos que una relación es auténtica, cuando una persona que antes no tenía ninguna conexión con nosotros nos conoce de una forma que jamás hemos pensado que fuera posible.

Me tapo la boca con la mano para no hacer ruido. Me tiembla la mano. No quiero sentir nada. No quiero verle. No quiero seguir oyendo nada más. No quiero ver. No es agradable.

He tomado la decisión. No hay otro camino. Es demasiado tarde. Después de lo que ha ocurrido durante todo este tiempo, todos estos años. Tal vez, si en el bar le hubiera ofrecido a ella la servilleta que llevaba anotado mi teléfono. Tal vez, si hubiera podido llamarla. Tal vez no habrían sucedido así las cosas. Pero no pude. No pude.

Ya está en la puerta. Está ahí, de pie. Esto ha sido obra suya. Él nos ha traído hasta aquí. Siempre ha sido él. Solo él.

Alargo una mano y toco la puerta, esperando. Otro paso, más cerca. No hay prisa.

Hay donde elegir. Todos tenemos donde elegir.

¿Qué es lo que sustenta esto? ¿Qué es lo que otorga significado a la vida? ¿Qué es lo que le da profundidad y forma? Al final, a todos nos llega. Entonces, ¿por qué esperamos en vez de propiciarlo nosotros? ¿A qué estoy esperando?

Ojalá hubiera hecho las cosas mejor. Ojalá hubiera podido hacer más. Cierro los ojos. Fluyen las lágrimas. Oigo las botas, las botas de caucho. Las botas de Jake. Mis botas. Ahí fuera, aquí dentro.

Él está de pie junto a la puerta. La hoja se abre una rendija. Estamos juntos. Él. Yo. Nosotros. Por fin.

¿Y si la cosa no mejora? ¿Y si la muerte no es una vía de escape? ¿Y si los gusanos continúan alimentándose sin parar y uno continúa sintiéndolos?

Escondo las manos tras la espalda y le miro. Lleva algo que le cubre la cabeza y el rostro. Todavía lleva puestos los guantes de goma amarillos. Siento deseos de apartar la mirada, de cerrar los ojos.

Da un paso hacia mí y se me acerca. Se me acerca lo suficiente como para que yo pueda tocarle con solo alargar la mano. Le oigo respirar por debajo de la mascarilla. Lo huelo. Sé lo que quiere. Está preparado. Para el final. Está preparado.

El equilibrio crítico es necesario en todo. Nuestras incubadoras de temperatura controlada, en las que cultivamos volúmenes grandes, más de veinte litros, de levaduras y de E. coli que han sido modificadas genéticamente para que sobreexpresen una proteína escogida por nosotros.

Cuando elegimos aproximar el final, generamos un comienzo nuevo.

Toda la masa extra que no podemos ver es la que da lugar a la formación de las galaxias y la que hace matemáticamente posible la velocidad de rotación de las estrellas alrededor de las galaxias.

Se levanta la mascarilla y se la quita de la barbilla y de la boca. Veo la barba incipiente que luce en el mentón, sus labios reseco y agrietados. Apoyo una mano en su hombro. Tengo que concentrarme para que la mano no me tiemble. Ya estamos todos juntos. Todos.

Un día de Venus es como ciento quince días de la Tierra. [...] Es el objeto más brillante del cielo.

Me pone en la mano una de las perchas metálicas del armario.

—Estoy pensando en dejarlo —dice.

La pongo recta y después la doblo por la mitad para que los dos extremos apunten en la misma dirección.

—Lo lamento todo —digo. Lo lamento, pienso.

—Puedes hacer una cosa. Ahora puedes ayudarme.

Tiene razón. Tengo que hacerlo. Tenemos que ayudar. Para eso estamos aquí.

La agarro con la mano derecha y me la clavo todo lo fuerte que puedo. Dos veces, adentro y afuera.

Una más. Dentro. Fuera. Me clavo los extremos en el cuello, hacia arriba, por debajo de la barbilla, con todas mis fuerzas.

Y entonces me desplomo de costado. Más sangre. Algo —saliva, sangre— me sale borboteando de la boca. Hay muchas heridas. Todo eso hace daño, pero no sentimos nada.

Ya está hecho, y lo lamento.

Me miro las manos. Una de ellas está temblando. Intento calmarla con la otra. No puedo. Me derrumbo en el interior del armario. Una sola unidad, de nuevo es una. Yo. Solo yo. Jake. Otra vez solo.

Tomé la decisión. Era necesario. Se acabó el pensar. Ya he contestado a la pregunta.

—Solo hay un detalle sobre el que quiero preguntar: la nota.

—¿Cómo?

—La nota. Estaba junto al cadáver. Me han dicho que había una nota.

—¿Te lo han dicho?

—Sí.

—No era una nota, sino un... En fin, estaba todo muy detallado.

—¿Detallado?

—Era una especie de diario, quizá, o un relato.

—¿Un relato?

—Escribió sobre unos personajes, o tal vez eran personas que él conocía. Pero claro, es que él también aparece en el relato, salvo que no es el narrador. Bueno, puede que sí lo sea. En cierto modo. No lo sé. No estoy seguro de haberlo entendido. No sé distinguir lo que es verdad y lo que no. Y aun así...

—¿Aquí se explica el motivo? ¿Se explica por qué... lo dejó todo?

—No estoy seguro. La verdad es que no estamos seguros. Es posible.

—¿Qué quieres decir? O lo explicó o no lo explicó.

—Es que...

—¿Qué?

—No es tan sencillo. No lo sé. Toma. Observa esto.

—¿Qué es todo esto? Son muchas páginas. ¿Esto es lo que escribió?

—Sí. Deberías leerlo. Pero quizá debas empezar por el final, y luego volver hacia atrás. Pero antes te recomiendo que te sientes.

Agradecimientos

Nita Pronovost. Alison Callahan. Samantha Haywood.

«Jean», «Jimmy», Stephanie Sinclair, Jennifer Bergstrom, Megan Harris, Nina Cordes, Kevin Hanson, Adria Iwasutiak, Amy Prentice, Loretta Eldridge, Sarah St. Pierre, David Winter, Léa Antigny, Martha Sharpe, Chris Garnham, Kenny Anderton, Sjón, METZ.

Todas las personas de Simon & Schuster Canada, de Scout Press y de Text Publishing.

Mis amigos. Mi familia.

Gracias.



IAIN REID (Ottawa, Canadá, 1981) estableció su carrera como escritor publicando artículos y columnas en revistas y periódicos nacionales después de graduarse de la universidad. Llamó la atención del National Post y obtuvo una asignación para escribir columnas semanalmente. Más tarde, en 2015, comenzó a aparecer en la revista estadounidense *The New Yorker*.

Su primera memoria, *One Bird's Choice: Un año en la vida de un jovencito sobreeducado y subempleado que vuelve a casa*, se publicó en 2010 y fue seguida por *The Truth About Luck: Lo que aprendí en el viaje por carretera con mi abuela* en 2013.

Su primera novela, *Estoy pensando en dejarlo (I'm Thinking of Ending Things)*, se publicó en 2016 y fue adaptada como película para Netflix por Charlie Kaufman. Su segunda novela, *Foe*, fue publicada por Simon & Schuster en 2018 y los derechos cinematográficos ya han sido adquiridos por la productora Anonymous Content.

Actualmente vive en Kingston, Ontario.

Notas

[1] *Jeopardy!* es un concurso de televisión de Estados Unidos. Consiste en que uno de los tres concursantes elige uno de los paneles del tablero de juego, el cual, al ser descubierto, revela una pista en forma de respuesta; los concursantes entonces tienen que dar sus respuestas en forma de una pregunta. (*N. de la T.*). <<

[2] Cadena de heladerías de Estados Unidos. (*N. de la T.*). <<